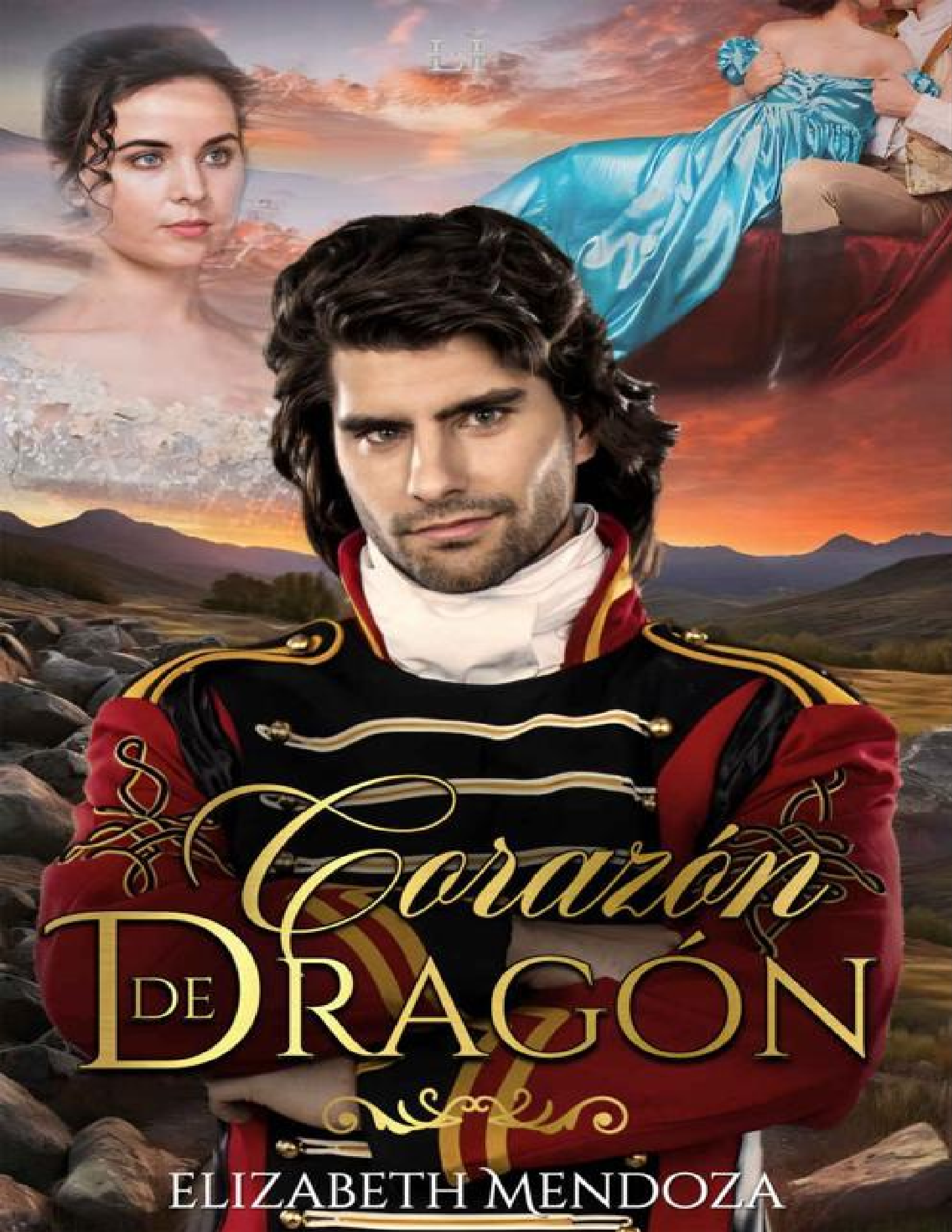
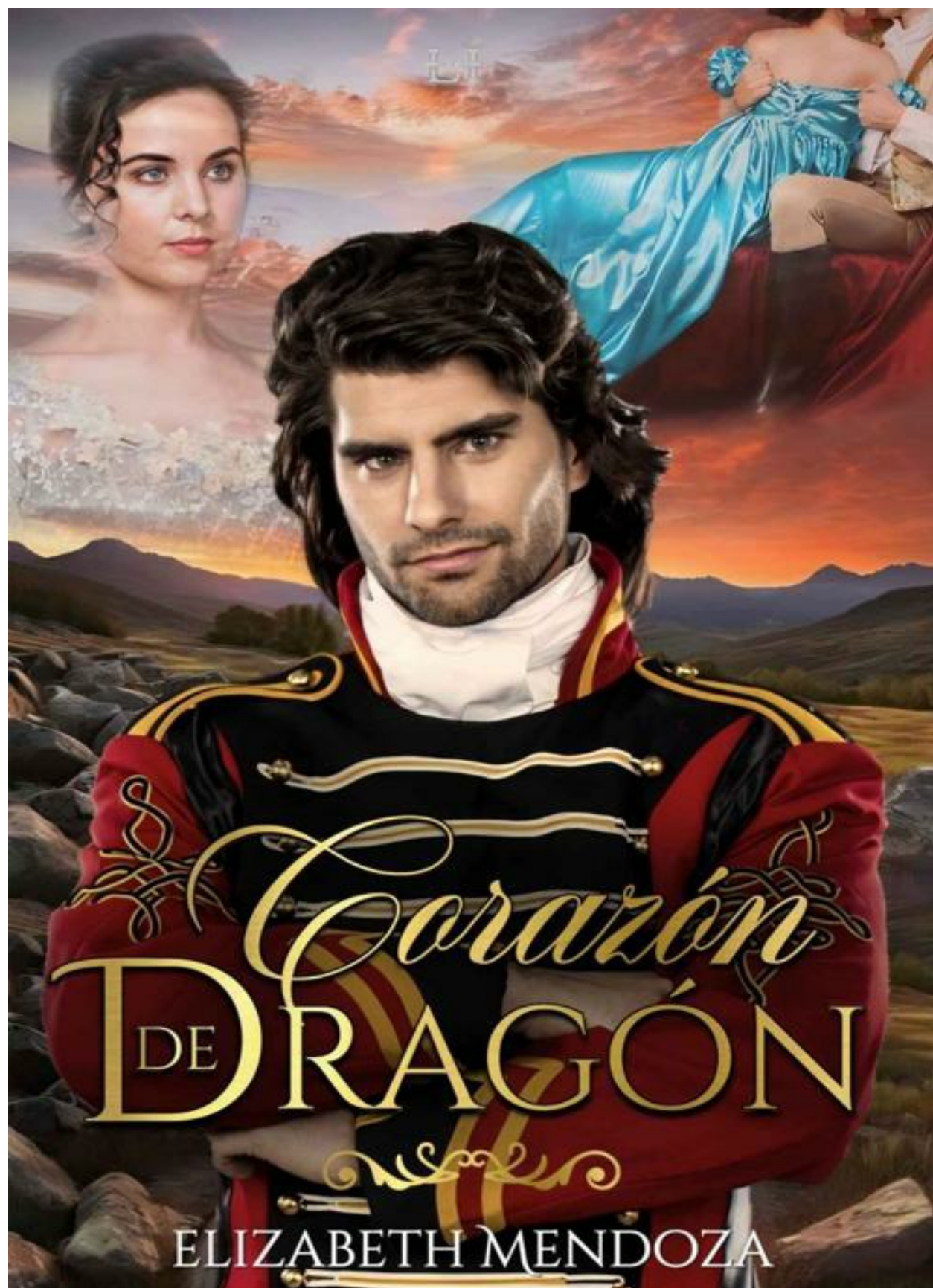




Carazén
DE DRAGÓN

ELIZABETH MENDOZA





©Elizabeth Mendoza, [2024]

Título de la Obra: Corazón del Dragón

1^{era} Edición Digital y Paperback

Corrección: Bet Alifanow

Edición y maquetación: Servicios Editoriales Letras Indomables

Boceto de Portada: Elizabeth Mendoza

Diseño de Portada: Dayah Litworks

Registrado en SafeCreative bajo el número 2311015927960

Licencia: Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de la titular de Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler préstamos públicos.

[Dedicatoria](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1. Triste Comienzo](#)

[Capítulo 2. Corazón de Cupido](#)

[Capítulo 3. La sangre llama](#)

[Capítulo 4. Regreso al hogar](#)

[Capítulo 5. Revelación](#)

[Capítulo 6. Corazón de Dragón](#)

[Capítulo 7. Encuentro con el Pasado](#)

[Capítulo 8. Primer Amor](#)

[Capítulo 9. Corazón Traicionado](#)

[Capítulo 10. Dudas del Pasado](#)

[Capítulo 11. Sin Compromisos](#)

[Capítulo 12. Matrimonio a distancia](#)

[Capítulo 13. En busca del amor](#)

[Capítulo 14. El Encuentro](#)

[Capítulo 15. Regreso y confusión](#)

[Capítulo 16. Celos](#)

[Capítulo 17. Dulces Delirios](#)

[Capítulo 18. Una Penitencia y sospechas](#)

[Capítulo 19. Falsas pretensiones](#)

[Capítulo 20. Revelación](#)

[Capítulo 21. Aclaraciones](#)

[Capítulo 22. La Boda](#)

[Capítulo 23. Noche de Bodas](#)

[Capítulo 24. Corazón traicionado](#)

[Capítulo 25. Encuentro con un ángel](#)

[Capítulo 26. Daño Involuntario](#)

[Capítulo 27. Reconciliación](#)

[Capítulo 28. Sorpresa y un final feliz](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimiento](#)

[Acerca de la autora](#)

Dedicatoria



A mis padres, siempre en mi corazón.
A mi hermano, gracias por estar.
María Laura, mi niña más esperada.
A mis amigas de Coffee & Books, por su apoyo y amistad.
A todas las personas que me alentaron a escribir esta historia.

Elizabeth Mendoza

Sinopsis



Fernando Guerra Cañamar, un alma marcada, que vio su infancia desgarrada por la cruel separación de sus padres. En su adolescencia, fue obligado a participar en un secuestro, reviviendo así la dolorosa separación que sufrió años atrás. Por este giro del destino se reencuentra con su familia.

Fernando, ahora capitán de los dragones, se siente desolado cuando la mujer, a la que jura amor, lo rechaza por convencionalismos de la época. Marcado por la desilusión de un amor fallido, recibe una petición insólita. Antes de exhalar su último aliento, el general de los Dragones, Agustín del Campo, le encomienda una misión, casarse con su hija Mariana y asumir la tutela de su hijo Mariano. Fernando accede por lealtad, uniendo su destino al de Mariana en un matrimonio a ciegas.

Un buen día, el destino, entrelaza sus hilos de manera inesperada, cuando Mariano, el hijo de Agustín, busca a Fernando, esperando convertirse en un miembro de los dragones. Deseoso de ser moldeado en un “buen caballero”. La convivencia con el joven despierta en Fernando, emociones inesperadas, conflictos internos que lo torturan, y comienza a tratar a Mariano con aspereza.

En este torbellino de emociones, enredos y secretos inconfesables, nada es lo que parece.

¿Podrá el corazón herido del Dragón abrirse al amor, o seguirá atrapado por las sombras del pasado?

Corazón DE DRAGÓN

“Vuestras gracias, vuestro candor y vuestra virtud, han obrado en mi ser una transformación profunda, en mi corazón apasionado ha brotado el interés, el afecto más puro, que los grandes poetas le llaman Amor”.

Fernando Guerra Cañamar

Capítulo 1. Triste Comienzo



Hacienda de San Francisco de los Patos, 1799.

Fernando era un niño muy maduro para su edad, decían sus padres y todos quienes lo conocían. No entendía por qué lo habían sacado de su casa, de su cama, de lo que conocía. Había visto el fuego en los corrales, potreros, y algunas partes de su casa. No comprendía lo que pasaba; su último recuerdo era el de sus padres arrojándolo para dormir.

El camino estaba neblinoso, y Fernando ya no pudo contenerse. Empezó a llorar, sintiendo que había pasado mucho tiempo sin ver a sus padres. El hombre que se hacía llamar Domingo lo llevaba a lomo de caballo y había sido uno de los secuestradores. Le insistía que pronto llegarían a su casa. Se lo había prometido, después de que sus compañeros hubieran muerto a manos del encomendero Pascual, quien les había pagado para que raptaran a su nieto, a cambio de la libertad del hermano de uno de ellos, a quien tenía como esclavo.

Llegaron a la Hacienda de Patos y se encontraron con la desolación. Domingo miraba alrededor con tristeza y remordimientos, ya que había participado en esa destrucción. Toda la hacienda estaba completamente destruida por el fuego, aunque Domingo solo había participado en el acarreo de animales y granos. Cuando otro de los atracadores salió con el niño en brazos, se conmovió y lo tomó en los suyos. Estaba en contra de asaltar haciendas, pero a eso era lo que se dedicaba su tribu.

Acercándose a ellos, vieron un carretón, parecían lugareños.

—Buenas les dé Dios, señores. ¿Saben qué pasó aquí?

—Sí, una verdadera tragedia, buen hombre. Un grupo de salvajes atacó la hacienda de los Guerra Cañamar, al parecer murió la familia completa.

—¡No puede ser! ¿No sobrevivió nadie? —Domingo recordó que le habían dicho que solo habían matado al mayordomo, a nadie más.

—La verdad, no sabría decirle, buen hombre. No somos de estos lares; lo que sabemos son por pláticas de la gente, usted sabe, estas noticias vuelan.

—Lo sé, lo sé. ¿Usted sabe quién podría darme una razón de esta gente?

—No sabría decirle, pero le recomiendo que vaya a la Villa del Saltillo; lo más seguro es que allí encuentre a familiares de estas personas.

—Lo haré, ¿dice usted que la familia que vivía aquí eran los Guerra Cañamar?

—Sí, así dijeron.

—Gracias, buen hombre.

Fernando, que había reconocido su apellido, le dijo:

—Yo soy Don Fernando Guerra Cañamar, como mi abuelo, y así se llamaba el padre de él — El pequeño Fernando repetía incansablemente lo que con tanto orgullo le contaba su abuelo.

—Así que eres un Don, ¿eh? —comentó Domingo alborotándole el cabello en forma cariñosa. El niño se rio. Desde su nacimiento, la servidumbre y la gente del pueblo se referían a Fernando como “el pequeño Don”, había llegado para traer esperanza y la unión de sus padres.

Cuando se dirigían a la Villa del Saltillo, Domingo vio a lo lejos un grupo de soldados que parecían enviados del Virrey, pues llevaban ropas distintas a los dragones que cuidaban el orden en aquella provincia. Domingo, temeroso, cambió de rumbo.

—Domingo, me llevarás a casa, ¿verdad?

—Claro que sí, niño, pero cuando esos hombres se hayan ido de la Villa. El pequeño no había reconocido el lugar donde habían estado antes, ya que estaba todo reducido a cenizas.

Llegaron a la choza donde vivía Domingo, y con el pasar de los días, se dio cuenta de que no podía llevar al niño a la Villa, pues podrían aprehenderlo. Al entrar al pueblo, se le acercó Filemón.

—¡Bendito Dios que has vuelto, Domingo! El ejército del Virrey ha atacado el pueblo de al lado, se enteraron de que el Ponciano había secuestrado al hijo de uno de los poderosos —Al ver que traía a un niño dormido en brazos, preguntó curioso—. ¿Y ese niño que traes ahí?

—Es el niño que secuestró Ponciano, pero cuando iba a regresarlo con su familia, nos encontramos todo destruido. Es una familia poderosa. Me dirigía a la Villa de Saltillo cuando divisé que a lo lejos se acercaban los soldados del virrey.

—Por mí no se sabrá nada, pero ándate con cuidado, la gente del Ponciano es muy vengativa, y querrá quitarte al niño. Por el jefe no habrá problema, sabes que Don Vicente no está de acuerdo con lo que hace el Ponciano y su gente. Es mejor que nadie sepa que ese chamaco es el que raptó Ponciano.

Domingo, al entrar a su choza con Fernando en brazos, lo recostó en su camastro^[1], y en ese momento el pequeño despertó

—Mi niño, vamos a «jugar» a que te llamas Blas —Tenía que ocultar la verdadera identidad del niño, pues también en su tribu podrían quitárselo, pedir un rescate o hacer algo peor con él, como le había dicho Filemón.

—¡Pero yo me llamo Fernando! ¡Me gusta más Fernando!

—Lo sé, pero tenemos que decir esta pequeña mentira, si no aquellos hombres que te sacaron de tu casa te pueden llevar con ellos, y no podré llevarte con tus padres.

—Está bien Domingo, diré que me llamo Blas, pero llévame pronto con mis padres.

—Lo haré, lo haré, es una promesa.



El tiempo transcurrió, y las intenciones de Domingo de devolver al pequeño Fernando iban quedando en solo intentos. El temporal que llegó al pueblo hizo que sus habitantes tuvieran que trasladarse a otros campos, y la distancia a la Villa quedó más lejana. Fernando iba perdiendo las esperanzas de regresar con su familia.

Lamentaba lo último que le había dicho a su padre, quizás, en su enojo, lo había mandado a sacar de la casa por decirle que ya no lo quería. Cada vez que lo recordaba, sus ojos se bañaban en lágrimas. Cuando volvieron al pueblo de Anhelo, Fernando recobró las esperanzas.

Una epidemia llegó a la región, y una de esas mañanas, en las que Domingo le había prometido a Fernando que saldrían a la Villa del Saltillo para entregarlo a su familia, amaneció con fiebre y ya no pudo levantarse.

Así pasaron los años; Fernando se fue acostumbrando a vivir con Domingo, pero no olvidaba a sus padres ni el lugar donde había vivido. Comenzó a aprender a labrar las tierras, cuidar los pocos animales que tenían, pero lo que más disfrutaba Fernando era cuando lo enseñaban a usar el arco y la flecha. Cuando veía al ejército de dragones pasar por los caminos a la orilla del pueblo, los miraba con admiración y respeto. Su deseo era un día pertenecer a los dragones.

Por su curiosidad, Fernando, que ya se había acostumbrado a que lo llamaran Blas, al terminar sus labores, se escapaba e iba a las puertas del presidio^[2] para platicar con los guardias.

—¿Qué necesito para ser uno de ustedes?

—Un dragón tiene que ser valeroso, ecuaníme. ¿Cuántos años tienes, muchacho?

—Tengo ocho años —respondió con orgullo, el Fraile Juan lo había enseñado a llevar la cuenta de la edad que tenía. Blas no entendía el significado de esas palabras, pero le preguntaría a Fray Juan; él le enseñaría como debería comportarse para ser dragón. Él solo sabía que los dragones se encargaban de cuidar los pueblos y luchaban contra los bárbaros que los atacaban. Quería ser uno de ellos.

—En unos seis o siete años podrás ser un dragón de cuera^[3].

Aquella respuesta, lejos de ser solo una afirmación, inflamó su joven corazón con una esperanza desbordante; la ilusión de formar parte del ejército de dragones se arraigó en lo más profundo de su ser, despertando en él una pasión indomable por alcanzar ese destino que ahora vislumbraba con fervor.

Capítulo 2. Corazón de Cupido



Provincia de la Nueva Vizcaya, 1802.

Don Vicente, mandó a llamar a María, su hija. Como jefe de la tribu, había hecho tratos con la tribu vecina para ampliar sus dominios. Habían firmado lealtad con su majestad el rey y habían recibido el decreto real que, como naturales, se les considerara nobles, aunque no tuvieran títulos nobiliarios. Don Vicente, descendiente de indios y españoles, se enorgullecía de sus ancestros. Había quedado viudo de la madre de María, que era criolla, descendiente de españoles, y la familia de ella no puso impedimento para que se casara con un mestizo.

—¿Me llamaba, padre? —entró a la habitación donde la esperaba.

—Sí, hija, te he mandado llamar, porque es ahora cuando debes de mostrar la lealtad para los tuyos. He hecho un trato, te casarás con el jefe de la tribu vecina. Es lo que me piden a cambio para que nos permitan ampliar nuestros dominios hasta el río. Lo necesitamos, hija, con ese trato podríamos tener cultivos, nuestros animales no morirían de sed.

—Pero, padre. ¡Debe haber otra manera! ¡No me haga esto, padre, por favor! —imploró con voz entrecortada.

—Lo siento, hija, es la única manera que he encontrado. Toda esta gente depende de nosotros. Y el jefe del pueblo vecino te quiere a ti como esposa.

—Ni siquiera son cristianos, padre.

—Ya hablé del asunto con ellos, hija. No te obligarán a tomar sus costumbres ni sus creencias. Es más, están dispuestos a firmar el tratado de buena vecindad con los dragones del rey.

Ya no quiso insistir más, solo hizo un leve asentamiento a su padre y regresó a su habitación.

María veía por la ventana de la choza, suspiraba de pesar. ¿Cómo es que le había hecho eso su padre? Ella amaba al Capitán Agustín. Se giró al escuchar que la puerta se abría, era Blas. Domingo continuaba enfermo, y María se había ofrecido a cuidar del niño. Era extraño; a pesar de tener ocho años, Blas parecía tener más edad, en su mismo porte y su manera de hablar. Al mismo Domingo le impresionaba la actitud.

—María, ¿ya vamos a comer? ¡Tengo hambre! —Al verla con la cara triste y con señas de que había llorado, le pregunto que le pasaba.

—No es nada, Blas. Estoy triste, mi padre me ha dicho que quiere casarme con el jefe de la

tribu vecina.

María era una joven de tez morena y ojos color verde, su cabello era negro azabache, herencia del origen indígena de su padre.

—¿Con ese viejo? —Hizo un gesto de desagrado—. Pero si tú quieres al capitán, los he visto, él te quiere.

—Yo también lo quiero, Blas. Si mi madre viviera, no lo permitiría, ella era criolla, no hubiera permitido que mi padre me obligara a casarme con quien no quiero. El capitán me había pedido que me casara con él; incluso quería venir a hablar con mi padre, pero no creo que acepte.

—¡Pues envíale un mensaje al capitán! Así como nos han enseñado los frailes, dile que te quieren casar. Al él se le ocurrirá qué hacer.

—¿Cómo le haría llegar la carta, Blas? —preguntó María algo esperanzada.

—Yo se lo llevaré. Me llevo bien con el guardia de la puerta del presidio; también sé que al capitán le gusta ir al río, lo puedo buscar ahí.

—¡Gracias, Blas! Vamos a comer, y luego escribiré esa carta para que se la lleves al capitán.

Después de comer, salió Blas al presidio, que estaba en el centro del pueblo; nadie lo vigilaba.

—¿Qué te trae por aquí, Blas? ¿Qué dice el viejo Domingo? —lo saluda uno de los guardias que estaba al frente del recinto.

—Domingo sigue malo; vengo a buscar al capitán Agustín.

—Está en las caballerizas, dame ese papel y yo se lo entrego.

Blas, desconfiado, escondió el papel detrás de él. El guardia se rio:

—Está bien, pásale; está en las caballerizas, ve por todo este corredor hasta el fondo —señaló el guardia.

—Gracias, patrón —Blas salió corriendo, contento por la misión que tenía.

El guardia se rio con más ganas. Todo el mundo se preguntaba de donde había salido ese niño que en nada se parecía a los indios de esa tribu ni de las otras colindantes.

Cuando llegó a las caballerizas, se encontró al capitán dando órdenes. Blas quedó maravillado al ver los caballos, en la tribu apenas tenían uno o dos caballos y tres mulas, pero en nada se parecía a esos animales.

—¿Blas, qué andas haciendo por aquí? —De inmediato lo reconoció Agustín. Siempre que se reunía con María, ella le hablaba del gran cariño que le tenía, y le contó en secreto su verdadero origen.

—¡Capitán, esto se lo envía María!

El capitán tomó el papel y lo leyó. María le decía que su padre la quería casar con el jefe de otra tribu.

—¡Acompáñame, Blas! Te voy a dar una respuesta para que se la lleves a María. ¿Puedes esperar?

—¡Sí, capitán! ¡Yo le llevo lo que quiera! ¡Pero apúrese, porque se van a dar cuenta que no estoy!

Esa misma tarde, Blas regresó con la respuesta del capitán Agustín. Le pedía a María que huyera con él. Podrían hablar con Fray Bartolomé, el capellán del presidio, y él los casaría. María se encontraría con el capitán en la orilla del río, donde las mujeres acostumbraban a ir a asearse. Mientras preparaba sus ropas, se giró a ver a Blas que la miraba con expresión triste.

—¿Qué tienes, mi niño? —le extendió los brazos para abrazarlo. Blas se acercó a ella para abrazarla, casi estaba a su misma altura, era un niño muy alto.

—¡Te voy a extrañar, María!
—Puedes venir con nosotros, Blas. El capitán y yo cuidaremos de ti.
—No puedo, María. Tata Domingo prometió llevarme con mis padres, cuando tenga salud. Sé que él me llevará.
—Espero que Dios te conceda volver con ellos, Blas. Haré lo posible por escribirte para decirte donde estoy, por si quieren tú y el viejo Domingo irse con nosotros. Pero confío que el Santo Cristo de la Villa te hará el milagro.
—Dice Fray Bartolomé que tengo que pedirle mucho a Dios.
—Hazlo, eres un niño muy bueno. Dios te lo va a conceder. Te lo mereces. Otra cosa, promete que no aceptarás ir con el grupo del Isidro a saquear haciendas, Blas; ¡no lo hagas!
—Te lo prometo —se volvieron a abrazar con ternura.
Con esas palabras y ese abrazo, se despidieron, sin saber que ya nunca más volverían a verse, pero él seguiría siendo alguien muy importante en la familia de María.



Blas estaba recostado en su cama que tenía en la habitación que compartía con María cuando entró Vicente a preguntar por su hija.
—¿Dónde está María, Blas?
—Ha ido al río, señor —respondió incorporándose. María ya tenía rato que se había ido, y su padre no les podía dar alcance.
Nadie imaginó en el pueblo que Blas había ayudado a la pareja a huir, así que no lo tomaron en su contra.
Esa noche, volvieron a Blas las pesadillas. Le decía a su padre que no lo quería, que lo odiaba y ese hombre alto, que trataba de abrazarlo, se alejaba de él con cara de tristeza.
—¡Noo, padre, noo! ¡No se vaya! —imploraba gritando.
Despertó llorando, con la frente perlada de sudor. Volvía a recordar y a culparse; Dios lo había castigado por haberle dicho eso a su padre, aquello había sucedido hace tres años, pero lo soñaba como si hubiera sucedido ayer.



María y Agustín llevaban varias leguas^[4] de distancia cuando llegaron a la pequeña capilla donde daba misa Fray Bartolomé.
—Hijos míos, sean bienvenidos. Agustín ya me ha contado la situación. De verdad, ¿deseas casarte? No vienes obligada
—Sí, padre, deseo casarme con Agustín. Mi padre me ha prometido a alguien que no quiero.
—Está bien, pasen a la sacristía; ahí los casaré.
Después de que intercambiaran sus votos, la feliz pareja salió de la capilla.
—Iremos a mi casa; luego buscaremos otro lugar para vivir.

—Tengo miedo, no por mi padre, pero temo que tomen venganza los del grupo vecino. No entiendo a mi padre, él y mi madre no tuvieron impedimento para casarse. Mis abuelos, los padres de mi madre, aunque no eran de una posición acomodada, aceptaron a mi padre y su casta.

—¿Me vas a decir que tú estás en contra de las castas menores? No lo hubiera creído. Eres castiza.

—No, como cree, estoy orgullosa de mis ancestros, pero jamás hubiera esperado de mi padre que me obligara a casarme.

—Quizás no lo pensó bien, lo consideró como la única solución. Pero, si hubiera hablado conmigo, yo lo habría arreglado con el gobernador, todos nuestros pueblos tienen derecho a esa agua, por lo que me contaste, ese era el motivo por el que te quería casar, ¿me equivoco?

—¡Es cierto!, y la verdad no lo pensé, quizás si hubiera sido honesta con mi padre, usted no tendría que verse obligado a casarse conmigo.

—¡Por el amor de Dios! ¿Desde cuándo te he estado cortejando y te he pedido que te casaras conmigo? Dejaremos que pase un tiempo, para que toda esta turbulencia que hemos causado con nuestra escapada se calme. Volveremos a hablar con tu padre y le pediremos perdón por haber hecho las cosas de este modo. ¡No temas, amor mío, yo te protegeré! Además, porque me hablas de usted, te he pedido desde que nos conocimos que me llamas por mi nombre.

—Lo sé, pero la verdad es que su uniforme de dragón impone, capitán.

—Estando contigo, solo soy Agustín, tu esposo.

Los recién casados se dirigieron a la casa de Agustín en el Reino de León. El capitán tendría que ir con frecuencia al presidio de Nuestra Señora de Guadalupe de la Monclova, pero era mejor mantener a María lejos de su pueblo, mientras que se calmaban las aguas.

Un año después la pareja fue bendecida con el nacimiento de mellizos, a quienes pusieron Mariano y Mariana.

Capítulo 3. La sangre llama



Extramuros, Villa de Santiago del Saltillo, 1806.

Domingo, desde su lecho, le suplicaba a Blas que no se uniera a aquellos hombres.

—Blasito, no vayas hijo, te puede ir mal. ¡Si te agarran, podrías ir a la horca!

—¡No puedo negarme, Tata! El Isidro ha dicho que, si no voy yo, lo obligarán a usted a ir. ¡No quiero que le pase nada! Ya está enfermo; se pondrá peor.

—¡Gracias muchacho, Dios te proteja! —Blas se inclinó para que le diera la bendición—. Lamento no estar bien para llevarte a buscar a tus padres, pero cuando vuelvas, haré un esfuerzo e iremos a la Villa.

—¿De verdad, Tata?

—Sí, hijo, lo prometo.

Ese día, cuando despertó, Blas sintió una sensación extraña, una zozobra, una opresión en el pecho, como si algo estuviera a punto de suceder.

Decidido a proteger a Domingo, salió con Isidro y sus hombres. Era de madrugada, se habían escondido entre los matorrales, esperando que por el camino real pasara alguna diligencia. Cuando se iba acercando el carruaje se interpusieron en el camino, haciéndolo detenerse. Los otros tres bajaron al cochero y lo golpearon hasta dejarlo inconsciente. A lo lejos, Blas, que no quería participar, los veía horrorizado. Vio a una niña que iba sentada al lado del cochero, asustada, tratando de bajarse para abrir el carruaje, pero Isidro la atrapó. Blas quería decirle que la dejara. Los recuerdos volvieron a él cuando lo sacaron de su cama y de su casa. A pesar de patear y golpear al hombre que lo llevaba en brazos, no podía hacer que lo soltara.

—¡No busquemos más! —exclamó Isidro—. ¿Te has dado cuenta? Esta niña tiene los ojos de color extraño. Nos darán una buena recompensa por ella o quizás nos la llevamos a nuestra tribu.

—Sería fácil reconocerla y llegarían los hombres blancos para arrasar con los nuestros —comentó Blas, tratando de convencerlos para que dejaran a la niña.

—Tú que hablas como ellos, diles lo que queremos —intervino Isidro viéndolo con mala cara. La niña lloraba con gritos desgarradores, lo que hizo que a Blas se le encogiera el estómago.

—Si quieren volver a ver a la niña, traerán al mejor ternero de sus establos —expresó con firmeza mientras miraba fijamente a la señora que iba adentro del carruaje. Blas sintió que su

corazón se detuvo, esa dulce mirada ya la había visto antes.

Se le vino a la memoria aquellas tardes cuando su madre le leía, o cuando él jugaba mientras ella bordaba. Esa señora se le parecía mucho, o tal vez era tanto su deseo de encontrar a sus padres que veía a esa mujer como su madre.

Los asaltantes tomaron las cosas de valor y a la niña, dejando atrás a una señora desconsolada y a sus acompañantes atónitos en el camino, se desvanecieron entre las sombras de la noche. Deslizándose silenciosos y furtivos, se alejaron del escenario del crimen, sumiéndose en la oscuridad como sombras evasivas. La señora, abandonada y desconcertada, miró impotente cómo se perdían de vista, llevándose consigo a su pequeña hija, cuyo llanto resonaba en la distancia. La noche envolvía el misterio de su escape, dejando tras de sí una estela de incertidumbre, temor y el sentimiento de pérdida revivido.

Llegaron a una de las grutas que habían habilitado para resguardarse; la niña no paraba de llorar. Isidro se acercó y la amenazó con sacarle los ojos si no dejaba de llorar. Ella se asustó y guardó silencio, pero emitía ligeros gemidos de llanto.

Blas se acercó para calmarla y darle un poco de consuelo. Veía reflejado en esa niña todo lo que él había pasado.

—¡Cálmate, no llores para que no te hagan daño! Dime, ¿cómo te llamas? ¿Sabes el nombre de tus padres? ¿Dónde vives?

—Me llamo Anastasia, mi padre se llama Joaquín y mi madre Rosario —respondió la niña con voz dulce pero temerosa.

—¿Dónde vives? ¿Sabes a dónde iban? —le preguntaba Blas, con un sentimiento de protección que esa niña estaba despertando en él.

—Vivo en la Capellanía y nos dirigíamos a la fiesta de Francisco a Patos —gimoteó la niña.

Blas sabía que eran las fiestas del Santo Patrono de la hacienda. Después de haber dejado a la niña dormida, decidió hacer lo mismo, pero no pudo. Quería sacarla de ahí; no iba a permitir que le pasara lo mismo que a él. Si huía con ella, no llegaría muy lejos; pronto lo alcanzarían.

Decidió salir solo, con sigilo montó uno de los caballos y se dirigió a la Hacienda de San Francisco. Llegó a la capilla de la hacienda, cerca del pequeño convento donde vivía Fray Bartolomé. Tenía que pedirle a alguno de los Frailes que lo ayudara a encontrar a los padres de la niña. Cerca de la entrada de la capilla, se encontró con un joven que tenía unos años más que él y que estaba sentado en uno de los escalones, llamó su atención por la tristeza y la preocupación que reflejaba. Se acercó a él y le preguntó:

—¡Eh! Patrón ¿Usted conoce a los padres de la niña Anastasia?

De pronto, el joven se levantó y lo agarró de la camisa, exigiéndole detalles del porqué sabía de Anastasia. Le dio un puñetazo, tomándolo desprevenido, pero Blas lo detuvo para evitar que siguiera golpeándolo.

—¡Cálmese, vengo en son de paz!, soy de la tribu que raptó a la niña, pero estoy dispuesto a colaborar para que la rescaten —contó rápidamente para que aquel muchacho se calmara—. Sé lo que es vivir así, que te alejen de los tuyos, y andar de un lugar a otro y esa niña no se merece esa suerte. Se la quieren llevar al brujo, por el color de sus ojos, es posible que la ofrezcan en sacrificio en la próxima luna. Hemos tenido sequía y la gente anda desesperada. Se han negado a ser cristianizados, y cometen muchas barbaridades. ¡Hay que impedirlo! Yo no puedo hacer nada, solo ayudarles a rescatar a la niña. Si se enteran de que les he ayudado, me desollarán vivo.

El joven, ya más calmado, se presentó. Su nombre era Marcos Flores de Abrego, le pidió que lo acompañara a ver a su tío, el padre de Anastasia. Él sabía qué hacer.

Entraron corriendo al despacho de Don Joaquín, el padre de la niña. Los hombres habían pasado toda la noche hasta esas horas de la mañana planeando la expedición para buscar a Anastasia.

—¡Tío, Tío! —gritó Marcos desesperado—, ¡él sabe dónde tienen a Anastasia! ¡Está dispuesto a ayudarnos a rescatarla!

Blas se paró en seco, pues había entrado corriendo igual que Marcos, con los ojos muy abiertos, sorprendido. Ese hombre tan alto y fuerte, era con el que tantas veces había soñado, y en sueños le llamaba “padre”. Sentía fuertes latidos en su pecho.

Ignacio, el padre de Marcos, se mostraba asombrado y alucinado al mirar a Joaquín y al muchacho que entró con su hijo; se preguntaba si su amigo había notado el gran parecido del joven con él. Joaquín, al ver a Blas, retrocedió en el tiempo; parecía verse cuando tenía doce años.

Al despacho entró Rosario, la madre de Anastasia, con su nana Eulogia; llevaban café y chocolate para los caballeros que habían pasado toda la noche en vela. Al ver a Blas, quedó sin habla y sufrió un desvanecimiento. Joaquín se acercó de inmediato para ayudar a su esposa a sentarse.

—Ese muchacho, fue uno de los que se llevaron a Anastasia, Joaquín —comentó Rosario con voz queda y desesperada.

—Lo sé, amor. Ha venido ayudarnos a rescatarla, pero el pobre muchacho teme que les hagan daño a los suyos, lo tomarán como traidor.

—¡Hay que protegerlo, Joaquín! ¡Ven, hijo, acércate! —le habló Rosario.

Blas, como hipnotizado con los ojos de la señora, se acercó a ella.

—Eres muy valiente, ¿lo sabes? Mi esposo y yo te protegeremos, no permitiremos que te hagan daño, gracias por ayudarnos a recuperar a nuestra hija —Rosario lo tomó de los hombros y le dio un abrazo.

Blas aspiró el perfume de la hermosa señora de cabellos rojizos y piel suave. No quería que ese abrazo terminara nunca; sentía que ahí era donde debería estar siempre.

Llegaron al lugar que les había indicado Blas; Joaquín logró reunir en poco tiempo a un gran número de hombres de diferentes lados de la comarca que habían escuchado lo sucedido con la hija de los Guerra Cañamar y decidieron ofrecer su ayuda. Cuando se acercaban al sitio que les había indicado Blas, Isidro el jefe de los captores, se dio cuenta que lo estaban rodeando, así que tomó a la niña dormida en sus brazos, y subió a la cima por la orilla del cerro que, aunque, por un lado, era un desfiladero, tenía una cueva de entrada muy reducida con un socavón en la parte superior, algo que, como Blas, que conocía bien la zona, le informó a Marcos.

Uno de los peones del grupo de Don Joaquín, que también conocía la zona, se acercó a él y le sugirió:

—Don Joaquín, podríamos subir por la otra parte del cerro; si rodeamos por atrás de la cueva, podríamos disparar al hombre sin hacerle daño a la niña.

—¿Quién bajaría por Anastasia? Mi hija es muy pequeña y, al verse sola, podría resbalar y caer.

—Necesitamos a alguien que pueda entrar en el angosto socavón que hay en el techo de la cueva, pero ninguno de los hombres podría entrar. Necesitamos a alguien delgado y pequeño —se giró para mirar a los dos adolescentes que escuchaban con atención la conversación de los adultos.

—Yo podría entrar, señor —Se ofreció Blas

—No, hijo, quizás Anastasia se asuste al verte; además, uno de esos hombres, por venganza, te podría hacer daño. No te arriesgaré.

—¡Por favor, padre! ¡Yo podría entrar! —exclamó Marcos decidido a que le dejaran participar. Ignacio se mostraba reacio, Marcos era todavía un niño para arriesgarlo a tanto. A pesar de su reticencia, aceptó.

Isidro, viéndose sitiado y temiendo que le fueran a disparar, ató con una soga a la niña y el otro extremo se lo acordonó a la cintura.

—¡Si caigo yo, cae la niña! —amenazó.

La niña, al escuchar el grito, despertó y por poco cae por el desfiladero. Todos los presentes contuvieron las ganas de gritar, ya que sabían que podían asustar aún más a la niña. Otro grupo de rescate se movilizó con sigilo hacia el otro extremo del cerro, escondiéndose del captor para no ponerlo en alerta. Luego, se prepararon para disparar. El primer disparo alcanzó la cuerda que lo unía a la niña; el segundo le dio directamente a Isidro y cayó.

Marcos llegó a deslizarse por la grieta de la cueva; llamó a Anastasia y le indicó como llegar a él. Una vez a salvo los dos niños y de haberse cerciorado de que estaban bien, se dispusieron a regresar a la Hacienda de Patos.

En el carruaje de Don Joaquín iban Ignacio, Marcos, Blas y la pequeña Anastasia, que iba en el regazo de su padre, parecía que no quería separarse de él.

—Padre, ¿podría Blas venir a casa con nosotros? —pide Marcos a Don Ignacio—. Nos hemos hecho amigos.

—¡Claro que sí, hijo! Estoy de acuerdo, y me siento orgulloso de ti por ser un buen cristiano y tener buenos sentimientos.

Joaquín se aclaró la garganta, e interrumpió la conversación de Ignacio y Marcos.

—¡Estoy en deuda con el muchacho, compadre! Me gustaría tomarlo bajo mi tutela —Seguía sorprendido con Blas, parecía una copia de él mismo a esa edad.



La noticia llegó rápido al pueblo. Isidro muerto y los otros dos bandidos capturados. Domingo, al enterarse, se asustó.

—¡Los atraparon Domingo!, Parece que el Isidro murió al tratar de escapar con la niña que secuestraron.

—¡Dios mío! ¿Y qué pasó con Blas? ¿Lo detuvieron?

—Parece que lo recogieron, está con la familia de la niña. Según dijeron, son los Guerra Cañamar.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo Fray Juan, quien había escuchado la plática.

Domingo había conseguido trabajo como hortelano en el convento con los frailes. Ahí recuperó la salud, y esperaba el regreso de Blas, para cumplir con la promesa de llevarlo con su familia. Fray Juan, que conocía la historia, lo había convencido de que lo hiciera y se había ofrecido a acompañarlos para que Domingo no fuera preso.

—Tendré que ir Fray Juan —susurró—. Es necesario que compruebe si son la familia de Blas.

—Puedes estar seguro de que lo son, Domingo. No hay otros Guerra Cañamar en toda la región. ¡Dios ha escuchado las oraciones de ese niño!

—Lo sé, Fray Juan. Aunque todavía tengo remordimientos por haberlo separado de su familia.

Capítulo 4. Regreso al hogar



Los Guerra Cañamar regresaron a la Capellanía de San Nicolás, en la Villa de Santiago del Saltillo. Don Joaquín estaba ansioso por devolver a los brazos de su madre a la pequeña Anastasia. Sabía que Rosario estaría de acuerdo de tomar bajo su cuidado a Blas.

Al descender del carruaje, solo Blas y Joaquín, con Anastasia en brazos, lo hicieron, ya que Ignacio y Marcos se habían quedado en su casa. Se acercaron Tomás, el caporal y Juancho, quien desde siempre había sido lacayo personal de Joaquín.

Se quedaron sorprendidos al ver a Blas. Su aspecto no concordaba con las de un indio, pero vestía como uno. Una camisa, pantalón de algodón y un taparrabos; como calzado, una especie de mocasines que llegaban hasta las rodillas, como especie de botas. Su cabello, un poco largo a como era la usanza, lo sujetaba con una cinta gruesa en la frente.

—Gracias a Dios regresaron con bien, patrón —Tomás fue el primero en dar la bienvenida—. ¿Y este niño?

—No soy niño, soy Don... —se interrumpió, casi decía el nombre real, el cual no había pronunciado en mucho tiempo.

Joaquín, que aún tenía a Anastasia dormida en brazos, presentó a Blas.

—Tratarán a este joven como un miembro más de la familia, desde hoy es mi hijo.

—¡Entendido, capitán! —respondieron al unísono.

Al entrar al zaguán^[5], se encontraron a Rosario y a su nana Eulogia, quienes habían regresado momentos antes de la capilla que tenían dentro de la finca. Rosario corrió abrazar a su hija, que al escuchar a su madre despertó y le extendió los brazos para que la tomara en sus brazos.

—¡Gracias a Dios, ya estás con nosotros, hija mía! —comentó Rosario eufórica, mientras la llenaba de besos por toda la cara—. Estefanía ha estado muy triste. ¡Anda, ve a tu habitación a verla!

Blas sintió algo de celos al ver como abrazaban y llenaban de besos a la niña, le hubiera gustado recibir esos mismos abrazos y besos, como era cuando estaba con sus padres.

—¡Bienvenido, Blas!, espero que te sientas en tu casa. ¡Desde hoy serás un hijo para nosotros! —exclamó Rosario con alegría a un sorprendido Blas, abrazándolo y dándole un amoroso beso en la cabeza.

—Ocuparás la habitación de nuestro hijo Fernando. Un día te contaremos de él, ahora ven, acompáñame.

Blas se quedó rígido cuando mencionaron el nombre de Fernando. Su verdadero nombre era

Fernando, pero Domingo le había dicho en repetidas ocasiones que no le podía decir a nadie cuál era su nombre real.

Mientras seguía a Rosario por el pasillo acompañado también por Joaquín que caminaba a su lado, en un momento del recorrido, le paso un brazo por los hombros abrazándolo. Blas se detuvo y, sin pensarlo, abrazó a Joaquín y lloró, él correspondió al abrazo sorprendido.

—¡Vamos, hijo, no te pasará nada, estás en casa! —respondió Joaquín, dirigiéndose a Blas como si fuera Fernando. Rosario se giró al escuchar llorar a Blas y se acercó también a abrazarlo.



Semanas después, Blas se adaptó a su nueva vida. Asistía a clases con Don Fermín, quien iba a la Capellanía cada tercer día a instruir a Marcos, Francisco y a él.

Tuvo que consolar a la pequeña Anastasia cuando Marcos se despidió para ir con su abuela a Europa. Sabía que entre Marcos y Anastasia había una promesa de matrimonio, lo que a él le pareció un fastidio.

—¡No llores, Anastasia! Sabes bien lo que me duele verte llorar —dijo Blas con pena.

—Es que no quiero que Marcos se vaya. ¿Por qué no me dejan ir con él?

—Es muy lejos a donde va, Anastasia. Si dejas de llorar te enseñaré en uno de esos libros que tengo en mi habitación a qué lugar irá ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió la pequeña entre sollozos.

—Eres muy pequeña, pero te lo digo yo, extrañarías a tus padres. Yo extraño a los míos. Aunque, desde que estoy aquí, siento como si estuviera en mi hogar.

Joaquín, que los había escuchado, intervino en la plática de los niños:

—¡Y eso es, hijo! ¡Estás en tu hogar!

—Iremos a buscar al hombre que cuidó de ti —Hizo una pequeña pausa antes de continuar—. Si todavía viven tus padres, los buscaremos. Pero si no, te adoptaremos como hijo. ¿Estás de acuerdo?

Anastasia no dejó que respondiera Blas. Lo abrazó con gran algarabía, celebrando que ya tendría un hermano mayor.

Pronto también se ganó el cariño de la tímida y callada Estefanía, hermana gemela de Anastasia. Su madre, Doña Rosario, le había contado que Estefanía tartamudeaba un poco, pero él nunca la había escuchado hacerlo, aun cuando pasaban horas charlando o cuando la ayudaba con las plantas que cuidaba.

Una noche, mientras Rosario y Joaquín se preparaban para dormir, Rosario comenzó la conversación, sacando con palabras lo que los dos tenían en el pensamiento y en el corazón.

—Joaquín, quizás pienses que estoy loca, pero siento que Blas es nuestro hijo Fernando —comentó Rosario esperanzada mientras se acurrucaba entre los brazos de su esposo—. ¿Y si es él?

—Lo mismo he pensado, mi amor. Pero no quería darte falsas esperanzas. Voy a llevar a Blas con el viejo que dice que lo ha criado. Quizás él pueda decirnos quienes son la familia del muchacho.

—¡Hazlo, Joaquín! Blas se parece tanto a ti, tiene el mismo brillo de la mirada. Dice Andrea

que Ignacio se lo dijo, encontró un gran parecido contigo. Pero si no lo fuera, no quiero que nos separen de él, ya lo quiero como un hijo. ¡Joaquín, prométeme que no dejaras que nos lo quiten!

—Descuida mujer, si descubrimos que Blas no es nuestro Fernando, iremos a reconocerlo como hijo ante la Iglesia. Nadie dirá nada, somos personas de respeto aquí, y Blas será tratado como uno de nosotros.

Capítulo 5. Revelación



Meses después...

Era mediodía cuando Domingo llegó a la Capellanía de San Nicolás, un tanto fatigado, pero no quería darse por vencido, tenía que cerciorarse que su muchacho estaba con los suyos nuevamente. Fray Juan le había indicado que lo esperaría en el pueblo de San Esteban, a unas leguas de allí, para regresar al convento cuando terminara el asunto que lo traía.

La nana Eulogia lo recibió, muy sorprendida al reconocerlo. Domingo se sintió incómodo ante su mirada.

—Doña, vengo a buscar a un joven llamado Blas, me han dicho que lo acogieron aquí.

—Espere aquí, voy a anunciarlo con el patrón —respondió, mirándolo de reojo mientras se dirigía al despacho de Joaquín.

Sin pedir permiso para entrar, la nana anunció:

—Don Joaquín, un hombre busca al joven Blas. Quise entrar yo primero para contarle, se me hace que lo he visto antes, cuando paso aquello donde se llevaron al pequeño Fernando.

—Hazlo pasar nana, veremos que tiene que decirnos —comentó Joaquín.

El viejo Domingo entró y palideció al ver al hombre que tenía frente a él, era la misma cara de Blas, pero ya adulto.

—Tome asiento. Me dicen que busca a mi protegido Blas, ¿Tiene algo que decirle?

—Verá, sí, señor —dijo Domingo nervioso antes de comenzar a hablar, rascándose la parte de atrás de la cabeza—. Yo quería saber de Blasito, yo lo cuidé cuando mi tribu se lo llevó, pero cuando regresamos a buscar a sus padres, nos dijeron que todos habían muerto.

Joaquín escuchaba atentamente con cierta desconfianza, con los dedos de las manos tocándose por las yemas.

—Hice unas pesquisas con la gente que me encontré por el rumbo, nos dijeron que esa finca pertenecía a los Guerra Cañamar. Estaba todo en ruinas y como desgraciadamente todos habían muerto, Blasito regresó conmigo y lo cuidé hasta que ustedes lo recogieron.

Vio como Joaquín se incorporaba en el sillón donde estaba, parecía que había captado su atención.

—Le aseguro que nunca estuve de acuerdo en asaltar haciendas, pero, usted sabe, si uno no se une, lo tratan deapestado

Poco a poco la mirada cautelosa de Joaquín pasó de desconfianza a sorpresa. Aquel viejo le estaba diciendo que Blas, al que su esposa y él le habían tomado tanto cariño, podría realmente ser el hijo que habían perdido hace años.

Todavía reacio a aceptar lo que estaba ya claro, le preguntó:

—¿Me puede decir de qué finca raptaron a Blas?

—Sí, señor, de las que están colindantes a la hacienda de Patos, cerca del molino principal. Ahora yo vivo con Fray Juan, que me dio un techo, soy el hortelano del convento.

—¿Qué desea a cambio de esta información? ¿Por eso ha venido? ¿Desea algo? Se da cuenta de todos los años que hemos llorado a nuestro hijo perdido —señaló Joaquín alzando la voz.

—¡No, no, señor!, ¡no le pido nada! Ya estoy viejo, estoy caminando mis últimos pasos y tengo que dejar todo arreglado para cuando el Señor me recoja. No cabe duda de que la sangre llama y Blas tenía que volver con los suyos.

—Le agradezco que cuidara de él —comenta Joaquín más calmado—. Tuvimos que reconstruir la finca y no volvimos hasta que estuvo habitable en su totalidad. Nos traía malos recuerdos a mi esposa y a mí. Quizás fue en ese entonces cuando ustedes fueron a buscarnos. Otras familias de fincas aledañas no corrieron nuestra misma suerte, pues murieron todos, es posible que por eso se hayan confundido, pero eran los de otras haciendas.

Joaquín hizo una pausa larga y, fijando su mirada profunda e inquisitiva en Domingo, le pregunta con voz grave:

—¿Usted estuvo negociando con el encomendero Pascual el rapto de mi hijo?

—¡No, señor! —respondió de inmediato—, ese fue el Ponciano, que negoció a Blasito a cambio de su hermano, que era esclavo del encomendero. Pero se echó para atrás, no aceptó el trato y murieron los dos. Saqué a Blas de ahí, y me lo llevé para regresarlo a su casa, pero como le dije, encontramos todo destruido.

Recordó el momento cuando se dirigían a la Villa del Saltillo y vieron a los soldados del Virrey.

—¡Tuve que esconderme! —exclamó con angustia—. Cuando veníamos a la Villa en busca de algún familiar de Blas, vimos a los hombres del virrey, temí que me apresaran y ya no poder cumplirle la promesa de regresarlo con sus padres, así que volví a mi casa. Estuvimos mucho tiempo escondiéndonos, tanto de la familia del Ponciano, como de los hombres del virrey, hasta que caí enfermo y ya no pude traer a Blasito.

—Permítame llamar a Blas y a mi esposa Rosario.

Salió del despacho para llamar a la nana Eulogia, pero no tuvo que buscar mucho, pues la nana había quedado cerca del despacho de Joaquín.

La nana Eulogia había tenido un presentimiento. El niño Blas, era realmente el niño Fernando, recordó aquella premonición en la que veía al niño Fernando de la mano de una niña y regresando a casa. Esa premonición fue la que mantuvo el corazón de Rosario lleno de esperanza, aguardando el regreso de su hijo.

Blas llegaba de la casa de los Flores de Abrego y se encontró a Juancho y a Tomás hablando. Discutían sobre quién debería hacer lo que había ordenado Don Joaquín.

—¿Me pueden decir qué tanto discuten? Esas pacas de paja no se van a mover solas, háganlo rápido, ya se viene la lluvia.

Levantándose de mala gana, Juancho comenzó a hacer lo que les habían ordenado. Tomás se levantó un poco después, echando pestes, y murmurando.

—Si el amo Don Joaquín no hubiera dicho que este niño se llama Blas, hubiera dicho que era

el Señorito Fernando, genio y figura del capitán. ¿A poco no? ¡Es igual de mandón que él!

—¡Cállate!, yo pensé lo mismo cuando lo vi —replicó Juancho con voz queda.

Fernando, que los escuchó, se acercó a ellos, esperó a que Tomás se fuera y le habló a Juancho.

—¡Eh! Juancho. ¿Quién es ese Fernando del que hablaban?

—Niño Blas, no pensé que nos estabas escuchando, pues bien, el niño Fernando era el hijo de los patrones. Pero no hemos sabido de él desde...

Cuando Juancho se disponía a contarle toda la historia, fueron interrumpidos por la nana Eulogia.

—Niño Blas, el capitán le manda llamar, está en su despacho.

—Ahora, ¿qué hice? —preguntó Blas confundido.

Juancho se rio de él, todos esos meses desde su llegada se había convertido en un verdadero Guerra Cañamar, como si nunca se hubiera separado de ellos. Pero, como adolescente, no dejaba de hacer travesuras y Don Joaquín lo reprendía.

Se encontró a Rosario, que también se disponía a entrar al despacho de Joaquín.

—¿Qué hiciste Blas? Espero que no sea para recibir un regaño —le preguntó con ternura Rosario mientras le daba un beso en la sien y le pasaba un brazo por sus hombros para entrar al despacho.

Al entrar, Blas se sorprendió al ver sentado a Domingo frente al escritorio de Don Joaquín. Se acercó para abrazarlo y, apenado, le dijo:

—¡No podía regresar, Tata Grande! —exclamó con angustia—, si lo hacía, la gente del Isidro me castigaría. Yo ayudé a rescatar a la niña que tenían secuestrada.

—Lo sé, Blasito —contestó el viejo con ternura, correspondiendo al abrazo de su hasta ahora protegido—, pero estás donde debes estar. Te dije que un día regresarías con los tuyos.

Blas lo miró asombrado y luego miró a Joaquín y a Rosario.

—¿Es posible, Tata Grande? ¿Es lo que me estoy imaginando?

—Sí, son tus Tatas, Blas.

A Rosario se le llenaron los ojos de lágrimas, abrió los brazos y Blas corrió a ellos.

—¡Hijo mío, nunca perdí las esperanzas! Cuando llegaste con Joaquín, algo dentro de mí me hacía pensar que eras nuestro Fernando.

—¡También yo, Madre! Cuando la vi en el carruaje en el secuestro de Anastasia, sentí como si la conociera, tuve un vago recuerdo cuando me leía para dormir. Y a mi padre, recordé un día que me llevaba en caballo. ¿Es cierto? ¿Eso sucedió?

Joaquín pasó saliva, ese día fue el principio de la tragedia. Ese día habían salido a montar, se encontraron con Leonor, quien había sido su amante. Lo besó delante del niño y fue tal el enfado de Fernando, que, cerrando los ojos, recordó las últimas palabras que le dijo su hijo, «*no te quiero, te odio*». Interrumpió esos pensamientos y habló.

—Sí, hijo. Siempre que podía te llevaba conmigo.

—Supuse que mis padres habían muerto cuando nos encontramos las ruinas, y ahora tengo hasta dos hermanas.

Ese momento fue interrumpido cuando Anastasia entró al despacho como tromba, seguida por la siempre silenciosa Estefanía, que traía el dedo pulgar en la boca.

—La nana dijo que nos llamaba, padre —Al ver que todos los mayores estaban reunidos, con curiosidad preguntó—. ¿Este señor quién es? Si viene por Blas, mi padre no lo va a dejar.

Todos sonrieron, y más Blas, al sentir que esa niña lo defendía. En ese momento entendió por

qué Dios lo hizo encontrarse con Anastasia, era su hermana, y gracias a ese secuestro había regresado a casa. El viejo Domingo se rio y le hizo una leve caricia en la cabeza.

—No, niña, no vengo por tu hermano, solo pasé por aquí a saludarlo.

—Blas no es mi hermano, pero lo será, ¿verdad que sí, padre?

—Sí, hija. Domingo no se equivoca, Blas es tu hermano. Acérquense, les quiero contar una historia —Cuando las tuvo a su lado, continuó—. Su madre y yo tuvimos un hijo; Cuando el niño tenía la edad de ustedes, se lo llevaron un grupo de indios.

—Como me pasó a mí —añadió Anastasia con los ojos muy abiertos.

—Así es cielo. Este señor, que se llama Domingo, lo cuidó y lo llevó de nuevo a casa. Pero como había quedado en ruinas, les dijeron que nosotros habíamos muerto, y el resto ya lo saben, Fernando ayudó a tu rescate y desde entonces vive con nosotros.

—Con razón el viejo Tomás dice que Blas se parece a ti, porque son muy mandones —Todos se rieron, Blas solo hizo una mueca—. ¿Por qué le llamas Fernando?

—Ese es su verdadero nombre, cariño.

—Pues tengo que ir con mi madrina, tengo que contárselo a Marcos.

—No es necesario que molestes a tu madrina, cariño —recalcó Rosario—, yo te ayudaré a escribir esa carta. Luego se la llevas a Andrea —Y salieron del despacho, dejando a los hombres sonriendo.

—Bien, Domingo, permítame darle una gratificación por cuidar de mi muchacho todo este tiempo.

—No es necesario, señor.

—Padre, ¿podría quedarse aquí Domingo? ¿Podría trabajar aquí, ayudar a Tomás?

—No, hijo —interrumpió Domingo—, yo ya tengo un trabajo, soy el hortelano del convento donde es superior Fray Juan. Justo cuando te marchaste con el Isidro, Fray Juan me ofreció asilo y trabajo, estoy muy bien donde estoy. Es mejor que olvides aquellos tristes años que pasaste.

—¡Te voy a extrañar, Tata!

—¡Y yo también, hijo! —Se abrazaron y luego se despidió de la familia Guerra Cañamar.

Fernando se adaptó muy bien a su nueva vida y a su familia. Un gran desasosiego embargaba el corazón de Rosario, y era que Fernando se empeñaba en aprender todo lo que Juancho le contaba que hacía Joaquín cuando era Capitán de los Dragones. Había comenzado a aprender a usar la espada, la pistola y aunque era ya muy hábil en el uso del arco y la flecha, no lo dejaba de practicar, haciendo a su padre sentirse orgulloso de él.

Capítulo 6. Corazón de Dragón



San Nicolás de la Capellanía, principios de 1809.

Llegó a la finca de la familia Guerra Cañamar un grupo de seis soldados, imponentes en sus uniformes militares. Fernando los observó con admiración mientras descendían con elegancia de sus caballos y saludaban a Juancho con la confianza propia de hombres acostumbrados al deber. Preguntaron con respeto por el Capitán Joaquín, quien, en ese momento, salía de su despacho, alertado por el sonido rítmico de los cascos al acercarse.

—Capitán, nos han enviado con usted.

—¡Bienvenidos! Pero pasen, pediré que les sirvan un refrigerio, y luego hablaremos de qué los trae por aquí.

La sorpresa se reflejaba en el rostro de Fernando, que los miraba con los ojos y la boca muy abiertos.

—¡Cierre la boca, Don Fernando! ¡Se le meterá una mosca! —aconsejó Juancho risueño, presionándole la barbilla con un dedo.

—Juancho, ¿quiénes son?

—Son los Dragones, se encargan de guardar el orden en los pueblos. Don Joaquín era su capitán, pero lo dejó. Ahora, de vez en cuando, piden su ayuda para planear las misiones. ¡Cuántas aventuras pasamos mi capitán y yo cuando pertenecía a los dragones! —comentó Juancho con nostalgia—. Yo no tenía el talante, pero mi capitán era regio, en todos lados era recibido por la gente, era muy apreciado. Bueno, todavía lo es.

—¿Yo puedo ser un dragón? —preguntó Fernando demasiado entusiasmado.

—¡Claro que sí! Y no un simple dragón, mi capitán Joaquín, podría cederte el título. Con el entrenamiento que te hemos dado podrías ser muy buen capitán.

—¡Hablaré con mi padre! —salió apresurado a reunirse con los visitantes.

En el despacho, el capitán Antonio Núñez consultaba a Joaquín sobre una región que había sido atacada por salvajes, desplegando un mapa. Fernando, interesado, se acercó a un lado de su padre, escuchando de forma atenta.

—¿Cómo podemos proteger este poblado, capitán? Tenemos resguardada toda esta área, y no sabemos, pero siempre llegan a atacarnos.

—Si me lo permite, capitán —interrumpió Fernando—, el ataque proviene de estas colinas.

Hay una vereda escondida que lleva al arroyo, lo usan a menudo para huir. Ese arroyo solo tiene agua cuando hay venida por la lluvia.

Todo el grupo se giró para mirarlo, incluido Joaquín. Estaban sorprendidos de que un muchacho de quince años les había aclarado lo que por tanto tiempo les había traído problemas y, además, les hubiera proporcionado información crucial sobre los ataques continuos al pueblo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó sorprendido el capitán Antonio.

—Mi hijo, cómo saben, fue raptado por gente de una de las tribus, vivió algunos años entre ellos, sabe cómo se mueven. Pero bueno, creo que esta información les será útil. Daré la orden para que preparen la casa de invitados, tienen que descansar, les espera un largo camino.

—¡Gracias, Capitán!

Cuando los hombres se retiraron, Fernando esperó a su padre en el despacho.

—¡Los has dejado impresionados, hijo! Si no fuera porque tu madre me ha prohibido alentarte a seguir mis pasos como Dragón, te apoyaría.

—Padre, de eso quería hablarle. ¡Quiero ser un Dragón! ¡Por favor padre!, convenza a mi madre para que dé su consentimiento, es lo que más deseo, le prometo llevar con orgullo su nombre, no lo decepcionaré.

Joaquín lo miraba asombrado, Fernando hablaba con tanta madurez, pero eran pocos los años que lo habían tenido con ellos y Rosario no se lo perdonaría.

—Lo siento hijo, no podemos hacerle esto a tu madre. Ha sido poco este tiempo que has estado con nosotros, volvería a sumirse en la tristeza.

—¡Vendré entre cada misión! Mi madre no me extrañará, Anastasia y Estefanía la tendrán bastante ocupada —Fernando insistía con emoción.

Joaquín y Fernando no notaron que Rosario los escuchaba en la puerta, al escuchar que se habían quedado callados, entró. No podía hacerle eso a su hijo, si él quería unirse a los Dragones, ella lo apoyaría.

—¡Hijo mío, si es lo que más deseas, tienes mi permiso!

Fernando se acercó y abrazó a su madre, a quien ya le sacaba una cabeza de altura. Tomó su mano y la besó con reverencia.

—¡Gracias, madre! Usted no sabe lo feliz que me hace, aunque me daría mucha pena si me fuera y usted quedara triste por mi culpa.

—Te echaré de menos, pero tengo que aceptarlo, hijo. ¡Tienes corazón de Dragón como tu padre!

Joaquín sonrió y se acercó a abrazar a su mujer y a su hijo.

—Soy un Dragón domesticado, mujer —Sonrió.

—¡Mi Dragón del desierto, dueño de mi corazón! ¡Mi capitán! —respondió amorosa Rosario.

Fernando los observaba con orgullo. Atrás quedaron esas pesadillas donde le decía a su padre que lo odiaba y lo soñaba con esa otra mujer, sabía que no debía decir nada por qué haría daño a su madre, y al ver a sus padres felices y amorosos, decidió olvidar todo eso.

—Madre, ¿puedo preguntarle algo?

Rosario se volvió hacia Fernando, emocionada cada vez que la llamaba madre. Durante un tiempo, había perdido la esperanza de recuperar a su hijo y escucharlo llamarla así la hacía feliz.

—¡Claro que sí, hijo, dime! —Pasó un brazo por su espalda, mientras con el otro rodeaba la cintura de esposo.

—¿Por qué llama a padre, Dragón del Desierto? Ya sé qué era capitán de los Dragones, pero ¿por qué del desierto?

Antes que pudiera responder Rosario, Joaquín intervino, y le contó.

—Tu madre se inspiró en las historias que le contaba Juancho de nuestras misiones. Quizás luego te lo enseñen en el colegio, pero, la Provincia de Coahuila y la Nueva Vizcaya tienen zonas desérticas donde ayudamos a establecer pueblos, ya los recorrerás en tus misiones.

—¡Ya quiero salir de misión y recorrer todos esos lugares! Con Domingo viajamos por algunos pueblos, pero no muy lejos de la Villa.

Rosario, sorprendida, se cubrió la boca con la mano.

—¿Quieres decir que siempre estuviste cerca de nosotros?

—Sí, madre, estuvimos en el pueblo de Anheló, a unas leguas de aquí de la Capellanía.

—¡Dios mío! —exclamó Joaquín.

—Bien dijo la nana, tu misión era volver con una niña y era rescatar a tu hermana.

—No entiendo madre, ¿Qué quiere decir?

—Cuando te robaron, mi nana tuvo una visión, te vio regresar de la mano de una niña. Ahora lo sé, lo sabemos —Miró a Joaquín con esa mirada compartida de amor y ternura—. Tenías que volver junto con Anastasia.

—Me gusta esa historia, madre —abrazó a ambos.



Joaquín se dedicó hacer las diligencias ante la Real Audiencia para transferirle su título de capitán a Fernando. A la petición, se unió la del capitán Antonio, que había quedado impresionado con Fernando y sobre todo el conocimiento que tenía de la región.

En sus ansías por aprender, Fernando se levantaba temprano, quería conocer todo lo que se hacía en la hacienda y en el molino de sus padres, no dejaba de ir a las clases con Francisco, que, aunque era unos años menor que él, se había convertido en grandes amigos.

Capítulo 7. Encuentro con el Pasado



Como todos los años, durante las fiestas del Santo Patrono de la Villa de Santiago del Saltillo se organizaba un baile donde asistían todas las personas del más rancio abolengo en la villa.

Se acercó a Joaquín y a su familia, Albino Arista, recién llegado del Valle Real. Al saber que los Guerra Cañamar eran de las familias con más poder y riqueza en la región decidió presentarse. Joaquín ya había coincidido con él en algunas reuniones del cabildo y en el casino donde se reunían los caballeros. Su principal impresión había sido de desconfianza y desagrado.

—Don Joaquín, permítame presentarle mis respetos, ahora que tengo la oportunidad deseo presentarle a mi familia; ella es mi esposa Jacinta Arista, y mi sobrina Genoveva Arista, Genoveva es hija de mi difunto hermano.

Joaquín, desconfiado ante tal muestra de adulación que aquel hombre siempre presentaba con él, le presentó a su vez a su familia.

—Ellos son mi esposa Rosario Guerra Cañamar y mi hijo el Capitán Fernando Guerra Cañamar.

Para el joven Fernando no pasó desapercibido la belleza de la joven Genoveva, con la que intercambió sonrisas.

—Hijo, ¿por qué no invitas a bailar a la joven? Si usted lo permite, claro —habló Joaquín, dirigiéndose al tío de la joven

—¡Ah, por supuesto! ¡Claro que sí! Será un honor para mi sobrina. ¡Hija, vaya con el capitán!

Mientras bailaban los dos adolescentes, Fernando abrió la plática.

—Gracias por haber aceptado este baile.

—Pero ¿no vio que casi nos obligaron su padre y mi tío? —La joven emitió una leve sonrisa.

—Sí, es verdad, pero igual, gracias por haber aceptado.

—¡No podría haberme negado! Ustedes son una de las familias más reconocidas en la región, ¡hacerles un desaire sería imperdonable!

—¿Quiere decir que no deseaba bailar conmigo? —cuestionó Fernando fingiéndose ofendido.

—¡No, no me malinterprete, por favor! Por supuesto que deseaba bailar con usted, si se ha dado cuenta, somos los únicos jóvenes aquí.

—Es verdad, y la entiendo. Podríamos decir que yo también tengo poco tiempo participando de estas fiestas y no me siento muy cómodo.

—¿Tiene hermanos, hermanas? —preguntó Genoveva, para romper el momento incómodo.

—Sí, tengo dos hermanas, Anastasia y Estefanía, pero todavía no son presentadas en sociedad, por eso no acuden a estas fiestas.

—Entiendo, yo no tengo hermanos, y mis primos, los hijos de los tíos Albino y Jacinta, ya son mayores. Viven en Valle Real con sus familias.

Durante el baile los dos jóvenes congeniaron, Fernando quedó prendado de la joven Genoveva. Nunca había conocido una joven tan hermosa. Genoveva, al sentirse sola, pues la única persona que había conocido casi de la misma edad había sido Fernando, alentó sus atenciones.



Fernando recibió la orden de presentarse en el presidio de Nuestra Señora de Guadalupe de la Monclova.

Juancho le había pedido que lo llevara con él. Desde que Joaquín había pagado su libertad y le había dado trabajo como su lacayo, nunca se había separado de él.

—Veo que mi hijo me ha ganado tu lealtad, Juancho.

—¡No diga eso capitán! Yo a usted le tengo un gran respeto y lealtad, pero usted sabe, ese muchacho se ha ganado mi aprecio desde que llegó, me recuerda a usted cuando era Dragón y atravesaba los montes y el desierto para establecer la paz, además extraño esas aventuras.

—Entiendo Juancho, y te agradezco que quieras estar al lado de mi hijo, estaré tranquilo que vayas con él. ¡Cúidalo, te lo pido!

—¡Con mi vida, señor! —Joaquín le dio un fuerte abrazo, tomando por sorpresa a Juancho.

Fernando se despidió de una llorosa Rosario, mientras que Anastasia y Estefanía le decían adiós con la mano.

Antes de salir de la villa, Fernando fue a despedirse de Genoveva. Desde que la conoció, pidió permiso para cortejarla. Eran jóvenes, y sabía que a sus padres no les gustaría, pues, desde que había vuelto con ellos, le aconsejaban, especialmente Joaquín, que esperara a tener más edad para pensar en comprometerse y buscar esposa, aun cuando los varones eran considerados mayores a sus quince años, a su padre le parecía que, Fernando, era todavía un niño.

—Genoveva, siento no haberte avisado sobre mi visita, pero tenía que venir a despedirme. Me han escrito del presidio, y debo presentarme.

—¡Oh, qué pena Fernando! Te voy a echar de menos, has sido mi única compañía en este tiempo. Tú sabes cómo es mi tío que me obliga a ir a esas reuniones o fiestas donde hay gente muy mayor.

—Quiero pedirte algo Genoveva —solicitó Fernando mientras le tomaba ambas manos.

—¡Dime, Fernando! —respondió Genoveva con mirada ansiosa

—Quiero que me prometas que me esperarás. Cuando vuelva, quiero pedirte en matrimonio y que seas mi esposa.

—¿De verdad, Fernando? ¿Me quieres?

—Sí, Genoveva, eres la mujer que quiero para casarme y formar una familia.

—¡Sí, Fernando! Lo prometo, te esperaré.

—Gracias, amor —Se inclinó dándole un besamanos. Se montó en su caballo y levantó la

mano para despedirse de su amada.



Fernando llegó al presidio y pidió ser anunciado con el General Agustín del Campo, que lo mandó a llamar a su despacho. Al verlo entrar, se puso de pie inmediatamente. No había cambiado mucho sus facciones en siete años, si se veía más maduro, pero permanecían en él muchos rasgos infantiles.

—¿Blas? ¿Eres tú? Pero hombre, ¿cómo has crecido? No me digas que acompañas al capitán Fernando, me dijeron que se reuniría conmigo —le dio un abrazo.

—¿Usted es el general?

—Así es, me ascendieron hace unos años. Pero cuéntame, ¿cómo te ha ido? Y, ¿Domingo? ¡Pero siéntate, ni te he dejado hablar!

—Yo soy el Capitán Fernando Guerra Cañamar. Verá, encontré a mi verdadera familia, un grupo de delincuentes me sustrajo de mi casa, cuando vieron que no iban a conseguir lo que buscaban, atacaron a quien había pagado por mi secuestro. Domingo trató de devolverme con mis padres, pero le fue imposible, usted sabe, siempre estuvo muy enfermo.

—¿Has vuelto a ver a Domingo?

—Sí, mis padres me han enseñado a ser agradecido, cada vez que vamos a Patos, pasamos por el convento donde él está y lo visitamos. Mi madre dice que ha sido un milagro del Santo Cristo que haya recuperado su salud.

—¡Me da mucho gusto por ti, Blas! Perdón, Fernando, costará acostumbrarme. Le escribiré a María para contarle que te he encontrado, siempre te piensa con mucho cariño. Gracias a ti estamos juntos, y pudimos formar una familia, es algo que no se nos va a olvidar nunca y te estaremos agradecidos por siempre.

—María, ¿dónde está? Me gustaría verla

—Ella no está aquí, la envié a Guadalajara con nuestros hijos. Tenemos dos mellizos; Mariano y Mariana, son nuestro mayor orgullo. El hombre con él que comprometieron a María ha querido llevarse a Mariana, dice que ella puede casarse en su lugar, y para tenerlos a salvo, los envíe fuera de estas tierras.

—Comprendo, espero pronto poder ver a María y conocer a sus hijos. Pero, cuénteme de María y sus hijos.

—¡Son unos verdaderos diablillos! Recibí carta de María diciéndome que había dado permiso a Mariana de quedarse con unos gatos que se había encontrado. Si no hubiera sido por los peones, no se hubieran dado cuenta que eran gatos montes y la madre andaba cerca. ¡Menos mal que se percataron de eso y regresaron a las crías!, nos hubiera hecho mucho daño si llega a atacar el ganado. Mi hija estuvo desconsolada porque les quitaron a sus nuevas mascotas.

Fernando rio al escuchar la anécdota de Agustín. Escucharlo le daban más ganas de conocer a aquellos niños, se imaginaba que, esa niña Mariana, era igual de traviesa y consentida que sus hermanas, Anastasia y Estefanía.

—Bueno, ya que nos hemos puesto al día. He de decirte que tendrás que unirte a los soldados que se enviarán a la península ibérica, tenemos que servir al reino y a su Majestad ahora con la

invasión napoleónica.

—¡Estoy a sus órdenes, mi general!

Fernando fue enviado a la península ibérica. Luchó en la batalla contra Napoleón defendiendo a la corona. Esa tarde, mientras estaba en su despacho, llamaron a la puerta:

—¡Capitán, han llegado noticias de la Nueva España!

Tomó el sobre que le tendía el comandante que se había acercado.

—Parece que tendremos que volver a la Nueva España —comentó mientras leía el comunicado—. Es allá donde nos necesitan, la lucha por la independencia está comenzando.

Fernando y los hombres que tenía bajo su mando, volvieron a la Nueva España. Por su habilidad adquirida en su infancia de comunicarse con las tribus de indios, lo destinaron a la Provincia de Texas. Mientras en el sur y centro del nuevo reino, las batallas buscaban la independencia de España, en el noreste todavía combatían contra tribus de bárbaros.

Capítulo 8. Primer Amor



A su regreso a la Nueva España y antes de presentarse a su nueva misión, Fernando decidió visitar a su familia y sobre todo volver a ver a su amada Genoveva. Durante su viaje, compartieron correspondencia. En él crecía la ilusión de regresar y desposarla. Ahora que estaba de vuelta, esa intención estaba más viva que nunca. Los dos eran jóvenes, pero no había impedimento para que sus padres se opusieran.

Al escuchar los cascos de los caballos, salieron Rosario y Joaquín, luego se les unieron las dos jovencitas; Anastasia y Estefanía.

—¡Bendito sea Dios! ¡Hijo mío, has vuelto con bien! —salió a su encuentro una Rosario muy emocionada a abrazarlo.

—¡Madre! No sabe cuánto la he echado de menos —comentó Fernando correspondiendo al abrazo—. ¿Recibió mis cartas?

—Sí, hijo, pero tú sabes que no es lo mismo. Los tiempos están muy revueltos, yo deseo que ya no vayas a ninguna misión.

—¡Madre, no me pida eso! Sabe que ser Dragón es lo que más me apasiona. Ahora estaré destinado a la provincia de Texas, estaré un poco más cerca de ustedes.

Joaquín, que se había mantenido lejos para que su mujer disfrutara dándole la bienvenida a su hijo, se acercó.

—¡Mujer, dejemos al muchacho entrar en casa, ha de venir cansado!

—¡Oh! Sí, mi cielo, vamos para que descanses. Voy a ordenar que te lleven agua. ¿Quieres darte un baño?

—Sí, madre, por favor. Y... ¿Ustedes no me van a dar la bienvenida? —se dirigió Fernando a sus hermanas Anastasia y Estefanía. Anastasia corrió abrazarlo y Estefanía, tímida, se acercó detrás de su hermana.

—Fernando, ¿irás con nosotros al día de campo?

—¿Un día de campo? ¿Cuándo?

—Mañana, ¿verdad que si vendrás con nosotros?

—Haré lo posible, tenía pensado hacer una visita.

—También la señorita Arista vendrá —le informó Rosario haciéndole un guiño a su hijo.

Joaquín se rio, a pesar de que Fernando había estado alejado de ellos en su niñez y ahora por su cargo de capitán, parecía un libro abierto para Rosario. Admiraba a su esposa, a pesar de todo

lo que había sufrido en su vida con sus hijos, era una madre amorosa, a veces era un poco estricta con las mellizas, pues, se daba cuenta de que con Joaquín no había manera de regañarlas y ella tenía que parecer la dura.

Al día siguiente, Fernando se despertó silbando, llegó al comedor y se encontró con las caras tristes mientras Joaquín y Rosario lo miraban con pena.

—Me temo, hijo, que el día de campo se va a cancelar. Acaban de aprehender a un grupo del ejército insurgente.

—¿Dónde fue? Aquí casi no llegan esas noticias —preguntó interesado Fernando mientras tomaba asiento.

—Muy cerca, en el camino de las Norias de Bajan, parece que los traicionaron —informó preocupado Joaquín.

—Había cuatro curas, ¡Dios Bendito! —Se santiguó Rosario—. Parte de la caravana llegó a Santa María, ahí escucharon misa.

—No sé qué pensar, padre. He leído algunos versados en el tema, los ideales por los que luchan los insurgentes son muy loables. Incluso, me da pena decirlo, he sido invitado a unirme a las tropas insurgentes. Pero sé que mi lealtad está con la corona y el rey.

—Lo sé, hijo. Dicen que los nacidos en la Nueva España somos los que tenemos derechos a tomar los cargos políticos. Algunos grupos buscan romper lazos con la corona, pero hay otros que solo están en la lucha para su propio beneficio. ¿Quién nos dice si al apoyarlos no nos quitaran lo nuestro? Desde que se declaró la independencia en Dolores, en su paso por los pueblos, han desposeído a buenas familias.

—En España también las cosas están difíciles después que el Rey Carlos abdicara a favor de su hijo Fernando. Este fue hecho preso por Napoleón. ¿Qué me aconseja usted padre?

—¡Hijo, por favor, ya no arriesgues más tu vida! ¿Por qué no vuelves a casa? —imploró Rosario nerviosa.

—Lo voy a pensar, madre. Pero antes tengo que presentarme con el General Agustín. En realidad, mi cargo es solo vigilar el orden, madre, no se mortifique. Todavía seguimos con los ataques de los bárbaros, pero hicimos la promesa de velar por los indios gentiles.

—Admiro tu sentido del deber hijo, pero si en algún momento sientes que debes dimitir, hazlo.

—Lo haré, padre, se lo prometo. Pero bueno, ya no estén tristes, por qué no vamos a la villa y podemos comprar unos dulces en la plaza, ¿les parece? —dijo Fernando tratando de darles ánimos a las mellizas. Había visto que Anastasia casi bostezaba al escuchar la plática, en tanto Estefanía, los escuchaba con atención, casi sin parpadear.

Fernando llevó con él a las mellizas, quienes, durante el viaje, iban contándole sus últimas peripecias. Anastasia seguía coleccionando mariposas y bichos raros, Estefanía seguía cuidando de sus plantas y aunque no se lo confesó abiertamente, él sabía que entraba a su habitación a tomar sus libros.

—Vamos a llegar a casa de la señorita Genoveva, la invitaremos a la plaza.

—¿Con esa pesada? —Anastasia hizo una mueca.

—Ana, no te expreses así, si te escuchara madre...

—¡Ya sé, ya sé! ¡Me lavará la boca con vinagre! Pero nunca lo hace —dijo Anastasia levantando ambos hombros.

Al ver que un carruaje se detenía al frente de su casa, Genoveva salió corriendo. Nunca recibía visitas.

—Querida señorita Arista, es un placer saludarla —Fernando se inclinó y le dio un besamanos a Genoveva, quien desplegó su abanico con la otra mano, ocultando la sonrisa que hacía.

—¡Oh, Capitán! ¡Qué alegría volver a verlo! No sabía que estaba en la Villa.

—He llegado el día de ayer. Y perdone por mi atrevimiento, pero he salido con mis hermanas para llevarlas a la plaza y pensamos en si le gustaría acompañarnos.

Genoveva hizo una mueca de disgusto que ocultó con su abanico, sin embargo, se repuso para contestar con ánimo.

—Encantada, entraré a avisar a los tíos y a mi nana para que nos acompañen.

—La esperamos entonces —respondió Fernando, haciendo una inclinación reverencial.

En la plaza de la villa se reunían vendedores y era el lugar donde las jóvenes aprovechaban para platicar con sus pretendidos^[6]. En su recorrido, llegaron a un puesto de dulces, Anastasia y Estefanía, emocionadas, llamaron la atención de su hermano, quien les había prometido los dulces.

—¡Fernando, quiero un dulce de estos!

—¡Niña, no tienes modales! Se dice por favor —la reprendió Genoveva.

Fernando hizo una mueca, eran unas niñas y él les había prometido un dulce. Estefanía, que curioseaba un puesto donde vendían plantas, no se fijó y tropezó con otra niña unos años mayor que ella que llevaba un jarro con agua, al toparse se rompió el jarro, mojando el vestido de Genoveva y Estefanía.

—¡India estúpida, por qué no te fijas!

Estefanía, temerosa, comenzó a balbucear, se acercó a Anastasia para sentirse protegida. Fernando, al ver a la niña que se había caído, la ayudó a levantarse.

—¿Estás bien? ¿Estás herida?

—¡Estoy bien, patrón! Pero mi madre me castigará, estos jarros son caros y llevaba agua para la comida.

—No te preocupes. Mira, toma —Sacó de su bolsillo un morral con monedas, extrajo unas y se las dio—. Con eso te bastará. ¡Anda, ve y compra otro jarro! Y apresúrate para que lo puedas llenar, que el agujero ya se va.

—¡No deberías de haberle dado nada! ¡Esos indios son unos imbéciles!

—Esa niña no tuvo la culpa. Mi hermana tropezó sin querer con ella y si está en mi mano que no la castiguen, ¿por qué no hacerlo? Anda, escoge tu dulce.

—Ya no se me antoja, te pido que me lleves a casa, quedé toda mojada.

—¡Si apenas te mojó! Bueno, vamos —dijo Fernando, conciliador, en tanto la tomaba del codo—. ¡Niñas, vámonos!

—¡Pero si no has comprado nuestro dulce! —exclamó Anastasia.

—Luego vendremos, vamos a llevar a Genoveva a su casa.

Estefanía y Anastasia hicieron un gesto de disgusto.

Cuando llegaron a la casa de Genoveva, Fernando la acompañó hasta la puerta.

—¿Podríamos vernos mañana? —preguntó al dejarla en el portal de la casa.

—Sí, Fernando, pero no sé, ¿puedo confesarle algo?

—Dígame Genoveva.

—Me gustaría que pudiéramos pasear un momento nosotros solos, no me lo tome a mal, pero sus hermanas son un poco revoltosas.

—¿Ya se le olvidó que hace unos años nosotros éramos igual de revoltosos? —comentó Fernando carcajeándose—. Está bien, vendré solo —Se despidió con un besamanos y subió a su coche.

—Fe, Fer, Fernando —tartamudeó Fanny

—Dime, Fanny. No tienes por qué tener miedo.

—¿Te enojaste?

—¡Por el amor de Dios! Por supuesto que no, fue un accidente, no lo hiciste a propósito.

—¿Les vas a contar a padre y a madre? —preguntó temerosa. Sabía que sus padres nunca la regañaban o castigaban, pero quedó espantada al escuchar a Genoveva gritarle a aquella muchacha.

—No tienen por qué saberlo. ¿No? Es un secreto de nosotros tres, ¿prometido? —levantó la mano en señal de promesa. Fanny rio y también levantó su mano, ambos se giraron y vieron a Anastasia que iba entretenida comiéndose un dulce.

—Ana, ¿de dónde has sacado ese dulce? —indagó Fernando.

Anastasia se chupaba los dedos y se los secaba en el vestido.

—Juancho me los compró, como no me diste oportunidad a comprar nada. Fernando, ¿te vas a casar con esa señorita? —preguntó haciendo una mueca, demostrando que no simpatizaba con ella.

—Sí, Ana. Es lo que más deseo. Guarden el secreto, nuestros padres todavía no se deben enterar —Ambas niñas asintieron, aunque hicieron un mohín de pesadumbre, que no alcanzó a ver Fernando.

Capítulo 9. Corazón Traicionado



Era una mañana soleada, Genoveva había enviado un mensaje a Fernando citándolo. Iba a visitar a su abuela que vivía a las afueras de la Villa, muy cerca de la capellanía. Diciendo una mentira, salió para encontrarse con Fernando.

—Querida, ¿por qué me has citado aquí a solas?, es inapropiado.

—¡Estoy cansada de tu puritanismo, Fernando! O, ¿es que no deseas que estemos a solas?

—¡Claro que sí, amor mío! Pero sé que debo guardar las formas, no está bien, podría dañar tu reputación.

Genoveva le pidió a Fernando que la acompañara. Se sentaron en una parte donde había poca vegetación y los altos árboles impedían la visibilidad. La naturaleza ofrecía un escenario idílico, con flores silvestres que ondeaban suavemente con la brisa y el canto de los pájaros como fondo musical. En un impulso, que tomó por sorpresa a Fernando, lo abrazó y comenzó a besarlo.

Fernando pasó del asombro a la sorpresa y correspondió torpemente a los besos y a las caricias de la joven. A pesar de su experiencia en el campo de batalla, la incertidumbre en el terreno íntimo lo envolvía como un manto desconocido. Sus sentimientos eran palpables, reflejados en la mirada ansiosa que dirigía a Genoveva. Nunca había tenido intimidad con una mujer, pero su padre, si le había hablado del tema, no deseaba detener el momento y se dejó llevar.

Cuando Genoveva, con manos expertas, comenzó a desabrochar los botones del uniforme, Fernando experimentó una sensación de exposición y entrega. La hierba suave bajo sus pies se convirtió en el lecho de su primer encuentro íntimo, y el sol testigo iluminaba cada gesto, cada mirada compartida.

A medida que avanzaba el encuentro, Fernando pasó de la incertidumbre inicial a una combinación de fascinación y éxtasis. Cada caricia de Genoveva era una revelación, cada murmullo del viento susurraba palabras de consuelo. La pradera se convirtió en el escenario donde el capitán dejó de ser el líder indomable para convertirse en el hombre que se entregaba a la experiencia apasionada de descubrir el amor.

La vulnerabilidad de Fernando se transformó en una fuerza nueva, y el entorno se convirtió en el cómplice silencioso de un hombre que, aunque acostumbrado al fragor de la batalla, descubría en ese momento la dulzura y la intensidad del amor compartido.

Mientras se ponían sus ropas, una pregunta rondaba en el pensamiento de Fernando «Genoveva parecía que tenía experiencia en esto, casi lo podría asegurar, pero no le

preguntaría para no ofenderla»

—Ten por seguro que te voy a cumplir Genoveva, volveré para que nos casemos. Tengo que ir a presentarme con mis superiores, y después de la misión pediré permiso para que nos casemos.

—Lo sé, Fernando. Sé que eres un caballero de honor, no sé qué pensarás de mí, pero es que te quiero tanto.

—Yo también te amo, me iré con el más bello recuerdo de ti en mi pensamiento.

Fernando regresó al presidio para presentarse y ser enviado a su próxima misión, deseaba tanto que el tiempo pasara para volver con Genoveva; *«Quizás si le hago caso a mi madre, pediría la baja en los Dragones para no separarme más de Genoveva, si continuo aquí, tendría que estar saliendo de misión nuevamente»*, pensaba para sus adentros.



Meses después...

Fernando recibió una carta que le partiría el corazón.

Querido Fernando:

Estas líneas que te escribo son con el motivo de despedirme, mi tío me ha comprometido con Don Pedro Ruiz. En unos días se dirán las amonestaciones. Como ahora soy una mujer comprometida, es mejor que no me escribas más.

Atentamente,

Señorita Genoveva Arista

Fernando, al recibir la misiva, se dirigió a la Villa del Saltillo, tenía que escuchar de propia voz a Genoveva, necesitaba una explicación. No pudo con el tormento y en lugar de dirigirse primero a casa de sus padres, fue directamente a la casa de ella.

—¡Capitán, pero qué gusto verle! —lo recibió Doña Jacinta y lo hizo pasar al salón donde se encontraba su esposo Don Albino.

—Buenas tardes, Don Albino, perdone que no anunciara mi visita, pero desearía hablar con su sobrina. Solo es para darle mis saludos y mi enhorabuena por su compromiso.

—¡Ah! ¿Se ha enterado?, permítame llamarla —Le pidió a su esposa que buscara a su sobrina.

Genoveva entró en la sala y se sorprendió al encontrarse con Fernando.

—Sé que no es muy apropiado, pero los dejaremos solos para que hablen —Don Albino hizo un gesto a Genoveva, que no pasó desapercibido por Fernando.

—Tome asiento capitán, les enviaré algo de beber —dijo Doña Jacinta antes de salir de la habitación.

Fernando esperó unos minutos a que los tíos de Genoveva se alejaran lo suficiente para poder hablar con tranquilidad.

—Recibí su carta, y como iba a venir a ver a mi familia, decidí que me la aclarara en persona.

—Lo siento, Fernando —expresó Genoveva apenada con la mirada agachada

—Pensé que en todo este tiempo había ganado su afecto. Que seguía en pie su promesa de esperarme después de que..., pensé...

—¡Perdóneme, Fernando! —expresó Genoveva con pesar—. Debe entenderme, no estaba en mí decidir, yo solo debo obedecer a mis tíos.

—Pero, no entiendo. ¿Por qué no les dijo a sus tíos que la estaba cortejando? Es más, creí..., daba por hecho que estábamos comprometidos, después de lo que pasó. ¡Mi familia tiene mucho más abolengo y riqueza que ese señor!

—Lo sé, y no es por eso, mi tío lo sabe, pero hay algo..., lo siento..., no puedo decirlo.

—Si no es por la fortuna o el apellido, ¿por qué es? —preguntó Fernando con irritación en su voz

—Me da pena decirlo —comentó en voz baja, sin mirarlo a los ojos.

—¡Dígame! ¡Es lo menos que merezco! ¿No cree?

—Mi tío, se enteró de que usted se crio con los indios. Lo siento, Fernando, yo no podría casarme con alguien que... —suspiró—. Mis tíos no lo ven digno para mí, aun cuando lo recibieron bien, pues, no querían hacerle un desaire, por llevar el apellido Guerra Cañamar y ser su familia una de las más influyentes de la región.

—¡Pero yo no fui culpable! —exclamó con molestia—, a mí me secuestraron, tuve la bendición de poder regresar con mis padres.

—Mi tío dice que eso es una farsa, que, con el poder y las influencias de Don Joaquín, usted pudo ser adoptado, que es un hijo expósito, o un hijo natural de Don Joaquín, la verdad yo no podría ser esposa de un..., un descendiente de bárbaros.

—Está bien, no puedo decir nada en mi favor, solo quiero que le informe a su tío, que yo soy un legítimo Guerra Cañamar —dijo Fernando con altivez—. Estuve con los indios por seis años y no reniego de ello. Conocí tanto a buenas como a malas personas. Pero Dios me permitió regresar con los míos. Podría ir con mi tío, Don Rafael, que es el párroco de San Nicolás, para que demuestre mi pureza de sangre...

Genoveva levantó la cabeza impresionada, Fernando sabía de lo que hablaba. Todo se podía aclarar con solo ir con la autoridad eclesiástica a demostrar su limpieza de sangre.

—Pero usted, no lo merece. Si un día encuentro a una mujer india o mestiza que sea digna de mi amor, me casaré con ella, para mí no importan las castas, ni los abolengos —Fernando se puso de pie y salió del salón, dejando a una Genoveva desconsolada.

Don Albino entró a la sala y encontró a su sobrina hecha un mar de lágrimas.

—Tío, dice el capitán que él es un legítimo Guerra Cañamar.

—Lo escuché, hija. Pero, ¿no te das cuenta?, no sabemos qué costumbres haya aprendido en ese lugar, con esa gente. ¡No, hija! ¡Tú debes casarte con alguien de nuestra casta, que no tenga ese pasado!

Capítulo 10. Dudas del Pasado



Fernando llegó a su casa abatido, no quería encontrarse con nadie, pero, al entrar, se topó con la nana Eulogia.

—Nana, ¿podrías avisar a mis padres que he llegado? Más tarde vendré a saludarlos, no me encuentro bien.

—¡Mi niño! ¿Quieres algo? ¿Tienes fiebre? —Mientras le preguntaba le ponía el dorso de la mano en la frente.

—No, Nana, vengo muy cansado, eso es todo.

Cuando Fernando se retiró a su habitación, la nana fue en busca de Rosario.

—Niña, el niño Fernando ya llegó, pero lo veo mal, algo le pasó, tal vez esté enfermo.

—Iré a verlo, nana, gracias.

Rosario llamó a la puerta, pero no recibió respuesta y entró. Se encontró a Fernando acostado, boca arriba, con un brazo cubriéndose los ojos. A Rosario le recordó la última vez que lo vio enfurruñado cuando era niño.

—Hijo, ¿te sientes mal? Me dijo la nana que no te veías bien.

Fernando retiró su brazo, pero siguió acostado.

—Solo estoy cansado, madre.

—Está bien, te dejaré descansar —cuando se disponía a salir, Fernando la llamó.

—¡Madre, no se vaya!, ¿puedo hablar con usted?

—¡Claro que sí, hijo! —Rosario se acercó, se sentó a un costado de la cama, y le tomó una mano a su hijo—. ¿Qué te ocurrió?

—Madre, ¿está segura de que soy hijo de ustedes?

—Pero, ¡¿qué dices?! —preguntó horrorizada—. ¡Por supuesto que eres nuestro hijo! Lo que nos contó Domingo, coincide con el día en que te raptaron. ¿Alguien lo ha puesto en duda? ¡Deja que se entere tu padre! Además, tú mismo recordabas muchas cosas de tu vida con nosotros, también tu nombre ¿No es así?

—Sí, es verdad. Nunca olvidé que mi nombre real era Fernando, quizás algunos recuerdos estaban borrosos en mi mente, pero nunca olvidé mi nombre.

—Lo ves, bueno, ahora me vas a decir, ¿a qué vino esa pregunta?

—Usted sabe que estaba cortejando a la joven Arista, me envió una carta terminando nuestro compromiso.

—¿Terminándolo..., ¿por eso? ¿Por qué cree que no eres nuestro hijo?

—Sí, no le quiero dar más penas, madre, no se preocupe por mí, se me pasará pronto.

—Iremos a hablar con ella y sus tíos, si es necesario —dijo Rosario con una voz que Fernando no le había escuchado nunca.

—No es necesario, madre, además, Genoveva se ha comprometido, pronto va a casarse con Don Pedro Ruiz.

—¡Santo Cristo! ¡Pero si es un viejo!, ¡podría ser su padre!

—Lo sé, y se lo dije, pero ella quiere casarse, yo no puedo hacer nada.

—¡Hablaré con tu padre! —exclamó con determinación—, no podemos permitir que levanten falsos a nuestro hijo

Rosario salió de la habitación de su hijo para dirigirse al despacho de Joaquín, donde lo encontró absorto en sus papeles.

—¡Joaquín! —se acercó Rosario a su lado.

—¡Mi amor, que gusto que vengas a verme! Ya iba a escaparme para ir a buscarte —mientras le hablaba, tomaba a Rosario de la cintura y la sentaba en su regazo.

—Esto es serio, Joaquín —Rosario trataba de alejarse, pero Joaquín la besaba desde la mejilla hasta su cuello.

—Esto también, Rosario —mientras seguía dándole besos en la base del cuello. Sin darle más oportunidad a resistirse, la tomó en brazos y se dirigió al sillón que tenía en su despacho.

—¡Joaquín! Tengo que hablarte de Fernando —Intentaba que le prestara atención en lo que tenía que decirle, pero él persistía en el beso, sin querer separarse.

—Luego hablamos de él —seguía besándola y buscando el bajo de la falda.

—Joaquín —por más que intentaba separarlo, no lo lograba, hasta que la venció con sus besos y caricias.

Al ver que, a pesar de que respondía a sus besos, la preocupación de Rosario no desaparecía, Joaquín se incorporó y la ayudó a sentarse en el sillón.

—¿Me vas a decir qué te pasa? —preguntó frustrado.

—Es Fernando, llegó y está mal, necesitas hablar con él, una charla de varones podría ser, algo le pasó, pero no me quiso contar todo.

—Está bien, iré a hablar con el muchacho, ¡pero esta noche no te escapas! —comentó risueño mientras se levantaba para acomodarse la camisa.

—No creo que me pueda escapar, capitán —Rosario se rio—, dormimos en la misma habitación.

—Ordena a la nana que nos sirvan la merienda en nuestra habitación. ¡Te quiero para mí el resto de la tarde!

—¡Muy bien, capitán! Pero vaya a hablar con nuestro hijo, por favor —Se puso de pie y rodeó el cuello de su esposo con sus brazos, ofreciéndole sus labios. Joaquín no perdió la oportunidad y le dio otro apasionado beso. Siempre aprovechaba estos momentos con Rosario, que, cuando se casó con él, era una mujer demasiado tímida por su triste pasado.

Joaquín entró en la habitación de su hijo. Encontrarlo acostado de esa manera, le recordó aquella vez que le dijo que no lo quería, era un niño, pero esa espina estaba en su corazón.

—Hijo, me ha dicho tu madre que no te encuentras bien.

—Madre se preocupa demasiado padre, no haga caso.

—Un día te contaré todo el sufrimiento que pasó tu madre, no solo desde tu secuestro, hijo, tuvo una infancia muy difícil, hay que amarla más.

—¡Cuénteme, padre! ¡Por favor! —pidió Fernando, mientras se incorporaba en la cama y se

recargaba en la cabecera de su cama. Cualquier cosa le podría servir para olvidarse de Genoveva y su rechazo.

—Su padre era un tirano, la maltrataba, era encomendero, pero no cumplía con su labor de cuidar a los indios bajo su cargo, los tenía como esclavos.

Fernando lo escuchaba con horror, durante sus días de misiones, se había dado cuenta como maltrataban a los indios, y luchaba para que no sucediera. Los pueblos de indios gentiles lo veían como su héroe, aunque él, por su modestia, decía que eran exageraciones de la gente.

—Esos castigos no solo eran para los indios, también eran dados a tu madre.

—¿Por qué? Ella era su hija

—Nunca lo entendimos, ni mi padre ni yo, solo sé que cuando supe de ese maltrato, me prometí que la haría feliz, que no tendría esa vida desdichada que había llevado. Cuando fuiste secuestrado, nos distanciamos, pero ella, que es un ángel, me volvió aceptar.

—Padre, hay algo que tengo que preguntarle, durante mucho tiempo tuve sueños, de usted besando a una mujer, pero no era mi madre, y cuando le decía que ya no lo quería, usted desaparecía. Déjeme decirle que no lo decía en serio, padre, de verdad, créame.

Joaquín bajó la cabeza, apenado, no sabía que Fernando pudiera recordar aquello.

—¡Hijo, gracias por decirme esto, no sabes lo que viví atormentado, al recordar esas últimas palabras que te escuché decirme! —lo abrazó, momentos después, aclarándose la voz, Joaquín siguió hablando

—Esa mujer fue mi amante antes de casarme con tu madre, cuando la encontramos ese día de tu secuestro, ella pensó que podríamos volver a nuestras relaciones, pero te juro que jamás le falté a tu madre.

—No tiene por qué jurarme nada, padre. Sé que ama a mi madre.

—¿Hay algo más que desees saber?

—Sí, padre. ¿Usted sabe por qué me secuestraron? Sé que muchos indios se dedican a eso, pero no entiendo, por mí no pidieron rescate.

—El padre de tu madre planeó el secuestro, era un hombre cruel, no le importó el dolor de su hija, solo quería criar a un hijo varón.

—¿Y por qué no me dejaron con él quienes me raptaron?

—Tu abuelo parece que no quiso cumplir con el trato con los que te secuestraron, que era liberar a uno de los indios, ahí mismo mató a uno de los secuestradores, pero el mismo hombre antes de morir alcanzó a herirlo de muerte. Domingo por protegerte te sacó de ahí y te llevó con él.

—¡Pobre de mi madre!

—Ahora te voy a pedir que no le digamos nada de eso, bastante sufrió con su padre para que se entere de esto.

—Lo entiendo padre, por mí no lo sabrá.

—¡Gracias, hijo! Ahora, me vas a contar ¿qué es lo que le preocupa a tu madre? Me envió hablar contigo.

—Una tontería, pero con todo lo que me ha contado, confirmo, aún más, que soy un Guerra Cañamar.

—¿Alguien ha puesto en duda eso?

—Me da pena decirlo, padre. Pero intimé con la joven Arista, no se moleste, escúcheme primero —se apresuró a decir Fernando cuando vio las intenciones de su padre de reprenderlo.

—Le pedí que fuera mi prometida, padre, pero ella se comprometió con Don Pedro Ruiz.

—¡No puede ser! Pero si eres joven, tienes una posición y un rango y no es porque seas mi hijo, pero heredaste la buena percha de los Guerra Cañamar —expresó Joaquín con orgullo.

—Genoveva no quiere estar casada con alguien que se crio entre los indios. Su tío dice que puedo ser un expósito o un hijo natural de usted.

—¡Ya verá ese hombre! Mira qué dudar de nuestro buen nombre.

—No quiero que tenga algún altercado con ese hombre, padre, déjelo así.

—¡No, hijo, ya veré! Primero, le voy a retirar las horas de agua que le tengo rentadas.

—No lo haga padre, yo estoy seguro de que Genoveva me quiere, pero está bajo la influencia de su tío.

—¿Estás seguro? Podríamos ir a pedir la mano de esa joven.

—Es tarde, ya se leyeron las amonestaciones, me lo dijo Genoveva. Además, ella quiere ese matrimonio.

—Encontrarás a una buena mujer, hijo. No desesperes. Mira yo con tu madre, fue lo mejor que me pudo haber sucedido, y todo por un dulce.

—¿Un dulce? No entiendo.

—Tu madre estampo su barquillo de dulce en mi pecho y para limpiarme me dio su pañuelo. Tu abuelo Fernando, que nos vio en la distancia, decidió comprometernos. Quería alejarme de la amante con quien tenía amoríos.

—En ese tiempo que estuve en el pueblo con Domingo, escuché esa tradición del pañuelo, pero nunca pensé que a mis padres les hubiera sucedido.

—Fue lo mejor que me sucedió, hijo. Y deseo que encuentres a una mujer como yo encontré a tu madre. Mira, este es su pañuelo, todavía lo conservo conmigo, aunque tu madre me lo ha querido cambiar por otro, la nana Eulogia no se lo permite y yo lo agradezco —soltó una carcajada, mientras sacaba el pañuelo bordado, aunque la tela ya estaba muy desgastada por el tiempo.

Capítulo 11. Sin Compromisos



Luego de haber pasado unos días con su familia, Fernando se dirigió al presidio. Cuando pasó por uno de los pueblos, se encontró a parte de los tenientes y soldados que habían estado bajo sus órdenes y que también tenían el mismo destino.

—Capitán, vamos a ir a esa taberna que está en el próximo pueblo, usted sabe, hay mujeres, nos podemos pasar un buen rato.

—Lo siento, no me gustan esos lugares.

Todos le insistían a que los acompañara y finalmente Fernando aceptó.



Estancia Villa Nueva, Monclova.

La taberna tenía dos salones, unos destinados a hombres y otro para las familias que tenían que hacer una parada en su viaje. El lugar era regentado por Doña Hipólita, mujer muy desposta que maltrataba a las muchachas que tenían sirviendo en el sitio.

—¡Casilda, india estúpida! ¡Cuántas veces te tengo que decir que debes tener limpias todas las mesas antes de abrir!

—Lo sé, señora, ya casi término, solo me faltan aquellas dos mesas.

En ese momento entraron los soldados, acompañados por Fernando, y se dispusieron a sentarse justo en las mesas que le faltaba limpiar a Casilda, quien, al verlos, corrió a decirles.

—Caballeros, puedo darles otra mesa, estas todavía no están aseadas.

—No te preocupes, muchacha, estas están bien, solo tráenos el mejor vino que tengas, y la comida de la casa —comentó uno de los soldados.

—Sí, patrón, enseguida —Casilda se apresuró a cumplir la orden de ese gallardo militar, nunca había conocido un hombre así. Pero no se hacía ilusiones, un hombre así no era para ella.

Al momento que regresaba con la bandeja de bebidas para los soldados, se le atravesó otro de

los comensales que estaba borracho y tiró todo lo que llevaba. Doña Hipólita, al percatarse de eso, se acercó a Casilda y con el fuste en mano la comenzó a golpear. Fernando, al ver este cruel castigo, se acercó a defender a la joven.

—¡Deténgase! —exclamó con voz grave, mientras sostenía el brazo con el que amenazaba con volver a golpear a Casilda—. No tiene ningún derecho a maltratar a la muchacha, fue un accidente.

—Tengo todo el derecho, soy dueña del lugar y también he pagado mucho por ella, todo para que solo me haga perder dinero en mi negocio.

—Diga cuanto se le debe y yo se lo pago.

La avaricia de Doña Hipólita salió a relucir y le dijo al capitán una cantidad exorbitante de dinero, que no se acercaba ni por asomo a los daños causados por el accidente con el hombre borracho. Sin embargo, Fernando, con tal de que no castigaran más a la muchacha, pagó sin problemas. Doña Hipólita se dio la vuelta, con las manos llenas y la perversidad en sus pensamientos.

—Te irás ahora mismo de aquí —le dijo a Casilda—, ya no me importa lo que pagué por ti, no sirves para nada.

Cuando ya se disponían a marcharse, Fernando vio a la muchacha, estaba sentada en las afueras del bar con la cabeza en sus rodillas y se acercó a ella.

—¿Cómo te llamas?

Casilda, al escuchar esa voz, se puso de pie.

—Me llamo Casilda, señor.

—¿Qué harás ahora? ¿No tienes a dónde ir?

—No, capitán, no tengo a dónde ir.

—¿Y tu casa? ¿Tus padres? ¿No tienes familia?

—Mi madre murió hace unos años y mi padre me vendió con Doña Hipólita —contestó bajando la cabeza apenada.

—Puedes venir conmigo, te llevaré a mi casa en la Monclova. No puedo tenerte en el presidio, pero puedes hacer los quehaceres en mi casa, ahí tendrás techo, comida y una paga.

—Gracias, señor —Casilda le tomó la mano y trató de besársela.

—¡No hagas eso, muchacha!

Fernando llevó a Casilda a su casa, le pidió a Juancho que le indicara donde dormiría y dónde estaban las cocinas. Esa noche, cuando Fernando se disponía a dormir, pensó que Casilda pudiera estar necesitando algo, por lo que tocó en la habitación que le había sido asignada. Ella abrió la puerta, solo llevaba un camisón, casi transparente que Doña Hipólita le había regalado.

—Casilda, ¿necesitas algo? ¿Qué deseas? —Fernando la contemplaba, sorprendido por la impactante belleza de la mujer de tez morena, cuya piel era un lienzo de suavidad, resaltando la profundidad de sus ojos y el brillo de sus cabellos negros como la noche.

—Quiero ser su mujer, capitán. ¡No me desprecie!

—¡No, Casilda! Esto no está bien, sería como aprovecharme de ti.

—Otros hombres lo hacen. Tienen amantes. En la taberna, muchas mujeres se iban con los parroquianos.

—Pero yo no soy así Casilda, no puedo ofrecerte nada, no quiero casarme.

—Lo sé, capitán, usted es un caballero. No me eche, no le pido nada, se lo ruego —Se acercó a Fernando, se deslizó el camisón y alzó los brazos para rodear su cuello. Fernando no se lo impidió, y la atrajo hacia su pecho y la besó.

Fernando se fue acostumbrando a las atenciones de Casilda, a pesar de los comentarios de Juancho, que le decía que estaba utilizando a la muchacha.

—Yo se lo advertí, Juancho, le dije que de mí no esperara palabra de matrimonio.

—¡Entonces, déjala! Permite que encuentre a un hombre dentro de su casta, o búscale a un hombre adecuado.

—Tienes razón, Juancho. Casilda no merece ser solo mi amante, es buena mujer, merece a alguien que la ame y un compromiso. Y yo no le puedo ofrecer ese amor, aunque nos casemos, no la podría amar como ella espera.

Capítulo 12. Matrimonio a distancia



Presidio de Nuestra Señora de Guadalupe de la Monclova, 1817

Fernando se dirigió al despacho del General Agustín, este había dado la orden que, cuando llegara el Capitán Guerra Cañamar, se presentara enseguida.

—¡General, a sus órdenes! Me han dicho que quería verme.

—Así es, Fernando. Siéntate, esto no tiene nada que ver con los dragones.

—Antes permítame darle mis condolencias por la muerte de María, me fue imposible escribirle cuando llegamos al puerto.

—Entiendo, y gracias. Ella sabía el aprecio que le tenías y eras correspondido. Le dolió mucho que partieras a la península y no poder verte, días después enfermó de gravedad y nunca supimos la causa. Pero este es un asunto urgente, he estado enfermo, el médico ha dicho que mi salud es pobre, y empeora con el tiempo, me preocupan mis hijos si es que llego a faltar.

—¡No diga eso, general! Usted es fuerte, se pondrá bien, pero puede contar conmigo para cuidar de sus hijos.

—¡Gracias, Fernando! Pero es necesario que te explique, tú tendrás la última palabra si deseas ayudarme, no tengo a nadie más de confianza. Temo que el hombre con el que habían comprometido a María, obligue a mi hija a contraer matrimonio con alguno de ellos. El padre de María podría aceptar como lo hizo con su hija, y eso no sería buena vida para mi hija. Por eso alejé a mi esposa y a mis hijos de aquí, pero faltando yo, su abuelo podrá obligarla.

—Y usted general, ¿no tiene familia? Podría dejar a alguien como tutor.

—Sí, tengo un hermano, pero lamentablemente no confío en él, despilfarró la fortuna que le heredaron nuestros padres, y si lo dejara de tutor de mis hijos, muy fácilmente derrocharía la herencia de ellos. Los dos tienen quince años, por Mariano no me preocupo tanto, está en el colegio y ha sabido llevar muy bien la hacienda en Guadalajara, con mis consejos, claro, pero ha aprendido. Quizás como tutor suyo solo necesitará que lo guíe un poco, quién más me preocupa es Mariana. Dejar a cualquiera de tutor de ella, no sería obstáculo para que Don Vicente la reclame como nieta y la trate de casar con alguien que ella no desee.

—No entiendo, ¿qué propone general? Si no soy el tutor, no veo otra forma de ayudarlo.

—Quiero que te cases con Mariana.

—Pero..., entonces..., va a caer en lo mismo que no quiere que haga Don Vicente, obligar a

su hija a contraer matrimonio.

—En realidad solo les tomarán su promesa de matrimonio y sus votos, a ti delante de mí y a Mariana en el convento, delante de la madre superiora y las otras hermanas de la orden. Digamos que es un matrimonio por poder, en caso de que no se haya consumado y no hagan su presentación ante la iglesia para que se celebre finalmente el casamiento y la velación, ese matrimonio quedará nulo. Pero confío que dentro de unos años más, cuando salga mi hija del colegio donde está internada, ambos acepten este matrimonio.

—No sé qué decirle, general —dijo rascándose la nuca.

—¿Estás interesado en alguna dama? Si es así, lo entenderé, lamento no haberte preguntado antes.

—He conocido a algunas damas, pero ninguna ha tenido mi afecto —no quiso mencionar el cortejo fallido con Genoveva ni su relación de amasiato^[7] con Casilda.

—¿O es por qué mi hija es castiza^[8] y no criolla como nosotros?

—No piense eso de mí, general, estuve seis años entre los indios y sé que hay gente buena como Domingo y María que cuidaron de mí. Para mí no hay distinción de castas, no entiendo esos estatus. Al final, todos somos hijos del mismo Dios ¿No es lo que dicen los curas?

—Eso me hace pensar que no estoy equivocado en mi decisión —Inspiró cansado y prosiguió—. ¿Promete que lo pensarás? Si deseas hablarlo con tus padres, tal vez en ellos si haya impedimento, espero que lo hagas pronto, porque siento que no me queda mucho tiempo.

—Lo pensaré, se lo prometo —Por la decepción que había sufrido, estaba tentado en aceptar esa propuesta de matrimonio—. Y no se preocupe por mis padres, ellos no hacen distinciones. Mis padres, especialmente mi madre, aceptará a Mariana como a una hija.

Agustín no se equivocó en su presentimiento, dos meses después, durante la madrugada, mandó llamar a Fernando a su lecho.

—Hijo, es necesario que consideres mi petición, no me queda mucho tiempo, vendrá el sacerdote del presidio a darme la extremaunción, podría ser la ocasión para que tome tus votos, arreglaré que pronto alguien le tome los votos a Mariana.

Al verlo alterado, Fernando aceptó, el sacerdote intentó persuadirlo, no había manera de arrepentirse: «*Los votos ante Dios son sagrados*» había dicho el sacerdote. «*¿Está dispuesto, capitán? Recuerde que no hay anulación. Eso se revocó hace tiempo, muchos hombres se aprovechaban de eso para obtener los favores de la dama y después anulaban la promesa*».

A pesar de todos los argumentos que le dio el cura, Fernando aceptó. Seguía dolido por el desprecio de Genoveva y si Mariana necesitaba un esposo, él lo sería. Ya no tenía esperanzas de encontrar el amor en otra mujer, pero podía proteger a los hijos de María, ella cuidó de él cuando estuvo lejos de su familia. La pobre Casilda tendría que aceptarlo, no quería causarle un dolor, pero debía lealtad a María.

Con la solemnidad debida, el Sacerdote se dispuso a celebrar el desposorio, que era propiamente el intercambio del consentimiento de los contrayentes presentes. Agustín, en su lecho de muerte, fungía como testigo y a nombre de Mariana dio su consentimiento.

—Capitán Don Joaquín Fernando Guerra Cañamar Farías ¿Os otorga por marido y esposo legítimo, por palabra de la señorita Mariana de las Nieves del Campo, con su padre por testigo, como lo manda nuestra Santa Madre Iglesia Católica Romana?

—Sí, otorgo.

—¿Quiérole por su mujer y esposa legítima?

—Sí, le quiero.

—¿Recíbele por mujer y esposa?

—Sí, recibo.

—Por el poder que me confiere nuestra Santa Madre Iglesia, yo los declaro marido y mujer.

El Sacerdote se acercó a Fernando y le conminó a que lo acompañara fuera de las habitaciones del enfermo.

—Hijo, eres buen muchacho, pero debo advertirte que este matrimonio no se podrá anular, me has entendido.

—Sí, padre. Lo he entendido y he dado mi palabra.

—Debo advertirte que, aunque tu esposa esté lejos, le debes respeto y fidelidad. Si no cumples, podrías tener problemas con la real audiencia o el santo oficio. He sabido que vive bajo tu techo una mujer joven, y si tienes relaciones con ella, ya no podrá ser. ¿Lo has entendido?

Fernando solo asintió, de inmediato se le vino al pensamiento Casilda, tenía que alejarse de ella, no se merecía estar con un hombre que no le podría ofrecer un hogar, era buena mujer.

Esa noche, cuando Fernando llegó a su casa, fue recibido por Casilda.

—Casilda, tengo que hablar contigo.

—Dígame, capitán

—Debo buscar una casa para ti, ya no podremos intimar, soy un hombre casado.

—¿Usted capitán? ¡Pero si ni siquiera tiene prometida!

—Bueno, desde ahora lo soy. Mi esposa está lejos, pero pronto iré por ella.

—¡No me aleje de su lado, capitán! ¡No diré nada, se lo prometo!

—No está bien, Casilda. Además, que no quiero problemas con las autoridades, podrían acusarme de adulterio y tú serías la más perjudicada.

—¡Yo lo quiero, capitán! Si esa señoritinga lo amara, estaría aquí con usted.

—No lo entenderías, Casilda. Prepara tus cosas, mañana te llevaré al pueblo de Domingo, él me crio en una época de mi niñez. Él cuidará de ti.

—¡Lo odio, capitán!, ¡Si me echa de su lado, se va a arrepentir, se lo juro! —gritó exasperada.

—Entiéndeme, Casilda, mereces una vida mejor, un hombre que te ame, tener hijos — Casilda le dio la espalda y Fernando trataba de consolarla. Pero ella despreció el gesto.

—Yo no te prometí nada, Casilda. Lo siento, pero tienes que irte. —Se dio la vuelta y se marchó, se iría a pasar la noche a su despacho en el presidio, a la mañana siguiente llevaría a Casilda con el viejo Domingo.

Era de madrugada cuando volvió a su casa, ya no le pediría a Casilda que le preparara su equipaje, pues cada pequeño acercamiento le daría falsas esperanzas a ella, y era lo que menos quería.

Cuando se acercó al palanganero para afeitarse, comenzó a oler algo raro, recorrió toda la habitación tratando de encontrar de dónde provenía ese fétido olor. Al acercarse a su cama, se dio cuenta de que ahí el olor era más fuerte. Levantó el colchón, y lo que se encontró le dio náuseas, parecía que alguien le quería hacer brujería.

Salió al pasillo llamando a Casilda y a Juancho, pues eran los únicos que entraban a su habitación. Aunque ya sabía quién lo había puesto.

—¿Qué pasa, Fernando? ¿Quieres partir ya a dónde Domingo?

Juancho se sorprendió, al ver el colchón removido y lo que se encontraba ahí. En ese momento, entró Casilda y al verse descubierta, bajó la cara llena de vergüenza.

—¿Me podrás decir que significa esto? Mejor dicho, ¿por qué Casilda? ¿Crees que me merezco el mal que me desees con esos embrujos? —preguntó molesto—. Yo no te prometí nada, y mejor que esto sucediera, para que no vaya a más. Te llevaré con el viejo Domingo, si tú desearas ir a otro lugar, dímelo y yo te llevaré, pero ya no podremos estar bajo el mismo techo.

—¡Perdóname, capitán! Pero yo se lo dije, no será feliz. Yo puedo hacerlo feliz, estoy segura.

—¡No, Casilda!, nadie puede hacerme feliz, hace tiempo que cerré mi corazón y no tengo ningún sentimiento ni hacia ti, ni hacia ninguna mujer —expresó bastante alterado, algo muy raro en su accionar—. Pero me has confirmado lo que ya pensaba, no puedo confiar en ninguna mujer, me has defraudado tú también. ¡Arregla tus cosas, que ya vamos a salir!

—Ca..., capitán, yo... —Casilda no se había esperado todo eso, menos haber ocasionado que el capitán se volviera el hombre frío y que le hablaba con desdén.



Pueblo de San Esteban

Domingo se había trasladado a las afueras del convento del pueblo de San Esteban, más cerca aún de la Villa del Saltillo. Llegaron esa mañana temprano Fernando y Casilda, acompañados por Juancho y el cochero. Podría estar muy enojado con Casilda por lo ocurrido esa mañana, pero no podía dejar de ser un caballero, la estaba ayudando a descender del carruaje, cuando escuchó la voz de Domingo.

—¡Hijo, has venido!

Fernando se acercó y lo abrazó, parecía mentira todos esos años que había estado enfermo, y como decía su madre Rosario, gracias al Santo Cristo, había recuperado la salud.

—¡Sí, Tata grande! He traído a Casilda para que me ayudes a cuidarla, no tiene a nadie.

—Pero pasen, ya me contarás mientras hago un chocolate.

—Yo puedo hacerlo —se ofreció Casilda.

—Hazlo, mientras platico con mi Tata —dijo Fernando en tono brusco. Desde que Casilda lo amenazó, y luego de ver lo que había encontrado esa mañana, la percibía de manera diferente a la mujer que había ayudado, dulce, servicial y cariñosa, en su mirada no quedaba nada, se veía llena de odio y resentimiento.

Mientras tanto, le contaba a Domingo como conoció a Casilda y lo necesario que era alejarla de su lado, pues había dado su promesa de matrimonio a otra mujer y no sería bien visto.

—Pero muchacho, ¿cómo has hecho eso? ¿Sabes que una vez dado tu juramento no hay anulación? Este tiempo ayudando a los Frailes he aprendido como son esos asuntos.

—Lo sé, Tata. Pero me siento en deuda con María, ella cuidó de mí, y si yo puedo cuidar de su hija y para eso tengo que hacerla mi esposa, lo haré.

—María no te hubiera obligado hacer tal cosa, debes hablarlo con tus padres y si hay manera de anular ese juramento, hazlo.

—¡No, Tata! ¡He dado mi palabra y lo hecho, hecho está!

A su regreso al presidio, Fernando decidió llegar a la capellanía para contarles a sus padres,

era mejor decirles en persona que enviarles una carta.

Rosario salió corriendo al ver que era el carruaje de Fernando que se acercaba.

—¡Hijo, qué felicidad!, ya te quedarás con nosotros, ¿verdad?

—Me temo que no, madre —respondió Fernando mientras la abrazaba y le daba un tierno beso en la frente, para luego tomarle ambas manos y besárselas con reverencia—, pero vine a anunciarles algo.

—¡Dios mío! No me asustes.

Entraron al salón y se les unió Joaquín, después de darse los abrazos, todos se sentaron para escuchar a Fernando.

—Madre, padre, me he casado.

—¿Qué te has casado?! Pero si la señorita Arista se casó hace unos días con Don Pedro Ruíz.

Fernando hizo una mueca de disgusto, el confirmar esa noticia le dolió, ya no había manera de recuperar a Genoveva, la había perdido para siempre.

—Mi esposa se llama Mariana de las Nieves del Campo, hija del General Agustín y María. Les he hablado de María, ella cuidó de mí cuando estaba lejos de ustedes. Murió y el general está muy enfermo.

—Pero hijo, así no se hacen las cosas, debe haber un cortejo, conocerse —comentó Joaquín, y mientras lo decía, Rosario lo veía con sorna, pues entre ellos no hubo cortejo.

—Yo siento que mi hijo será feliz, Joaquín.

—Pues, no se diga más, escucha a tu madre, hijo. Nunca falla en sus presentimientos.

Rosario le sonrió con amor, desde que había ocurrido el rapto de Fernando y que ella había tenido ese mal presentimiento, Joaquín le prometió que le creería.

—Bueno, hijo, pasemos a comer, deja les llamo a tus hermanas y a Francisco, hace un momento entró a tu habitación, parece que iba por un libro, pero no lo he visto salir.

Después de llamarlos, Fernando se quedó sorprendido, pero parecía que sus padres no lo notaron. Estefanía parecía nerviosa y Francisco otro tanto, les sonrió a ambos. Desde que eran niños entraban en su habitación para tomar sus libros. «*Solo espero que Fanny no lea aquellos libros*». Le gustaría que Francisco se casara con Fanny, Anastasia estaba comprometida con Marcos, aunque pensaba que Marcos ya se había olvidado de Anastasia.

—Marcos me ha escrito —le contó Anastasia como si fuera un secreto.

—Ah, ¿sí? ¿Qué te ha dicho? ¿Regresa pronto?

—No, ha dicho que hará un viaje muy largo —bajó la cara con tristeza.

—No te aflijas, hermana, ya volverá —Le apenaba darle esperanzas, pero más duro sería decirle que no abrigara la ilusión de su regreso.

Sintiendo la pena de su hermana, Fernando consideró necesario dirigir unas palabras a su ahora esposa, quería saber lo que ella pensaba de este matrimonio.

Muy Señora Mía.

De mi mayor aprecio y gran estima, celebro su salud.

No me siento merecedor de ser su esposo, pero Dios y su señor padre, me han considerado digno de esta encomienda.

¿Es usted feliz? Me apenaría que no lo fuera, hago y reitero la promesa que hice ante Nuestro Señor Jesucristo, el cura y su señor padre. Desde aquel momento he prometido velar por su bienestar.

Diversos compromisos me impiden acudir a verla, espero que su bondad me otorgue una contestación.

Con respeto y consideración,

Fernando Guerra Cañamar

La respuesta de Mariana, no se hizo esperar.

Muy señor mío.

Agradezco su misiva, después de celebrar su salud y la de su familia.

No puedo ofrecerle otra cosa menor a la que me ofrece, desde que ha aceptado la voluntad de mi padre, se ha ganado mi afecto y consideración.

Con respeto y estima,

Mariana del Campo

Tras una larga, pero apacible agonía, Agustín falleció. Justo el día anterior había recibido el oficio donde le habían tomado los votos de matrimonio a Mariana.

Después de los funerales, Fernando fue enviado al Reino de León, y postergó su viaje a la provincia de Guadalajara para conocer a su esposa y a su pupilo Mariano.

Muy señora mía:

Tengo el atrevimiento de llamarle esposa mía.

Estoy muy apesadumbrado y lamento que esta carta sea para darle mis más sinceras condolencias por la triste partida de su señor padre.

Desearía estar a su lado en este momento difícil, para brindarle el consuelo y el apoyo que mi deber de esposo demanda.

Reciba el ferviente corazón de su esposo, espero reunirme con usted muy pronto.

*Su señor esposo,
Capitán Fernando Guerra Cañamar*

Poco tiempo después, llegó la contestación de su esposa.

Mi muy estimado esposo:

De mi mayor aprecio y estimación, celebro su vida. Con gran aprecio y afecto, recibo sus palabras en este momento de duelo. Mi alma está lastimada por esta pérdida, leer sus palabras de aliento y cariño me dan gran paz.

Estoy deseosa y sumamente dichosa de saber que pronto contaré con su presencia.

*Su esposa
Mariana de G.C.*

Capítulo 13. En busca del amor



Provincia de Guadalajara, 1822

—¡En guardia! —dijo una voz fuerte y con fingida ronquera. Su posición de firmes, con las piernas un poco separadas, le daba la pericia de un gran guerrero. Además, era muy hábil con la espada, se movía con tal destreza que impedía que el contrincante pudiera tener el más leve acercamiento. Se subió al alfeizar de la ventana próxima del salón de armas, así le llamaba su padre a esa sala. El combate seguiría hasta que su contrario se diera por vencido.

—¡Me rindo, Mariana! ¡Ya no puedo, contigo es imposible! —Se derrumbó en el sillón que había en el salón, con la respiración fatigada.

—¡No seas así, Mariano! ¡Colabora conmigo para practicar un poco más! He perfeccionado otros movimientos —mientras blandía la espada, cortando con destreza el aire.

—¡Eres muy buena, hermana! No necesitas practicar más. Cuando te pones mis pantalones, debo reconocer que tienes buena pinta como caballero. Pero te agradecería que ya no uses los pantalones que más me gustan.

—Deja descansar un poco a tu hermano —interrumpió Teresa, que estaba sentada a un lado de Mariano, bordando.

Era muy amiga de Mariana y recientemente Mariano le había declarado sus intenciones de casarse con ella. Teresa gustosa había aceptado, pues desde que lo conoció, cuando visitaba a su hermana en el colegio, se enamoró de él.

—¡Es hombre, podría aguantar un poco más! —Al ver que Mariano no hacía por levantarse y seguía con los ojos cerrados y la respiración agitada, se fue a sentar en otro sillón individual que estaba al lado.

—¿Cuándo me llevarás a conocer a mi esposo, hermano?

—Él debería de venir por ti, en estos tres años no se ha dignado a presentarse, lo que sabemos de él es por las cartas.

—Pero él ha querido venir, solo que lo envían de misión. Pero se interesa por nosotros. Quiere que termine mis estudios.

—Entonces tendrás que esperar a que venga por ti, Teresa y yo estamos preparando nuestro matrimonio, ya están corriendo las amonestaciones.

—¿No podrían posponerlo un poco? —preguntó con una inocencia simulada, sabiendo que era una solicitud que no estaban dispuestos a conceder. Y si las miradas pudieran ser mortales, habría caído fulminada ante la intensidad con la que la vieron Mariano y Teresa.

—Amiga, no podrá ser. Tú sabes que vienen mis abuelos y mis tíos a la boda. ¿Por qué no le escribes al capitán?, le dices que Mariano va a casarse y él como tutor, necesita estar aquí.

—Tal vez lo intente, le diré que ya terminé el colegio —respondió con voz triste y decepcionada. Después, levantando la cara, miró a su hermano —¿Y si voy yo? Podría ir a buscarlo —preguntó con voz emocionada.

—¿Estás loca? —expresó Mariano escandalizado—. Una mujer no puede viajar sola, menos como están las cosas en este momento.

Aunque ya se había declarado la independencia, el país tenía una aparente calma, en el sur del ahora imperio de México seguían suscitándose enfrentamientos y los caminos seguían siendo peligrosos, sobre todo para una dama sola.

—Está bien, esperaré a mi esposo —declaró con resignación—, hubiera sido mejor que mi padre me casara con Blas, él estaría aquí, no hubiera esperado tanto en venir por mí.

—Por favor, Mariana ¿Otra vez con eso? Madre te contaba la historia de ese niño para que durmieras en las noches que te ponías fastidiosa. Si acaso existe ese Blas ya estará casado.

Más tarde en su cama, Mariana no dejaba esa idea que se le había ocurrido. ¿Y si se escapaba? Iba a aprovechar que Mariano iba a la hacienda y ella se iría, le pediría ayuda a su nana, ella la ayudaría.

El haber recibido esa misma tarde otra carta del capitán, acrecentó su deseo de conocerlo.

Esposa Mía:

Desde hace tiempo anhelo estar a tu lado, y han sido tantas las veces que te he dicho que, muy a mi pesar, tengo que dejarte terminar el colegio, pues así se lo prometí a tu padre.

Disculpa mi osadía, pero mi alma no tiene sosiego y desde hace tiempo hubiera querido manifestarte lo que le profesa mi corazón.

Confieso que no me había atrevido a manifestarlo antes; quizás esta valentía nace de la oportunidad que me brinda el papel. Temeroso estoy de que V.d., no corresponda a este cariño que profeso.

Sería el más dichoso de los hombres si pudiera contemplar sus gracias con ojos de amante esposo, es mi único deseo.

Con amor y respeto, su esposo,

Fernando Guerra Cañamar

A la mañana siguiente, su nana entró a la habitación para ayudarla a vestirse, aunque ya no era necesario, Mariana ya estaba casi lista.

—¡Nana, voy a ir a buscar a mi esposo! Lo he decidido, aprovechando que Mariano se ha ido a la hacienda.

—¡Pero, niña, es peligroso para una dama! ¡No, no te voy a dejar ir!

—No viajaré como dama, nana. Me pondré ropas de Mariano, tú me ayudarás a ajustarla. Él dice que con sus ropas puedo hacerme pasar por caballero y así lo haré. ¿Has visto como se pintan los artistas que han llegado a la ciudad?, pues he tenido una idea —comentó mientras pensaba cómo podía hacer su disfraz más creíble.

—¿Qué harás con tu cabello? ¡Con eso te van a descubrir!

—Ya lo tengo considerado, me lo cortarás un poco, y lo recogeré. Si me preguntan, diré que es una manda^[9] y no puedo cortármelo.

—¡Dios te va a castigar por mentir!

—¡Claro que no, nana! Confío en que Dios me ayudará, es por buscar a mi esposo.

—Entonces, iré contigo.

—No puedes, nana. Tus dolores no te permitirían viajar. Además, todo el mundo vería mal que un caballero se haga acompañar de su nana, ¿no lo crees?

—Está bien, todo sea por tu felicidad, dime ¿qué ropa, te voy a arreglar?

—El uniforme de Mariano, unos cuantos trajes, los que creas que Mariano no echará en falta.

—Pero me sigue angustiando que vayas sola niña. ¿Sabrás qué camino tomar?

—¡Sí, nana! Al menos hasta la intendencia de Zacatecas, sé dar. Llegando a Mazapil puedo preguntar. En la última carta del capitán, me decía que estaba en el Reino de León, iré preguntando, te escribiré en la primera oportunidad.

—No entiendo por qué te echaron del colegio, niña.

—Según la superiora, mi estatus de señora no me permitía convivir con las otras alumnas o novicias del convento.

—¡Pero qué señora, ni que nada! —exclamó indignada—. Si ni siquiera has conocido a tu esposo.

—Ella lo sabe nana, solo que..., me da pena decirlo, pero me descubrió preguntándole a una de las hermanas si sabía qué pasaba en la vida de casados.

—¡Ave María Purísima! —se persignó—. Pero, ¿qué preguntas son esas?, esos no son temas que hable una señorita decente.

—Lo sé nana, por eso me echaron, pero no le digas a Mariano, él solo sabe que ya había terminado mis estudios y la superiora le dijo que por mi estatus de casada viniera a casa a prepararme para recibir a mi esposo.

Mariana, aprovechó la oportunidad para enviarle una respuesta a su esposo, quizás llegara antes que ella, pero tenía que enviarla desde ahí.

Con la pluma en la mano y el corazón latiendo con fuerza, se sumergió en la tarea de expresar sus sentimientos más profundos. Cada palabra que trazaba en el papel era una plegaria silenciosa, un vínculo que fortalecía su conexión en la distancia.

Mi amado esposo:

Ruego que creas que esta carta es mi sincera respuesta, en un intento de disipar cualquier duda que pueda albergar tu corazón. No castigues mi atrevimiento por mi juventud; sea cual sea la distancia que nos separe o el destino que a V.d. depare, mi corazón le pertenece, al igual que todos mis afectos.

Desde el momento en que nuestras vidas se entrelazaron, he sentido una conexión profunda

con V.d., una conexión que trasciende el tiempo y el espacio. Cada palabra suya, cada gesto de amor, ha dejado una huella indeleble en mi corazón.

Mi alma está confundida ¿Cómo es que sin conocerle ya es dueño de mi afecto?

Aunque la distancia nos separe físicamente, recuerde que mi amor por V.d nunca mengua. Solo sé que mis deseos se dirigen a manifestarle mi amor cordial que hace mucho tiempo le profeso.

Prometo esperar con paciencia y devoción, confiando en que nuestro amor superará cualquier obstáculo que se interponga en nuestro camino. Que esta carta sirva como testimonio de mi amor eterno hacia ti, mi amado esposo.

Apasionada de V.d.

Mariana de G.C.



Al día siguiente todo conspiró a su favor, yendo por el camino real rumbo a Mazapil en la intendencia de Zacatecas, se encontró con una familia a quiénes Mariana les simpatizó y la invitaron a que hiciera el viaje con ellos, compartieron la diligencia y ataron su caballo para que no llegara tan cansado.

El primer revés que recibió fue, que, vestido de varón, atrajo la atención de las dos jovencitas de la familia. Las dos damas movían las pestañas y se abanicaban, y ella sabía que era señal de coqueteo. «¡Qué Dios me ayude!», pensaba.

—Dígame jovencito, ¿y usted que es del General Agustín del Campo? ¿Era pariente suyo acaso? —preguntó Don Gerónimo para hacer un poco de conversación.

—Sí, señor. Era mi padre — dijo Mariana agachando la mirada para ocultar su tristeza.

—¡Oh! Lo siento mucho, no debí sacar el tema, el general Agustín fue muy amigo de mi padre, y después lo fue mío. Ayudó a la pacificación de los pueblos del norte. ¿Acaso va a tomar su puesto?

—No, señor, lo cierto es que voy a buscar a mi esposo.

—¿Su qué, ha dicho? —preguntó escandalizado Don Gerónimo.

—¡Ah, disculpe, señor!, son los nervios; voy a buscar a mi esposa.

—¿Es casado? —preguntó interesada y a la vez decepcionada, una de las jovencitas, hijas de Don Gerónimo.

—¡Hija, esa no es pregunta que debe hacerse a un caballero!

—¡Ay, padre! Era solo por entablar una conversación, es muy largo el camino —comentó haciendo un gesto de molestia.

—No tenga cuidado, Don Gerónimo —expresó Mariana, y dirigiéndose a la joven que hizo la pregunta, contestó—. Si señorita soy casado, en realidad solo hemos dicho nuestros votos de matrimonio.

—La palabra es el honor de un caballero, señor Mariano.

—Así es, Don Gerónimo.

El viaje continuó sin ningún contratiempo hasta que llegaron a la posada en las inmediaciones entre Mazapil y Monterrey.

Al entrar a las habitaciones que le habían dado a Mariana se recostó en su cama cuando comenzó a sentir la dolencia.

—¡Dios mío! ¿Cómo no lo tuve en cuenta? —susurró angustiada. Se acercó a buscar en su equipaje a ver si la nana le había puesto los lienzos para esos días.

Se sentó en la cama preocupada. Ahora, ¿qué haría? De pronto se le ocurrió, tendría que ir a la habitación de las señoritas y solicitar lienzos. Salió al pasillo y tocó en la habitación, abrió Rosa.

—Caballero, no es apropiado que venga a la habitación de dos señoritas solteras —lo dijo con coquetería.

—Necesito de su ayuda, Rosa.

Rosa se quedó sorprendida, le había notado el cambio de voz, se le escuchaba de mujer. Jaló del brazo a Mariana y cerró las puertas tras ella.

—Me va a decir, ¿quién es usted?, y ¿por qué habla cómo mujer?

—No puedo engañarla más, soy mujer, mi nombre es Mariana de las Nieves del Campo, pero en lo que no mentí es en que voy a buscar a mi esposo.

Luisa, al escuchar lo que pasaba en la puerta, se incorporó de la cama donde estaba recostada y se acercó a Mariana.

—Queremos saberlo todo, si quieres nuestra ayuda —dijo emocionada Luisa frotándose las manos, pues le encantaba conocer las historias de los demás.

—Se los contaré todo, pero antes necesito, ustedes saben... —susurró—. Necesito lienzos, ya saben..., la dolencia.

—Mariana, solo a ti se te ocurre viajar así —la reprendió Rosa, tuteándola por primera vez, para a continuación acercarse a uno de los baúles. Cuando le proporcionaron a Mariana los lienzos se quedaron platicando.

—Ahora sí, Mariana, cuéntanos todo —señaló Luisa

Mariana resignada, se sentó en uno de los sillones de la sala contigua a la habitación.

—Mi padre, antes de morir, le pidió a un amigo de él que se casara conmigo para protegerme.

—¿Protegerte, de qué o de quién? —preguntaron al mismo tiempo Luisa y Rosa, muy atentas a la conversación.

—Mi abuelo, el padre de mi madre, es jefe de una tribu, quería casar a mi madre con el jefe de otra tribu, pero mi madre se había fugado con mi padre, antes de que la casaran con alguien que no quería. Ese hombre cuando se enteró de que mi madre tuvo una hija, pidió a mi abuelo que le exigiera que me diera a mí en matrimonio, ya que ella no cumplió el trato.

—¡Oh! Qué romántico —suspiró Luisa, entrelazando las manos y poniéndoselas a un lado de la mejilla.

—Entonces, ¿no conoces a tu esposo? —preguntó Rosa, con un gesto aterrado—, y si es un hombre viejo y horrible, te lo digo porque hemos sabido de jóvenes que obligan a casarse y hasta el día de la misa y velación se conocen. ¡Gracias a Dios que nuestro padre no piensa así!

—No lo creo —respondió confundida Mariana, como si nunca hubiera pensado en eso—. Mi padre no haría eso, lo cierto es que yo hubiera querido comprometerme con Blas.

—¿Blas?, ¿quién es Blas? —sorprendidas preguntaron Rosa y Luisa

A continuación, Mariana les contó la historia que desde niña le contaba su madre sobre Blas, el niño que ayudó a sus padres a huir para que se casaran. Las dos nuevas amigas de Mariana

suspiraban igual que ella mientras les contaba, recordaba a su madre cada vez que describía cómo era Blas.

—Mariana, ¿puedo hacerte una pregunta? —señaló Luisa con curiosidad.

—Sí, dime Luisa, ya somos amigas.

—Cómo haces para que tus..., tú sabes..., no se te nota nada.

Mariana se desabrochó un poco la camisa y las jóvenes se quedaron con la boca abierta.

—Pero eso te ha de doler mucho —expresaron con cara de pena.

—Pues, es como un corsé, solo que más apretado —explicó en tanto se volvía abrochar la camisa.

—¡Oh! Mariana, espero que encuentres a tu esposo y sea buen hombre, estás haciendo demasiadas cosas por conocerlo.

— Sé que lo es, Rosa. Ha mantenido correspondencia conmigo durante este periodo y se preocupa por mi bienestar. Simplemente, no le han permitido ir por mí debido a sus obligaciones en misiones.



Al retomar el viaje, Don Gerónimo quedó sorprendido y se tranquilizó, sus hijas, sobre todo Rosa, habían dejado de coquetear con Mariano. Descansó, pues su hija sufriría, Mariano era un hombre comprometido.

Al final de su viaje, Mariana se despidió de sus amigas, guardando las apariencias dio un besamanos a cada una, Rosa y Luisa se cubrían la boca para que su padre no las viera reírse, si supiera quién era realmente Mariana.

—Mariana, tienes que escribirnos, necesitamos estar enteradas de todo —susurró Luisa.

—Sí, de todo, si encontraste a tu esposo y sobre todo de cómo es, estaré preocupada por ti, amiga.

—No estén angustiadas, mi padre no me podría haber fallado, el capitán es buen hombre, lo presiento. Pero les prometo que les escribiré.

—¿Estás segura de querer presentarte así a tu esposo? Podríamos contarle la verdad a nuestro padre, es más seguro que vayamos contigo, Mariana, te prestamos algunos vestidos de nosotras, Luisa es muy buena con la aguja, puede hacerles unos ajustes a los vestidos.

—Se los agradezco, pero ya les di muchas molestias. Además, me moriría de vergüenza que vuestro padre se enterase de la verdad.

Agitando la mano se despidió de sus recientes amigas.

Capítulo 14. El Encuentro



Mariana llegó al presidio preguntando por el capitán Fernando Guerra Cañamar. La hicieron pasar a un despacho, muy austero, había un librero desde el piso al techo con una cantidad enorme de libros. Mariana quedó con la boca abierta. No pudo dejar de escuchar la conversación que venía de la sala contigua.

—Me sorprende teniente, usted sabe cómo aborrezco las mentiras y los engaños. Ese soldado será juzgado y castigado como se lo merece, y que dé gracias a Dios que yo me voy, porque mis castigos son más severos. Está en el reglamento; ni en el presidio y mucho menos en las habitaciones de los soldados, pueden entrar mujeres, y yo no puse las reglas.

—Entiendo, capitán. Le doy toda la razón. Ese muchacho desobedeció.

Mariana nerviosa se tronaba los dedos. No quería imaginarse que sucedería si se daban cuenta de su engaño.

Y en ese momento entró el capitán.

—Me han dicho que me buscaba.

Mariana se volvió al sonido de la voz y quedó atónita. Nunca antes había contemplado a un hombre tan deslumbrante. Poseía una belleza impactante, imponente en su presencia. A primera vista, sus ojos parecían marrones, pero al observarlos detenidamente, se percibían destellos verdes, aunque no del mismo tono que los suyos, eran irresistiblemente hermosos. Sus cejas, densas y bien definidas, complementaban la perfección de sus facciones.

—Buenas tardes, capitán. Soy Maria... na... no de las Nieves del Campo —por poco decía su nombre, agradeció interiormente a sus padres haberles puesto así, pues así no tardaría en acostumbrarse a que le llamaran Mariano, solo cambiaba una letra, pensó.

Fernando quedó perplejo al contemplar al joven; lucía notablemente distinto. De no ser por la información de que era el hijo del general, habría creído que se trataba de una mujer vestida de hombre. A pesar de la sorpresa, el capitán notó la belleza en esos rasgos únicos. Los ojos, de un verde esmeralda encantador, y el cabello, recogido en la nuca, le conferían una apariencia fascinante, aunque el color parecía escapar a una definición clara.

Debería dejar de ver al muchacho así, tenía que ser cauteloso, no podía perder el enfoque. Hacía tiempo que no había estado con una mujer que ya estaba deseando ver a una. La voz del joven era peculiar, pero supuso que experimentaba cambios similares a los que él mismo había vivido durante la transición vocal. Se sacudió esos pensamientos de la cabeza y habló:

—Así que usted es el hijo del general Agustín, pase, póngase cómodo. ¿Cómo es que no me

aviso que venía? Dígame, como ha dejado a su hermana.

—¿Mii, mii, hermana? —preguntó confundida

—Sí, su hermana Mariana, o ¿no se llama así su hermana? —cuestionó Fernando—. Había pensado en ir a visitarlos, pero es mejor que su hermana termine sus estudios en el internado.

—Sí, claro, mi hermana, mi... o yo... —murmuraba. Pensando que esto iba a ser imposible, sería mejor hablarle de su verdadera identidad al capitán.

—Me da gusto que esté aquí, Mariano. Dígame, ¿cuál es el motivo de su visita?

—Verá capitán, yo..., yo...

Fernando se mostró desesperado, este jovencito era demasiado lento.

—¿Me va a decir de una vez por qué está aquí? —preguntó casi exasperado

—Sí, capitán. Yo quiero ser militar, quiero pertenecer a los dragones —Fue lo primero que se le ocurrió, recordó la conversación que había escuchado antes y no quería ni pensar qué castigo le depararía si contaba lo del engaño. Sabía que el ambiente militar era muy duro.

—Tengo entendido que usted se ha preparado en un colegio militar —le respondió Fernando —, pero me temo que no podré ayudarle, estoy por recibir mi baja del regimiento, mi padre me ha pedido que me ocupe de sus negocios, y con los conflictos suscitados después de la independencia, prefiero no participar. Soy leal a la corona, pero también estoy de acuerdo en muchas cosas por las que luchan los insurgentes, en fin, prefiero no estar en ningún bando.

—Entiendo capitán. Entonces, ¿podría llevarme con usted?

—¿No me decía que le interesaba la milicia?

—Estoy seguro de que a su lado podré formarme como buen caballero —Mariana dijo lo primero que le salió por la boca, sin pensarlo. Pero no se iba a quedar ahí.

Fernando veía a Mariano con curiosidad, ¿así serían los mellizos? ¿Que el varón luciera tan joven?, parecía que esa barba la tenía pintada, o ¿lo imaginó?, bueno él había hecho esas travesuras para parecer mayor, y lo disculpó.

Fernando entregó el cargo semanas después, Mariana tardaba en adaptarse, una cosa era comportarse de manera brusca, como le decía su nana y otra, completamente distinta, como varón.

—¡Mariano, acérquese! —le llamó en tono imperativo Fernando.

—¡A la orden, mi capitán! —contestó haciendo el saludo militar, era lo único que había aprendido en esos días en el presidio. Agradecía que el capitán tuviera una casa cerca, y que la invitara a ser su huésped. No quería imaginar lo que hubiese pasado si tenía que compartir habitación con los demás soldados.

—Arregle todo con Juancho, al mediodía partiremos a Patos, y luego iremos a la Villa del Saltillo.

—¡Entendido, capitán! —le respondió solícita Mariana. Se le estaba haciendo difícil seguir fingiendo la voz, una cosa era hacerlo un poco y de broma, pero hablar continuamente con voz ronca estaba resultando muy difícil.

Buscó a Juancho, que era otro al que tendría que ganarse, parecía que la miraba con desconfianza.

—Juancho, dice el capitán que preparemos todo, hoy salimos al mediodía.

—¿Y tú a que vas muchacho? Tendrías que quedarte aquí para hacerte un hombrecito, te veo muy blandengue.

Mariana, que se vio herida en su orgullo, lo retó:

—Pruébeme, y verá si soy blandengue o no. Soy muy hábil con la espada, la pistola y el arco.

—A ver, pues, ¡en guardia! —Mariana enseguida sacó su espada y ambos contendientes comenzaron la disputa. Había tenido buenos maestros como su padre y su hermano, y no se dejó amilanar.

—¡Así me gusta muchacho, que no te dejes vencer! —dijo Juancho, maravillado de su respuesta. Mariana seguía en el ataque, dejó a Juancho desfallecido.

Fernando los había estado observando, tan emocionado estaba con la contienda que deseó gritar un ¡viva! Pero se contuvo. Tuvo que tomar su papel de capitán.

—¿Se puede saber qué hacen? Di una orden y me los encuentro aquí jugando.

—Lo sentimos, capitán. Quise probar al joven a ver qué tan hábil era con la espada.

—Ya lo veo y, ¿ya estás convencido? Te ha vencido viejo, no sabes el gusto que me da, desde que me entrenabas no te había visto tan cansado.

—Lo sé, capitán, este muchacho es buen contendiente, debería quedarse aquí en el regimiento, sería buen elemento.

Mariana abrió los ojos espantada al escuchar la sugerencia, y decidió intervenir.

—¡No, capitán, no me deje aquí! Preferiría ir con usted.

Al ver a Mariano asustado, Fernando lo tranquilizó, como era posible que era un diestro con las armas, pero al sugerir quedarse en el ejército, se asustaba.

—No se preocupe, muchacho. Vendrá con nosotros, cuando resuelva los asuntos que tengo pendientes, iremos a buscar a su hermana.

Mariana se tranquilizó un poco, no la dejarían, pero ahora tenía que pensar cómo revelarle su verdadera identidad al capitán.

—Antes de partir, ponga en el correo esta carta para su hermana, no se le pase ponerle doble estampilla para que así llegue más rápido —señaló el capitán con autoridad.

Hizo un ademán de obediencia y enseguida se retiró para cumplir con su cometido. Sin embargo, sonrió para sus adentros, pues aprovecharía para leer la carta mientras arreglaba sus cosas.

Mi amada esposa.

Es grato ver tu rúbrica en tú última misiva, saber que me perteneces, que tu corazón anhelante suspira y late al unísono con el mío.

Me has robado la tranquilidad y el sueño del que gozaba mi alma antes de ser tu esposo.

Vuestras gracias, vuestro candor y vuestra virtud, han obrado en mi ser una transformación profunda, en mi corazón apasionado ha brotado el interés, el afecto más puro, que los grandes poetas le llaman Amor.

Son sentimientos que quizás no podamos entender, pero lo que mi corazón sí me dicta es que V.d. es la merecedora de todos mis afectos y mis pasiones.

Deseo fervientemente que conserves tu salud, al igual que tu honorable hermano, quien ha llegado sano y salvo aquí conmigo. No tengas dudas del cariño que le profesa tu amante esposo.

Mi corazón entusiasta ha saltado de alegría al percibir el aroma del papel de tu carta. Gracias mi amor por esta delicadeza, no me desprenderé de ella.

*Con todo mi amor, tu esposo,
Fernando Guerra Cañamar*

Mariana, llena de alegría, dio brincos de felicidad en su habitación. El capitán, su amado esposo, le había expresado una vez más sus sentimientos con palabras cargadas de amor y ternura.



Tuvieron que hacer una parada, pues los alcanzó la noche, armaron un campamento, encendieron una fogata y se recostaron en la hierba cubriéndose con el gabán.

—¿Sabe Mariano?, cuando llega la noche y estoy a cielo abierto, lo que más disfruto es ver el cielo estrellado.

—Yo nunca había estado así, capitán —Mariana no veía las estrellas, estaba acostada de lado admirando al capitán.

Fernando se giró y Mariana se sonrojó, pues pensó que la había sorprendido viéndolo. Pero era tan poco el resplandor de la fogata que Fernando no se percató de nada.

—Dígame, Mariano, ¿cómo es su hermana? ¿Cómo es Mariana?

—Yo..., yo..., yo no sé qué decirle, capitán.

—Pues descríbala, es su melliza, la ha de conocer bien.

«Si supiera», pensó Mariana.

—Ella tiene dos ojos.

—¡Ajá! ¿Qué más?

—Una boca —hablaba nerviosa, ¿cómo podía hablar de ella misma?

—Ajá —respondía Fernando.

—Una nariz.

—¡Mariano! —levantó la voz—. ¿Se está burlando de mí? Lo que me dice de su hermana, todas las mujeres lo tienen, es más, todos los hombres y mujeres los tenemos.

—¡Disculpe, capitán! Pero no sé qué quiere saber de mi hermana.

—¿Es parecida a usted? ¿De qué color tiene sus ojos? ¿Su cabello? —se cayó, pues no quería parecer muy interesado.

—Tiene los ojos verdes —mientras lo decía hacía un bizco como si así pudiera comprobar si así los tenía—. Mi padre decía que eran como las esmeraldas, pero no llegan a tanto, el cabello, lo tiene castaño, y lleno de bucles, que por lo general tarda mucho en domar.

Fernando hizo un gesto de extrañeza, pues por lo general los hombres no se ponían a describir lo que las mujeres batallaban en peinarse.

—Entiendo, entonces es muy parecida a usted, usted tiene ese color de ojos y el cabello es igual.

Mariana se sentía cada vez peor, cuando tenía la intención de contarle la verdad a Fernando, se enredaba en más mentiras. Si conociera a su hermano, se daría cuenta de que, aunque fueran mellizos, su hermano Mariano había heredado los rasgos mestizos de su madre, en cambio ella,

se parecía más a su padre.

—Cuando lleguemos a la villa haré que le corten ese cabello, no está bien para un caballero llevarlo de ese largo.

Mariana gimió de espanto y se agarró su cabello.

—¡Oh! ¡No, capitán, no puedo hacerlo, lo he prometido, es una manda!

—¡Va! Puede prometer otra cosa. Pero bueno, si es de su gusto andar así, pues allá usted. Con esa pinta no encontrará a una dama para nupcias.

—¿Yo casarme con una dama?

—¡Pues claro, con una dama!, o ¿qué piensa usted?

—Sí, si claro —Se acordó de Teresa y si ella era Mariano podía decirle—. Lo cierto es que ya tengo prometida, capitán. Me espera para que nos casemos.

—¿Y por qué no me lo había dicho antes? Tenemos que ir lo más pronto a que cumpla con su palabra, yo seré su padrino.

—Gracias, capitán, es un honor —respondió no muy convencida. Cada vez se enredaba en más mentiras y no sabía cómo salir de ese embrollo.

—El honor es para mí. Yo apreciaba mucho a sus padres.

—¿A mis padres, capitán?

—Bueno, a su padre, le aprendí mucho al general, todavía lamento su partida.

Fernando no quiso hablar de cómo había conocido a María y al general Agustín, desde su experiencia con Genoveva, trataba de no mencionar que había vivido una parte de su infancia con los indios y sobre todo a que se había dedicado.

—Dígame, Mariano, ¿cree que su hermana quiera que continuemos con las diligencias para consolidar el matrimonio?

—Claro que sí, capitán. Es usted tan buenmozo, es gallardo, caballeroso, tiene unos ojos preciosos, buena presencia, cualquier mujer quisiera unas pestañas como las suyas capitán..., y es tan fuerte —lo decía casi suspirando.

—Creo que es suficiente, muchacho —Fernando incómodo la interrumpió. Nunca un hombre lo había adulado así. Y juraría que se había sonrojado, menos mal que era de noche y la luz de la fogata no lo alumbraba como para que lo viera Mariano.

Durante semanas, la incomodidad de Fernando aumentaba, sorprendía a Mariano mirándolo. Y en él estaba naciendo un sentimiento que lo hacía sentirse culpable, cuando tenía la oportunidad de ver a Mariano a distancia, se lo imaginaba con vestidos y como si fuera una dama, pero trataba de ocultar esos pensamientos.

«*No puede ser, me voy a condenar. Llegando a la Villa iré a confesarme*», pensaba. Pero mientras más lo meditaba, más dudaba en ir. Tendría que mandar a Mariano a la provincia de Guadalajara, pero ya le había prometido que sería su padrino y no podía mandarlo solo. Resolvería los asuntos en la Hacienda, visitaría a sus padres y hermanas, y lo más pronto posible iría a dejarlo con su prometida, y así él conocería a su esposa.

—Después de que visitemos a mi familia, iremos a la provincia de Guadalajara, estoy deseando conocer a su hermana, espero que ella sienta lo mismo.

—¡Oh, Capitán! Estoy seguro de que sí. Si hubiera sido por ella, desde hace tiempo hubiera viajado, hasta hoy.

—¿Cómo hasta hoy? —preguntó Fernando, aunque no le dio importancia a la frase y siguió hablando, sin percatarse que Mariana había enrojecido.

—«*Menos mal que no hizo caso*» —expiró Mariana, sin darse cuenta de que había estado

conteniendo el aliento.

—Bueno, solo quiero ver a mis hermanas, e iremos por la suya. Anastasia me escribió que Estefanía había sido herida por un acusado que mi cuñado había enviado al calabozo. Quiero verlas, me hubiera gustado estar con ellas en su matrimonio, pero entre tanta misión no pude.

—Lo siento, es una verdadera tragedia, espero que su hermana recupere la salud pronto. Pero no entiendo, capitán, ¿cómo es posible que no pudiera asistir a la boda de sus hermanas? Usted es capitán, podrían haberle dado permiso

—Está convaleciente, pero va mejorando cada día. Le voy a ser sincero la villa me trae malos recuerdos y prefiero no encontrarme con ciertas personas que viven ahí

—Entiendo, capitán —respondió Mariana con curiosidad, ansiosa que Fernando hablara más de esas personas que no se quería encontrar. Pero no quiso parecer entrometida.

Mariana se encontraba en una encrucijada, debatiéndose entre revelar la verdad a Fernando o no. Consciente de la estricta naturaleza del capitán, sabía que probablemente no sería perdonada; recordaba de forma clara sus palabras sobre la falta de tolerancia hacia las mentiras desde el día en que lo conoció. Sin embargo, cada día que pasaba, se enredaba aún más en su propia red de engaños.

Capítulo 15. Regreso y confusión



Fernando y Mariana llegaron a los dos días a la capellanía de San Nicolás. El capitán la había traído recorriendo los plantíos cuando llegaron a casa Guerra Cañamar.

—Espere en aquel salón, voy a ordenar que le preparen algo de comer.

Mariana se dirigió al lugar donde le había indicado Fernando, temerosa de a quién se fuera a encontrar. Cada vez se le hacía más difícil fingir la voz y sobre todo apretarse ese vendaje en los senos. Deseaba poder vestirse de dama nuevamente.

«*Virgen de Zapopan*^[10], ayúdame», rezaba en su interior, «*prometo que ya no le quitaré los pantalones a Mariano, y si debo practicar con la espada lo haré con vestido, pero intercede por mí para que el capitán me perdone*», oraba.

Fernando se dirigió a su habitación y se detuvo en la puerta, sonrió al ver que su hermana Estefanía estaba sentada en una de las sillas leyendo uno de sus libros, tan absorta que no lo escuchó acercarse.

—¡Pepita! ¿Cómo estás? —Entró Fernando a la habitación.

—¡Fernando! Me asustaste ¿Cuándo llegaste? —Escondió el libro tras ella, y se levantó emocionada para abrazar a su hermano.

—Llegué ayer en la tarde y, ¿qué haces aquí en mi habitación? —le preguntó levantando una ceja.

—Yo, yo vine ayudarle a madre a sacudir —respondió nerviosa.

Fernando se rio, encima de su hombro había visto como había escondido un libro. Era uno de esos libros prohibidos que había traído desde la península, pero él por su cargo de capitán, tuvo la ventaja de ingresarlo de contrabando. Sabía que las mujeres desconocían todos los temas sobre sexualidad, y no se escandalizó, al contrario, le parecía divertido que su hermana recién casada anduviera hurgando en esos temas, la conocía bien, su hermana Fanny si no estaba cuidando sus plantas, estaba con la cabeza entre los libros.

—Pero, Pepa, ¿atiendes tu casa y vienes a sacudir aquí también? Madre tiene suficiente servidumbre que podrían hacer eso, ¿no crees? —bromeó Fernando.

—Bueno, sí, pero no me gustaría que maltraten tus libros.

—Entiendo, Pepita, pero no veo ni un plumero o algo para sacudir.

Al verse descubierta, Estefanía le cambió el tema.

—Fernando, no me gusta que me llames Pepa, dime Estefanía o Fanny, ya sabes que Josefa no me gusta.

—¡Está bien, Pepita! ¡Ya no te diré Pepa! —Se mofó Fernando.

Estefanía puso los ojos en blanco. Sabía que Fernando lo estaba haciendo a propósito.

—Hablas como los peninsulares. ¿Se te pegó el modito de hablar?

—Algo así, sí —sonrió Fernando al darse cuenta de que su hermana había cambiado de tema de conversación—. Pero ahora vengo de Texas y estuve un tiempo en las Carolinas.

—¿Y cuánto tiempo piensas quedarte?

—Ya es definitivo, Fanny, pedí mi baja en el ejército. Están los tiempos muy difíciles con las revueltas por la proclamación de la independencia. Prefiero ya no estar en la lucha. ¿Me vas a decir que libro escondiste cuando entré?

—Yo..., yo... —comenzó a tartamudear Fanny

Fernando se quedó sorprendido, él era otro de los cercanos con los que Fanny no tartamudeaba. Cuando un día su mamá, Doña Rosario, le comentó el problema de su hermana, él no le creyó, pues nunca había escuchado tartamudear a Fanny.

—¿Estás tartamudeando, Fanny? ¿Por qué? Conmigo y con Anastasia no lo haces.

Mientras le acariciaba la mejilla al verla sonrojarse.

—Haces que me avergüence, hay cosas que una dama no habla con un caballero, así sea su hermano.

—Está bien, cariño. Toma el libro —Para no abochornarla más, se volteó para buscar algo en su ropero, mientras seguía hablándole con ternura—. Fanny antes de que te vayas, hay libros que están prohibidos, no solo para las damas, también para nosotros los varones. Yo, como parte del ejército, tuve acceso y pude traerlos de contrabando. Pero, para que no tengamos problemas, ocúltalos bien, ¿sí? Podríamos ir a la horca si nos sorprenden con ellos. Aunque nosotros sepamos que no es nada malo —dijo Fernando con sonrisa burlona—. Bueno, para ti y mi cuñadito no es tan malo. ¡Pórtense mal! —Le guiñó un ojo.

Estefanía cubrió su boca con la mano y rio tímida.

—Por cierto —continuó Fernando—, ¿podrías hacerle compañía a mi pupilo? Y, ¿hay que pedir que le sirvan algo de comer?, lo he tenido toda la mañana del tingo al tango, y parece que está hambriento.

—¿Tienes un pupilo? ¿Desde cuándo?

—Es largo de explicar, pero tengo un pupilo y una esposa, que es su hermana y a la que no conozco. Pero esa es otra historia que luego contaré.

Mariana se sentía incómoda, escuchó los pasos que se dirigían a la sala, cada vez se le hacía más difícil contarle la verdad al capitán. De pronto, al salón entró una dama tenía los rasgos muy parecidos a su capitán. Se puso inmediatamente de pie e hizo una reverencia, como sabía que debían hacer los caballeros al entrar una dama a un salón. «*Dios, como le daba envidia esa joven*», deseaba volver a usar sus vestidos.

—Señora, buenas tardes.

—Siéntese, joven. En un momento más nos servirán un aperitivo mientras llegan mis padres. Yo soy la señora Estefanía de Flores de Abrego, hermana de su tutor.

—Mucho gusto, señora —Esperó a que Estefanía tomara asiento para luego hacerlo ella.

—Cuénteme, ¿cómo se llama? ¿Desde cuándo es pupilo de mi hermano?

—Mi nombre es Mariano del Campo —respondió Mariana nerviosa y pasando saliva—. Desde hace algunos años, el capitán es mi tutor —«y ahora que le digo» pensaba nerviosa Mariana, le estaba costando cada vez más seguir mintiendo—. En realidad, vine para que el capitán me ayudara a entrar al ejército. Pero ya que él se está retirando le pedí que me permitiera

acompañarlo y que me diera trabajo en sus negocios.

—Entiendo —asintió Estefanía—, y no sé si entendí bien, ¿tiene una hermana? Y esa hermana, ¿es esposa de mi hermano? ¿Cómo es eso? —preguntó intrigada.

Con cada pregunta Mariana se sentía empequeñecer, y se hundía más en el sillón donde estaba sentada.

—Sabía que ibas a tratar de averiguar, Fanny —interrumpió Fernando entrando a la sala y sentándose en una silla individual al lado de Mariana, esta expiró de alivio al verlo entrar.

—Pues sí. ¿Cómo es que tengo una cuñada y no la conozco?

—Mi capitán tampoco la conoce —Mariana se tapó la boca riéndose, no pudo resistir hacerle la pulla al capitán. Desde hace tiempo había querido preguntarle por qué no la había ido a buscar. Fernando la miró con gesto de pocos amigos, haciéndole notar que no le había parecido gracioso su comentario, y Mariana dejó de reírse.

—¿Me acompañas a visitar a Anastasia, hermana?

—Sí, después de comer vamos.

Después del almuerzo, Fernando y Estefanía fueron a visitar a Anastasia, acompañados por Mariana. Cuando los hicieron pasar a un gran salón iluminado por grandes ventanas de techo al piso, Mariana quedó asombrada con la decoración. Al ver a una mujer pelirroja que caminaba con lentitud hacia Fernando, sintió un poco de celos, pero al escuchar que le decía hermano y el capitán la levantaba dando vueltas con ella, entendió que era su otra hermana.

Anastasia se mareó de tantas vueltas.

—Me estoy mareando, Fer...

Fernando la dejó en el suelo, y le acarició las mejillas con ambas manos.

—¿Estás enferma, cariño? —Fernando la miró con preocupación.

—No, hermano, está embarazada, ¿no la ves? —dijo Fanny riéndose.

Fernando bajó la vista a la barriga de Anastasia y le tomó las dos manos.

—¿Así que voy a ser tío?

Anastasia asintió con una sonrisa. Fernando la abrazó y luego de darle un beso en la frente le dijo —¡Dios mío! Todo lo que me he perdido por estar lejos de ustedes. Prometo estar más cerca.

—¡Suéltala infeliz! —Se escuchó un grito desde la puerta del salón.

Mariana se asustó, ese hombre estaba furioso, y no entendía, «*si era hermana de su capitán, ¿por qué ese hombre se exaltaba tanto?*».

Los ojos de ese hombre se tornaron rojo sangre de la rabia que tenía. Se acercó a pasos agigantados y jaló a Anastasia por el hombro, sin medir su fuerza. Ella, que seguía mareada y su apoyo había sido Fernando, al no tener equilibrio, se cayó hacia atrás, topándose con una de las patas de la mesa de café que estaba en el centro del salón y cayendo al suelo.

En tanto, el capitán se peleaba tirándose en el suelo, a veces quedaba uno arriba y golpeaba al que quedaba abajo. Ninguno de los dos se había dado cuenta de que Anastasia se había caído. Seguían con su pelea.

Mariana, al ver que Estefanía corría a arrodillarse a lado de Anastasia, hizo lo mismo.

—¡Paren, por favor! ¡Anastasia se desmayó! —Les gritaba Estefanía. Tratando de reanimar a Anastasia dándole suaves palmadas en las mejillas, pero no respondía—. ¡Detenlos, Mariano, por piedad!

Mariana veía a los dos hombres asustada. En este tiempo con el capitán nunca lo había visto así, dejándose golpear. Sí, respondía a los golpes, pero no tan fuerte como el otro hombre que parecía querer matarlo.

En ese momento entró otro hombre y se interpuso entre los dos. No sin antes llevarse un golpe en la mandíbula.

—¡Marcos, detente! —gritó—. ¿Estás loco? ¿No reconoces a Fernando?

—¿Fernando? —preguntó con la respiración acelerada, pero todavía con la sangre hirviendo en las venas.

—Fer-nan-do o Blas, como quieras llamarme —Fernando le respondió fanfarrón mientras se ponía de pie ayudado por Marcos.

—Sí, Blas —intervino Francisco, mientras Marcos ayudaba a incorporarse a Fernando.

Mariana en ese momento giró la cabeza «¿Quién era Blas?», solo había escuchado el nombre, pero no escuchó a quién se referían «¿Acaso era ese hombre que llegó?», y ese pensamiento fue interrumpido.

—¡Hombre, cuñado! Tú primero golpeas y luego preguntas ¿eh? Lo mismo pasó cuando rescatamos a Ana, te iba a decir donde la tenían y me agarraste a golpes primero.

Mariana sufrió una decepción su Blas, el hombre con quien había soñado desde niña, estaba casado y era el esposo de la hermana del capitán, ¿por qué su padre no la comprometió con él? Pero viéndolo a primera vista, su Blas no era quien había imaginado, golpear al capitán nada más porque sí, eso la enfureció.

—Ya dejen de hablar, ayúdenme—Interrumpió Fanny—. Anastasia se encuentra mal.

Los tres hombres se voltearon a mirarlas y Marcos se apresuró a ayudar a Anastasia.

—Pero, ¿qué le pasó? —preguntó.

—Pues que Anastasia estaba mareada —explicó Estefanía a Marcos—, llegas tú y la jalas, y se desmayó, pero de donde yo estaba no vi si se golpeó la cabeza. Pídele a Benigna que traiga las sales.

Después que el esposo de Anastasia la llevara a su habitación, Mariana aprovechó para pedirle a Benigna algo para curar las heridas del capitán.

—Capitán permítame curarle, está sangrando del labio y la ceja.

Fernando incómodo se sentó en la silla, mientras Estefanía y su esposo Francisco, los veían curiosos. Mariana, como era de baja estatura, se situó entre las piernas del capitán para limpiarle mejor, Fernando cerró los ojos, la cercanía con ese muchacho le estaba causando problemas. «Quizás..., sería...», pensó, «porque tenía tiempo de no intimar con una mujer». «¿Y ese perfume?, ¿nadie le había dicho a ese muchacho que esa loción o lo que fuera que usase no era para un varón! ¡Dios me voy a condenar!»

Con violencia, apartó a Mariana, quien sintió la brusquedad de su gesto. Ella solo buscaba ayudar, incapaz de comprender por qué el capitán la trataba con tanta rudeza.

—Ya es suficiente, muchacho.

Capítulo 16. Celos



En ese momento entró el esposo de Anastasia, su semblante era de pesar, se sentó sin ninguna etiqueta, con las piernas extendidas y desparramado en el sillón que quedaba enfrente de su hermano y cuñada. Al ver que Fernando se acercaba a sentarse al lado de su cuñado, Mariana buscó una silla alejada de todos y fue a sentarse. Quería saber si ese hombre era verdaderamente Blas, pero podría ser que tuviera el mismo nombre, mientras cavilaba, los observó.

—El tío Joaquín quiere llevarse a Anastasia a su casa, dice que si puede buscará la anulación ¿Eso se puede?

—¡Claro que no se puede! —respondió Francisco, llegó un caso donde Su Santidad dio la anulación, pero eran reyes, hermano, no creo que el tío tenga esas influencias. Lo ha dicho porque está ofuscado.

Mientras seguían con la conversación, Mariana solo escuchaba, deseaba que mencionaran el nombre de aquel hombre, Fernando al mirarla y ver el interés con que veía a Marcos se sintió celoso.

—Cuñado, no entiendo la reacción de padre. Pero yo que tú, ¡agarro a mi mujer y huyo con ella!

—Anastasia no puede hacer viajes largos en su estado —Le informó Marcos a Fernando—. Puedes estar seguro de que, si hubiera podido, me habría acompañado todo este tiempo. La extrañé demasiado, es mi vida. No entiendo por qué el tío Joaquín no me comprende.

—Hermano, es que el tío no se enteró porque no querías este hijo —dijo Francisco—. A él solo le contaron que Anastasia se fue a su casa porque no querías a la criatura.

—Pero ¿quién le contó? El tío no estaba cuando Anastasia estuvo ahí.

—¡Anda, pueblo chico infierno grande!

Mariana, seguía con mucho interés la conversación, pues quería que dijeran el nombre de aquel hombre. «Sí, *pudiera ser que había otro Blas*», pensaba, «*pero estaba segura de que si su padre la casó con Fernando era por qué también era conocido de Blas*».

—Marcos, quizás esté bien que Anastasia se vaya con mis papás —opinó Estefanía—, si vas y hablas con padre ya cuando esté calmado, te sinceras con él y le demuestras tu amor por Anastasia, él podrá cambiar de opinión.

Mariana se acomodó más en su asiento, sorprendida, Estefanía había dicho que ese hombre se llamaba Marcos. ¿Quién era entonces Blas?, el capitán se llamaba Fernando y no había escuchado a nadie más llamarlo por otro nombre, y se decepcionó.

—¡No, no puedo, Fanny! Ya estuve separado de ella estos tres meses. Solucioné todo lo que tenía que resolver para no volver a separarme de su lado en mucho tiempo y mira lo que me encuentro.

—¡Es que si no hubieras llegado como demonio golpeando! ¿Quién le dijo a padre que nos peleamos? Todavía me duele, ¿eh? ¡Pegas duro! —Fernando se acarició el mentón— Pero te advierto, a la tercera, comienzo yo la pelea —bromeó.

Marcos hizo una mueca. Cuando llegó a su casa, deseoso por ver a Anastasia, no se imaginó que esto podría pasar. Ahora, su tío amenazaba con apartarla de su lado, y a su hijo también. Al día siguiente, su tío Joaquín iría por Anastasia, y no sabía qué hacer.

Todos se fueron despidiendo de Marcos, dándole ánimos. Sabían que Joaquín era un hombre justo y sé daría cuenta que Marcos solo había cometido un error y había sido impetuoso.

De camino a casa de los Guerra Cañamar, Mariana no quiso quedarse con la curiosidad.

—Capitán, ¿puedo hacerle una pregunta? —no se explicaba porque el capitán la miraba como si la estuviera reprendiendo por algo en forma silenciosa.

—Diga —lo dijo Fernando en tono osco, que no pasó desapercibido por Mariana.

—¿Hice algo malo? Parece que está molesto conmigo.

Al ver la cara de Mariano, Fernando cambió, hizo una mueca, ese muchacho no tenía la culpa. Pero es que no se daba cuenta, en lo único que parecía varón era porque usaba pantalones, le había preguntado a su madre cuando fue que a él le cambió la voz, pues no recordaba, pero a la edad que tenía ese muchacho parecía que no le iba a cambiar nunca. Y eso lo hacía sentirse más culpable. Se había dado cuenta de que Mariano trataba de fingir la voz, hacerla más ruda, pero cuando estaba nervioso o simplemente había tomado confianza se soltaba hablando, y su voz era verdaderamente dulce. Alejó esos pensamientos y puso atención al muchacho.

—No ha hecho nada, solo que me pareció curioso. ¿Por qué miraba tanto a mi cuñado? ¿Lo conocía desde antes? Creí que usted no había salido de la Nueva España, por lo que me dijo su padre.

—¡Oh! No capitán —se ruborizó—. Es que nunca había conocido a un Marqués. Usted sabe, eso nada más sucede en la capital.

—Y, ¿cómo supo que mi cuñado es Marqués? No creo habérselo mencionado.

—Me lo dijo el mayordomo, lo cual me causa gracia, parece que es el único que le dice así a Su Excelencia.

—Marcos es un hombre sencillo, no le gusta hacer ostentación de ello, su título lo recibió por casualidad por un pariente por parte de madre.

—Capitán, ¿quién es Blas?

—¿Por qué quiere saber? —Desde que Genoveva lo había despreciado, trataba de no hablar con nadie de esa etapa de su vida—. Un día le contaré quien es él, pero no es nadie importante.

«*Nadie importante*», para ella sí lo era, pensó molesta, estaba segura de que, si un día conocía a Blas, se enamorarían y si él se lo pedía ella huiría con él.

—Solo quisiera saber, si ese Blas es el mismo que conocieron mis padres —lo preguntó esperanzada, deseando que fuera el mismo.

Fernando al ver la insistencia del muchacho sonrió, trayéndole a su memoria esos buenos momentos en los que conoció a María y al General Agustín.

—Sí, es el mismo y ya no quiero hablar, todavía sigo adolorido de la paliza que me dio mi cuñado —Pero se sintió más adolorido en su orgullo, antes de conocer a Marcos, Mariano solo lo miraba a él. No dejaba molestarle que esa tarde cuando estaban reunidos en el salón había

momentos en que volvía su mirada a Mariano, este no dejaba de ver a Marcos, con esa dulce mirada casi de adoración y del que él se sentía único dueño.

Mariana sonrió y se giró a ver por la ventana del carruaje, desconociendo los pensamientos de Fernando. Renació en ella esa esperanza de conocer a Blas, estaba en el mismo lugar, lo iba a buscar. De pronto la embargó el sentimiento de culpa, el capitán era su esposo y ella había hecho el juramento de matrimonio. Era buen hombre y no merecía que lo dejara y como decía su hermano Mariano, *«Blas era solo una historia que le contaba su madre para dormirla»* Iba a dejar de pensar en Blas y sería buena esposa para el capitán, si tan solo supiera que ella era Mariana, quería acercarse y cuidarle esos golpes que tenía.



Camino a San Nicolás de la Capellanía.

En todo este tiempo que Mariana había estado cerca de Fernando, confirmó ese sentimiento que había manifestado en las cartas, dejó olvidado su idea de buscar a Blas. Además, cada vez que intentaba decirle su verdadera identidad, ocurría algo o el mismo capitán se alejaba.

Mientras levantaban el campamento, para dirigirse a la capellanía, escucharon dos gritos, uno de una mujer y el otro de un niño. Fernando, Mariana y Juancho se acercaron a donde provenían los gritos. Al acercarse, encontraron una mujer casi en la orilla de un barranco, tratando de alcanzar a un niño que se había caído.

—Señora, permítanos ayudarle.

—¡Gracias, señor! —se hizo a un lado para dejar que Fernando se agachara y viera donde estaba el niño.

—Juancho, amarra la soga al caballo y yo me ataré el extremo a la cintura.

—Sí, capitán, a la orden.

Mariana no dejaba de ver a Fernando, cada vez lo admiraba más. En cada lugar donde iban, siempre ayudaba en algún problema que tuviera la gente, en ocasiones le daban celos por las mujeres que se le acercaban para ofrecerle un vaso de agua o algo de alimento.

Fernando pudo bajar a la parte donde se encontraba el niño, al sentirse seguro, y con el niño atado a él, gritó a Juancho para que hiciera andar al caballo.

Una amorosa madre atrajo al niño hasta su pecho, llenándolo de besos.

—¡Gracias, señor, Dios lo ha puesto en nuestro camino!

—Revise al niño si no tiene alguna herida.

—Está bien, señor, solo unos raspones que yo le curaré.

—Es capitán —interrumpió Juancho, aclarando a la mujer.

Fernando se puso el dedo índice en los labios, indicándole a Juancho que guardara silencio, no era momento, al ver a la afectada madre.

—¿Qué andabas haciendo en la orilla? No debes de jugar por aquí.

—Lo sé, señor, pero mi gato subió a ese árbol y traté de trepar y fue cuando resbalé desde aquella rama.

—¡Santo Cristo, pudiste haber muerto! Y ¿dónde está el gato? —Todos levantaron la cabeza

para ver dónde les indicaba el niño.

—Esas ramas no resistirían si subiéramos, capitán —le dijo Juancho

—Yo podría, capitán soy más liviano —se apresuró a decir Mariana.

—Suba aquí —entrelazó los dedos de las manos para que Mariana pusiera el pie.

Al momento que Mariana tomó al gato, el aterrado animal la arañó y saltó de sus brazos, haciéndola perder el equilibrio y cayendo con Fernando encima de ella. Los dos, con la respiración entrecortada, se miraban. Aturdido, Fernando se incorporó, y sin ayudar a Mariano a levantarse, se dirigió al pequeño estanque que había cerca.

Juancho, sorprendido, ayudó a Mariano a levantarse.

—¿Estás bien, muchacho?

—Sí, Juancho —contestó mientras le tomaba la mano que le tendía—. ¿Qué le pasa al capitán?

—No lo sé muchacho, desde hace tiempo se comporta extraño, sobre todo contigo. ¿Qué le has hecho?

—Yo nada —en tanto se sacudía el polvo de los pantalones.

—¿Puedo ofrecerles algo de comer? Me gustaría corresponder de alguna forma —interrumpió la mujer a la que habían ayudado.

Mariana iba a contestar que no era necesario, cuando Juancho se le adelantó y aceptó la invitación.

—Al paso que vamos, quién sabe a qué hora lleguemos a casa, es mejor comer algo.

Fernando buscó un lugar para quitarse las ropas y zambullirse en el agua, estaba helada, pero así calmaría ese fuego que sentía por dentro. Debía dejar de pensar en Mariano como una mujer, su cabeza le estaba jugando una muy mala pasada. Después de estar nadando, se salió para vestirse, el agua en lugar de calmarlo lo había hecho sentirse peor.

Durante el trayecto a la capellanía, Fernando no paraba de toser y estornudar. Mariana lo veía preocupada. Puso su caballo al mismo paso del de Fernando.

—Capitán, no debió de tomarse ese baño, mire como se ha puesto, se ha resfriado.

—Ya no me digas más, que bastante mal me siento para estar escuchándote.

Capítulo 17. Dulces Delirios



Y como le había advertido Mariana, Fernando llegó a la capellanía bañado en sudor, con tos y los estornudos que iban en aumento. Juancho llevó a Fernando a su habitación, parecía que no podía dar un paso. Rosario salió al verlos llegar.

—Pero, ¿qué le ha pasado a mi hijo?

—El capitán se metió a nadar a un estanque y parece que eso le hizo daño —comentó Mariana.

—Acompáñeme a ver qué remedio le encontramos en la cocina

—¿No llamaremos al médico? —preguntó preocupada.

—Sí, es mejor, dile a Juancho que vaya por él —agregó la madre con tono inquieto—. ¿Cómo se le ha ocurrido a Fernando hacer tal cosa con este tiempo?

—No lo sé, señora.

Juancho no pudo ir por el médico. La fuerte nevada que acompañaba al invierno y las lluvias torrenciales habían arruinado por completo los caminos, haciendo imposible cualquier intento de salir de la capellanía.

Con esmero, Rosario, la nana Eulogia y Mariana se entregaron por completo a su cuidado. En esa primera noche, Mariana se ofreció sin dudar a permanecer a su lado mientras lidiaban con la fiebre que lo consumía. Fernando, estaba sumido en un sueño inquieto y afectado por la elevada temperatura. Al sentarse a su lado, ella no solo compartía la vigilia, sino también la angustia que lo envolvía.

—Capitán, tiene que recuperarse, tengo algo que contarle —le dijo Mariana sin fingir la voz.

Fernando murmuraba palabras ininteligibles. Mariana se acercó suavemente y le dio un beso en la frente, cuando se retiraba, escuchó que pronunciaba su nombre y emocionada comentó:

—Sí, capitán, soy Mariana. ¡Despierte! —¿La habría descubierto? De forma impulsiva, sus labios se posaron en los suyos. En su inconsciencia, él la imaginaba y entreabrió la boca, permitiendo que el beso se volviera más ardiente y apasionado.

Se iba a condenar, había besado a un hombre, pero ¿si ese hombre era su esposo? Aunque estuviera dormido, no era tan malo, ¿no? Fernando abrió los ojos, pero su mirada era vacía, Mariana se levantó rápidamente, si Fernando se enteraba lo que había hecho, no quería saber cómo reaccionaría.

Fernando se fue recuperando en los siguientes días, durante su convalecencia llegaron gratas

noticias de la casa de Anastasia y Marcos. Anastasia había dado a luz a mellizos, un niño y una niña. El propio padre de los pequeños había tenido que ayudar en el parto, pues fue imposible mandar llamar al médico con los caminos destrozados debido al mal tiempo.

Por otro lado, cada vez que entraba Mariano a la habitación, Fernando lo trataba mal, le gritaba y lo echaba, se sentía confundido, había soñado con un beso, que no podía quitarse del pensamiento. «*Dios me voy a condenar*» pensaba.

Seguía con esa obsesión de imaginarse a Mariano como mujer, hasta el delirio y eso no podía ser.

—Mariano, venga acá.

—¡Dígame, capitán! —ya lo había echado y, ¿ahora lo llamaba?, ¡era de no entenderlo!, miró hacia arriba.

—¿Usted estuvo conmigo estas noches que estuve enfermo?

—S..., sí, capitán —«*lo sabía, sabía que lo había besado*».

—¿Dónde se sentaba?

Mariana señaló un diván que estaba cerca del librero.

—A... a... ahí, capitán.

—¡Ah, bien! —expiró descansado, había sido solo un sueño—, ¡váyase entonces!

Fernando ya recuperado esa mañana, se integró con toda la familia. Joaquín y Rosario, al verlo bien, le anunciaron que tenían que ir a la hacienda de San Francisco de los Patos. Parecía que, con el invierno, el molino dejó de funcionar y Joaquín quería estar informado.

—Padre, ¿podría ir yo?

—No, hijo. Tú estás recuperándote, mejor quédate aquí en la capellanía para lo que se pudiera ofrecer. No olvides que tienes que hacer una visita a tu hermana para que conozcas a sus hijos.

—Lo haré, padre, iré a la casa de la Villa, dejé allí unos libros que quiero volver a leer.

—No irás solo, ¿verdad?

—No, madre, llevaré conmigo a Mariano y a Juancho.

Cuando se aproximaban a la casa y Fernando se disponía a abrir la puerta, un grito inesperado rompió el silencio, llamándolo con desesperación y marcando un momento de tensión en el aire.

—¡Fernando!

Al darse la vuelta vio a Genoveva que se acercaba con su nana.

—Lo vi llegar y decidí acercarme a saludarlo.

Fernando sorprendido, pero molesto, le respondió:

—Un gusto saludarle, señora —Haciendo hincapié en la palabra.

—¿No me invitas a pasar? Somos viejos conocidos, vengo con compañía, nadie lo verá mal.

Fernando, un poco reacio, la invitó a entrar y la llevó al salón.

—No puedo ofrecerle nada, la casa ha estado sola desde que comenzó el invierno y no sé qué habrá en las cocinas, solo que quieras una copa de vino.

—¿Por qué no?

Genoveva giró su mirada hacia la entrada del salón, donde estaba Mariana.

—¿Este joven quién es?

—Es el hijo de un buen amigo, me nombraron su tutor.

—¡Ah, entiendo!

Mariana quedó decepcionada, ¿no le iba a decir que estaba casado con ella? Decidió retirarse

a las cocinas, dónde se encontró con Juancho.

—¿Quién es esa mujer, Juancho?

—El capitán la pretendió hace años, pero ella lo rechazó y se casó con un hombre que podía ser su padre.

—¿Y por qué lo busca? Mira que no tiene vergüenza al buscar al capitán.

—Muchacho, hablas como si estuvieras celoso.

—¿Yo? Celoso, no que va, me preocupa mi hermana, y que el capitán no le sea fiel.

—Necesitas convencer al capitán para que traiga a tu hermana con él, necesita que su esposa esté a su lado.

—Si supieras, Juancho, ojalá pudiera decirte.

—¿Qué pasa muchacho? Acaso tu hermana no quiere este matrimonio.

—¡Oh, sí, Juancho! No se trata de eso, un día te enterarás, debo decírselo al capitán primero.

En el salón, Fernando estaba incómodo, pensaba que cuando volviera a ver a Genoveva su amor por ella resurgiría, pero en ese momento, solo tenía el tormento de sus sentimientos por Mariano.

—Genoveva, perdona la grosería, pero solo he venido a recoger unas cosas para volverme a la capellanía y no quiero que se nos haga de noche. Tengo que despedirte.

—Está bien, querido. Pero cuando estés en la Villa podríamos vernos —comentó con coquetería, mientras se levantaba del sillón y se le acercaba.

—¿Qué quieres decir? —preguntó incrédulo.

—Podríamos volver..., tú sabes... Mi esposo se la pasa largas temporadas en la ciudad de México, podríamos retomar nuestra relación.

La respuesta de Fernando se vio interrumpida, pues en ese momento llamó a la puerta del salón Mariano.

—Capitán, ya recogí los libros que me ordenó.

—Gracias, Mariano. Avísale a Juancho que nos vamos.

Fernando se despidió como un caballero de Genoveva, sin dar el menor indicio que había aceptado su propuesta, pero Mariana, que la había escuchado, sí lo pensó.

Meses después Fernando no sabía qué hacer, necesitaba alejarse de Mariano un tiempo. Con la excusa de que iba a ir a ver a Domingo y que como su jacal era pequeño, Mariano tenía que quedarse en la Capellanía.

Momento en el que Mariana sufrió por segunda vez de celos, al enterarse, por palabras de Juancho, que en casa de Domingo vivía Casilda, quién había sido amante del capitán.

—Para mí que el capitán va a ver a la Casilda.

—¿Quién es Casilda, Juancho?

—Es la amante del capitán, muchacho.

—Pe... pero el capitán está casado conmi... con mi hermana —se interrumpió a tiempo.

—Todos los caballeros de su casta las tienen muchacho, quizás un día tú la tengas

—N, n, no, yo no —era tanto su enojo que tartamudeaba y sin saber no fingió la voz.

—¿Qué te pasa muchacho? ¿Hablas raro?

—Es el calor Juancho, voy a las cocinas, luego vuelvo.



Fernando no tuvo más remedio que ir a la Iglesia, la confesión era lo que menos le gustaba, pero necesitaba saber qué hacer. En una situación de esa naturaleza, sus padres no serían imparciales. Estaba teniendo sentimientos por Mariano, o ¿es que se estaba volviendo loco? Nunca había sentido ningún sentimiento parecido por un hombre, solo por él, y todo lo que le estaba pasando lo tenía muy intranquilo. Al montar su caballo, escuchó la voz de Mariano. «¿eran sus pensamientos o Mariano se le escuchaba voz de mujer?». Su cabeza le estaba jugando una mala pasada.

—Capitán, ¿puedo acompañarlo? Doña Rosario me ha dicho que va a la iglesia y quiero confesarme.

—Está bien, venga conmigo, pero mande ensillar su caballo, no vamos en la calesa —«*Por el amor de Dios, ni para tranquilizar su alma podía alejarse de Mariano*» Tener que compartir el mismo espacio lo atormentaba más.

Cuando llegaron, los recibió Don Rafael.

—¡Muchacho, qué alegría verte por aquí! Tu madre me dijo que habías llegado.

—Sí, padre —respondió mientras le besaba el anillo sacerdotal.

—Y cuéntame, ¿qué te trae por aquí? Hoy ya no hay misa.

—Quiero confesarme.

Don Rafael casi se cae de la sorpresa, su sobrino era reacio a cumplir con ese sacramento.

—¿Y este muchacho que viene contigo? ¿No me digas que tú también quieres confesión?

—Sí, señor —se acercó Mariana y le dio un beso al anillo del sacerdote.

—Debe de ser un día muy especial que mi Señor me ha bendecido con esta visita. ¡Adelante!, primero el capitán. En tanto tú, muchacho, puedes hacer un acto contrición.

Fernando se dispuso a hincarse y comenzó:

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebido.

—De que te acusas, hijo.

—Me acuso, padre, de que estoy teniendo sentimientos por un hombre —expresó Fernando con amargura en su voz.

—¿Hay arrepentimiento? —preguntó el sacerdote.

—Sí, padre.

—¿Lo conozco?

Fernando comenzó a extrañarse. ¿No le daría la absolución y calmar su conciencia? ¿Para qué quería saber de quién se trataba?

—Sí, padre, es mi pupilo. Aunque ya es mayor de edad, pero he dado mis votos de matrimonio a su hermana. Sé que podría ir a la horca.

—Entiendo, pero este es secreto de confesión, no temas —le decía Don Rafael—. Lo mejor será que alejes esa ocasión de pecado, hijo. Devuelve a ese muchacho a su hogar y busca a tu esposa, es lo mejor que puedes hacer.

—Padre, entonces ¿el matrimonio es válido?

—Sí, lo es.

—¿Me voy a condenar?

—Te has arrepentido hijo, *Ego te absolvo in nomine Patris et Filli et Spiritus Sancti*.

Fue el momento para Mariana, en lugar de hincarse frente al sacerdote como lo hacían los varones, se hincó a un lado, momento que no pasó desapercibido por el sacerdote.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebido.

—De que te acusas, hijo.

—Me acuso, padre, de que he incumplido el octavo mandamiento.

—Hijo, ¿por qué lo dices? ¿A quién has mentido?

—Le he mentado a mi esposo y a su familia

—¿Tu esposo has dicho? —Don Rafael estaba comprendiendo las cosas, sonrió, si estos muchachos no lo hubieran atado con la confesión, podría ayudarles. «*Señor, ayúdame a hacer tu voluntad*»

—Verá, mi nombre es Mariana, y para venir a conocer a mi esposo me vestí de varón. Sé que no es justificación, pero el capitán no iba por mí y yo quería conocerlo. ¿Qué puedo hacer?

—Lo que harás será decir la verdad a tu esposo y a su familia, esa es tu penitencia, tienes que pedir perdón por el engaño, cuando lo hagas, vuelve para darte la absolución.

—¿Me voy a condenar?

—Haz lo que te digo —Don Rafael sonrió—. Debes decirle la verdad a tu esposo.

Mariana desconsolada asintió, se iba ir al infierno por mentir. Y no sabía cómo decirle la verdad al capitán.

Cuando salieron de la Iglesia, Fernando le informó a Mariano que irían hacer una visita a su hermana Anastasia, quién los había invitado a una comida.

Capítulo 18. Una Penitencia y sospechas



Llegaron a la casa de los Flores de Abrego, se le hacía tan difícil aceptar que sus hermanitas ya eran unas señoras casadas. Mariana se sentó lo más apartado de los caballeros, a pesar de que trataban de incluirlo en la conversación.

Mariana no dejaba de pensar, tenía que decirle al capitán la verdad, pero no encontraba el momento.

Fernando observaba a Mariano, siempre que se tenía que reunir con grupo de caballeros, se le veía perturbado, se retraía y se sentaba lo más alejado del grupo de varones con los que hablaba su capitán. Parecía que tenía más confianza en conversar con las mujeres cuando ellas estaban presentes. A Fernando eso le causaba curiosidad, había viajado mucho y sabía que había hombres que abusaban de niños varones, cuando estuvo en la tribu, Domingo lo había protegido, igual cuando estuvo con los Dragones. Había hombres con mala sangre que se aprovechaban de niños y mujeres. Pero se preguntaba, ¿sería posible que Mariano hubiera sufrido algo así? No se lo iba a perdonar, cuando el general, padre de los mellizos, lo había mandado a llamar en su lecho de muerte, se los había encargado. Si su pupilo había sufrido algo así, él no se lo perdonaría, pero este sentimiento que despertaba en él debería desaparecer, iba a hacer lo que le había aconsejado su tío, iría a buscar a su esposa.

Mariana, inquieta, se puso de pie e interrumpió a los caballeros.

—Excelencia, disculpe la interrupción, pero ¿me permitiría ir a ver a los gemelos?

Marcos siempre le sonreía amablemente.

—Vaya, y si encuentra a mi mujer, díglele que se reúnan con nosotros, mi cuñado y mi hermano seguro quieren ver a los niños también.

Mariana salió corriendo del salón. Sin darse cuenta de que ella sería el tema de conversación entre los caballeros.

—Cuñado, necesitas cuidar más a ese muchacho. Es como raro, ¿no te parece? Siempre huye de estar reunido con nosotros. Parece que le incomodaran nuestras pláticas.

—Se siente cohibido. Sí, lo he notado, sobre todo cuando Francisco comienza con sus picardías —acotó Fernando

—¿Yo? Pero si ustedes son los que comienzan. ¿Cuándo nos presentarás a tu esposa?

—Pronto, Francisco, quiero ir a buscarla, ya cumplió la edad límite en el que le permiten estar en el colegio. Y tal vez después iniciaremos los trámites para anular el matrimonio —lo dijo

sin pensar, sabía que ese matrimonio no podía ser anulado.

—Pero ¿cómo? No entiendo. ¿Te casaste con ella para después anular el matrimonio? —indagó de nuevo Francisco

—Algo así. Solo era para protegerla. Era la única manera. Pero antes de decir más, tengo que ir a buscarla, y preguntarle que desea hacer.

—¿No te da curiosidad de saber cómo es? ¿Hace cuánto te casaste? —Ahora Marcos también trataba de averiguar las circunstancias de tan extraña unión.

—Ustedes dos son más entrometidos que mi madre y mis hermanas juntas —se carcajeó Fernando—. Pero debo confesar que tengo mucha curiosidad, le he preguntado a Mariano como es su hermana, pero no me dice nada, como si no supiera describirla o le diera vergüenza. ¡Y tengo tres años de casado! Solo conozco a mi esposa por carta y tiene una caligrafía hermosa.

En ese momento entraron al salón las damas con Mariano, que llevaba en brazos al niño que, al ver a su padre, le extendió los brazos inmediatamente. Marcos lo tomó en brazos y lo levantaba en el aire.

—No sé qué voy a hacer con él cuando tengas que irte a atender tus negocios, Marcos.

—En todos los viajes, si es posible, me los llevaré conmigo. No los dejaré —El pequeño comenzaba a moverse inquieto para que su padre lo volviera alzar—. Me vas a decir, ¿cuándo lo vestiremos como caballero? —Todos en la sala presente sonreían al feliz padre jugando con su hijo.

—Hasta que le cortemos la cola de diablillo. Además, ahora no podría, anda un poco rosadito.

—¿Y eso cuándo será?

—Cuando los bauticemos, que, por cierto, ya tenemos a nuestros hermanos aquí. Tienes que decirles.

—Es verdad, aprovechando que los tenemos aquí, deseamos que ustedes sean los padrinos de nuestros hijos. Pensamos que Francisco y Fanny, Fernando y su esposa. Pero ahora que me dice Fernando, es posible que pida la anulación, quizás no sea el momento de pedirselo.

—No creí que fuera por eso por lo que preguntabas por mi esposa, por lo que he leído en sus cartas, es una mujer muy agradable. Se lo escribiré a ver si acepta. Aunque exista anulación, tengo que seguir protegiéndolos a Mariano y a ella. Fue una promesa que hice al padre de ellos.

Mariana al escuchar a Fernando sintió que algo le oprimía el pecho, el capitán no quería seguir casado con ella, y pasando desapercibido aquello para todos los de la sala, se quitó una de las lágrimas con el dorso de la mano. Con el nudo en la garganta que le pedía hablar, lo hizo.

—Yo considero, que mi hermana estará encantada de ser madrina —dijo Mariano.

—Y nosotros, ¿de quién seremos padrinos? —preguntó Francisco, que tenía en brazos a la pequeña Isabel.

—Pues veo que Isabel está muy encariñada contigo, ¿te gustaría bautizar a Isabel? Y Fernando y su esposa a José Pablo —comentó Anastasia—. Por cierto, ¿cómo se llama mi cuñada? Ni tú, ni Mariano nos han dicho su nombre.

—Mariana —Tanto Fernando y Mariano dijeron al mismo tiempo el nombre.

—¡Ah! ¿Qué curioso no?, y tú ¿Mariano?

—Somos gemelos, como Isabel y Pablo.

Marcos hizo un pequeño carraspeo.

—Creo que le debo una disculpa, Mariano.

—¿Usted, Excelencia? ¿Por qué?

—Pensé que nos estaba jugando una broma, que se estaba haciendo pasar por su hermano. Que usted era ella. Imagino que como son gemelos tienen gran parecido.

Mariana se ruborizó, y sin darse cuenta contuvo el aliento un momento, la habían descubierto, «¿y si aprovechaba el momento y decía la verdad?», pensó. Pero el capitán merecía que ella se lo dijera primero, no delante de todos.

—¡Excelencia, qué imaginación tiene!, pero no, mi hermana está en un colegio en Guadalajara —respondió ruborizada, Mariana—. Pregunte al capitán, hace días recibió una carta de ella —Cada mentira le hacía enredar más las cosas. Así, ¿cómo iba a decir la verdad?, recordó lo mucho que le había costado responder a la carta del capitán, su nana le había enviado la carta del capitán, resguardado por otro sobre, y ella para que tuvieran los sellos de Guadalajara se la había enviado a su nana para que la pusiera en la diligencia del correo.

Mariana recordó esas semanas el mal humor de Fernando, cuando no recibía respuesta de ella.

—Sí, así es, por eso mismo, voy a ir a Guadalajara por ella —Fernando, respondió riéndose—. Ya es tiempo que salga de ese colegio y estando yo sin mis obligaciones en los Dragones, podré darles más atención a ella y a Mariano —Pero ese mal pensamiento de Marcos le había dejado pensativo.

«¿Y si Marcos tenía razón?», de pronto se quedó observando a Mariano. Viéndolo bien, si le pusieran un vestido, podría parecer mujer, si no hiciera por enronquecer la voz, como tantas veces lo hacía, podría decir que era mujer, tendría que hacer algo para saber la verdad.

Mariana, al sentir la mirada fija en Fernando, se sintió contrariada. ¿Acaso el capitán pensaba lo mismo que Don Marcos? «¡Dios mío ayúdame a decir la verdad!»

En su camino de regreso a casa, Mariana, no dejaba de ver a Fernando, quien, molesto le preguntó

—¿Qué quiere decirme? ¡Desembuche, ya!

—Perdón, capitán —bajó la mirada y se sonrojó—. Quisiera preguntarle, ¿es eso cierto, quiere pedir la anulación?

Fernando se incorporó en su montura y lo vio con interés. Su cabeza comenzó a elucubrar, cómo podía saber si tenía a Mariana en frente.

—Descuide, Mariano. Su hermana y yo estaremos casados hasta el fin de nuestros días, la anulación no es posible.

—No entiendo, capitán. Se lo dijo a su familia.

—Era una manera de que me dejaran tranquilo, hombre. No sabía cómo terminar con tantos cuestionamientos. ¿Cree usted que su hermana le agrade estar casada conmigo?

—Yo estoy segura..., seguro, capitán —Fernando hizo una mueca de sonrisa.

—Entonces iré por su hermana y usted regresará para casarse.

—Ahora es momento que hablemos de cosas de varones. ¿Ha intimado con una mujer? —Fernando casi suelta una carcajada al ver a Mariano ruborizarse.

—Por supuesto que no, capitán, yo soy...

Fernando se incorporó más en su asiento.

—¿Usted es...?

—Yo soy fiel a mi prometida.

Fernando quedó decepcionado, esperaba, es más, deseaba que le dijera que ella era Mariana.

—Quizás debería de llevarlo a cierto lugar, usted sabe..., necesita tener experiencia.

—¿Usted, capitán? ¿Y casado conmi... con mi hermana?

—¡No, como cree!, eso fue antes de casarme con su hermana. Además, mis obligaciones con los Dragones me impedían buscarme una mujer.

—No creí que eso se pudiera hacer sin estar casados. Entonces, ¿usted si ha tenido muchas mujeres?, ¿sabe cómo se hacen los bebés?

Fernando soltó una fuerte carcajada, no había esperado que el muchacho fuera tan inocente, hablaba más como una mujer que como un varón.

—¡Claro que lo sé, muchacho!, no era célibe hasta que me casé con su hermana. Si su hermana no quiere llevar una vida de matrimonio, quizás me busque una amante —Fernando lo dijo a propósito, tal vez despertando los celos podría conseguir que dijera la verdad, pero no resultó, a su vez recibió una pregunta que no esperaba.

—Usted, ¿quiere hacer vida de matrimonio con mi hermana?

—Si ella lo desea, por qué no. En todo caso, no hay manera de arrepentirse, muchacho, hicimos nuestro juramento. Pero volviendo al tema, ¿ha visto desnuda a una mujer?

—¡Pues claro! —dijo una respuesta apresurada y se tapó la boca de inmediato, sonrojándose más si podía. Hubiera querido tener un abanico, porque la conversación la estaba haciendo acalorarse. Se preguntaba si Fernando no pensaría que ella estaba mintiendo, porque no le decía nada.

Capítulo 19. Falsas pretensiones



San Nicolás de la Capellanía.

Comenzaron los preparativos para el bautismo de los mellizos Flores de Abrego, habían decidido que todas las familias se trasladarán a la finca Guerra Cañamar. Francisco y Estefanía, como vivían en la finca Flores de Abrego y estaba muy cerca, no vieron necesidad de trasladarse.

Esa mañana, el carruaje de uno de los invitados llegó a la puerta, Anastasia se apresuró a recibirlos, y descendió Carlota de Casaferniza, amiga de Estefanía y de Francisco. Carlota era prima de la difunta prometida de Francisco.

—Anastasia, es un gusto volver a verte. Agradezco la invitación, quiero conocer a los bebés. Fanny me ha contado de ellos, y te estoy muy agradecida que me des hospedaje.

—¡Bienvenida!, nada que agradecer, eres amiga de Fanny. Espero te sientas en tu casa, lamentamos no poder hospedarte en casa de mis padrinos, pero también tendremos invitados hospedándose ahí.

—No te preocupes, yo encantada, me gusta mucho la capellanía. ¡Esa acequia es una maravilla!

—Lo es, la acequia es uno de mis lugares favoritos aquí.

—En lo que bajan tu equipaje y te preparan la habitación, puedes ir a recorrer la finca, y perdona que no te acompañe.

—Buenas tardes, Ana —Fernando se acercó y le dio un beso en la frente.

—Mira hermano, te presento a la señorita Carlota de Casaferniza, es nuestra invitada y amiga de Fanny.

Carlota agitaba las pestañas con coquetería, su abanico danzaba en el aire mientras le daba la mano a Fernando, quien, en respuesta, le concedió un besamanos. Anastasia observaba la escena y no le pasó desapercibida la actitud sugerente de Carlota. Con cautela, prosiguió con la presentación, sumergiéndose en la incertidumbre que la presencia de Carlota parecía traer consigo.

—Mi hermano Fernando, está casado, estamos esperando que vaya por su esposa, son los padrinos de Pablo.

Carlota se decepcionó, cuando conoció a Fanny, esta le había prometido que le presentaría a su hermano.

—Fanny no me había dicho que fueras casado.

—Mi hermana no lo sabía.

—¡Capitán! —Interrumpió Mariano—, la yegua está pariendo, Juancho me mandó a buscarlo.

Mariano no escapó al astuto escrutinio de Carlota, quien lo contemplaba con una mirada traviesa y sugestiva. Mariana, incómoda por la situación que ya había vivido en el pasado, con sus recientes amigas, decidió ignorarla y mantenerse alejada, presintiendo que la presencia de Carlota le iba a traer problemas.

—¿Y quién es este apuesto joven? —inquirió Carlota, desplegando su encanto con destreza.

—Es Mariano, mi pupilo —respondió Fernando, notando la astucia evidente de la invitada de su hermana—. Es hermano de mi esposa y está comprometido.

—¡Pero es tan joven!

—No tan joven, señora, tengo dieciocho años.

—¡Vamos! —Fernando tomó del brazo a Mariano, nunca lo había visto tan incómodo con una mujer y decidió ayudarlo

Como presentía Mariana, Carlota la buscó en las caballerizas, donde la encontró cepillando a uno de los caballos del capitán. Cada miembro de los Dragones tenía doce caballos de su propiedad; al darse de baja, se les entregaban estos animales. Mariana disfrutaba cuidar de los animales y lo hacía con esmero.

—Buenas tardes, Mariano, un día debería invitarme a montar.

—Tendría que pedírselo a alguien más, señora, yo solo soy un invitado de mi capitán.

—Entiendo, y no soy señora, soy señorita, pero puedes decirme Carlota.

Desde lejos, Fernando los observaba, y la actitud de Mariano lo dejó más confundido. Si de verdad era Mariana, ya había tenido su oportunidad de decirle la verdad, y el hecho de que no lo hiciera sugería entonces que no estaba mintiendo. «¡Dios! *Me voy a condenar*», en su fuero interno pedía qué Mariano fuera realmente su esposa.

La insistencia de Carlota se intensificaba. Mariana procuraba distanciarse de la familia, una decisión que le resultaba dolorosa, ya que, como consecuencia de sus desaires, Carlota dirigía su artillería de conquista hacia Fernando. En una de esas tardes, Fernando compartió la información con Mariana.

—Ya está decidido, mañana nos iremos a Guadalajara, iré a buscar a su hermana.

Mariana sonrió emocionada, pero de pronto se le borró la sonrisa, era momento de decirle la verdad a Fernando.

—Capitán, necesito hablar con usted.

—Será mañana, muchacho, tengo que ir a hablar con mi padre y avisarle que salimos mañana a Guadalajara.



Mariana se levantó muy temprano esa mañana, tenía que hablar con Fernando, se había levantado con la dolencia, al hacer la cama se dio cuenta.

«Dios, ahora que iba a hacer» La nana Eulogia siempre hacía las camas o mandaba a la

mucama, pero no podía permitir que nadie viera las sábanas. Escuchó que llamaban a la puerta.

—Mariano, ¿ya ha despertado?

—Sí, capitán, enseguida voy —con la prisa, solo extendió la sábana cubriendo la mancha y salió de su habitación.

—Ya están enterados mis padres, les informé que volveré con su hermana.

—De eso quiero hablarle, capitán.

—Primero, vaya a avisarle a Juancho que más tarde salimos, que prepare el carruaje y los caballos. Lo espero en el comedor.

Mariana se apresuró a salir a buscar a Juancho y Fernando se dirigió al comedor. Todo estaba tranquilo, parecía que aún estaban durmiendo. Sus padres habían salido muy temprano, pero los demás, quizás estuvieran dormidos todavía.

La Nana Eulogia se disponía a entrar a la habitación que ocupaba Mariano, cuando de esta salía Carlota.

—¡Niña!, pero, ¿qué hace aquí? —preguntó escandalizada la nana Eulogia—. Estas son las habitaciones de los varones.

—Lo sé, Nana. Solo vine a buscar a Mariano para que me invite a montar —respondió Carlota con fingida inocencia.

—¡Pues, puede pedírselo en el salón, como haría una señorita decente!

—¡Oh, si Nana! Qué vergüenza, no les digas a la familia que he cometido esta imprudencia, ¿me lo prometes?

—Prometido, pero ande, ¡váyase de aquí! —la apresuró a que se retirara.

Tras la salida de Carlota, la nana Eulogia entró para cambiar la cama de Mariano.

Mientras Fernando se preparaba para sentarse a desayunar, unos gritos histéricos resonaron de repente, obligándolo a levantarse y dirigirse hacia el lugar de la conmoción: la nana Eulogia.

—¡Niño Fernando! —gritaba alterada la Nana Eulogia, saliendo de la habitación de Mariana.

Fernando salió al pasillo al escuchar a la nana.

—¿Qué pasó, nana? —inquirió acercándose.

—El niño Mariano...

—¿Qué hizo Mariano, nana?

—Ha deshonrado a la señorita Carlota, se aprovechó de ella, miré nada más —informó, enseñándole el lío de sábanas que había recogido de la cama de Mariana.

Mariana, al escuchar los gritos en el pasillo, se acercó para enterarse qué sucedía.

—¿Qué ha hecho quééé? ¿Es verdad Mariano?

—No sé de qué está hablando la nana, capitán

La nana Eulogia miraba a Mariana con ojos de reproche.

—Ni mi niño Fernando se ha comportado así. Mire que mancillar el honor de una dama bajo el techo de mis patrones —reprendió a Mariana, acentuando la gravedad de la situación.

Al ver lo que tenía en las manos la nana, el color de sus mejillas desapareció.

—¿De dónde ha sacado esa ropa, nana? —Mariana ya lo sabía, pero en su propio terror quería fingir que no había sucedido. La habían descubierto.

—Vamos al salón —ordenó Fernando—. Llama a Carlota y dile que venga, y manda llamar a mis hermanas. Estefanía es la anfitriona de Carlota y debe de estar enterada.

Entraron al salón y Mariana, nerviosa, se sentó en uno de los sillones.

—No le he dado permiso para que se siente.

De inmediato, Mariana se puso de pie excusándose.

—¡No lo puedo creer, Mariano! Pensé que era otra clase de persona. Mire que aprovecharse de una dama... ¿No ha dicho que estaba comprometido? ¿Qué respeto le tiene a su prometida?

Mariana quiso responderle. «*Como se atreve, el capitán era su esposo y había tenido sus quéveres con esa mujer, Casilda, y ella no había dicho nada*»

Llegó Carlota, vio a Mariano con la cabeza agachada, con las manos al frente y los dedos entre cruzados en señal de derrota, Fernando lo estaba regañando.

—¿Me llamaba, Fernando? —Veía a Mariano con burla, no sabía por qué lo estaban reprendiendo, pero ella iba a aprovechar y a vengarse por su humillación. Que la despreciara un hombre como Fernando era de esperarse, pero, un mozalbete como él, ¡no se lo iba a permitir!

—Pasa, Carlota. Quiero mostrar mi sincera pena y decirte que haré que aquí, Mariano, repare su falta. Yo, aunque ya no soy su tutor, pues él es mayor de edad, le voy a obligar a que te responda.

—Capitán, pero yo no... no puedo... —decía una Mariana titubeante.

Estefanía entró al salón y atrás la seguían Anastasia y Marcos, que al escuchar la discusión y darse cuenta de que Fernando había mandado a llamar a Estefanía, decidieron reunirse también.

—¿Qué pasa Fernando, porque tanto griterío? Menos mal que padre y madre no están.

—Lo siento, hermana. Pero ha ocurrido algo verdaderamente bochornoso, no pensé que traer aquí a Mariano iba a acabar en tragedia, pero les prometo que haré que este muchacho le responda a Carlota.

Anastasia y Marcos dirigieron su mirada a Mariana, que estaba pálida sin saber qué decir.

—No entiendo, hermano, puedes explicarnos ¿a qué te refieres?

—Aquí, Mariano, anoche, faltando al respeto que merece esta casa, llevó a sus habitaciones a Carlota, comprenderás sus intenciones, no quiero ofender más a Carlota repitiendo la villanía de Mariano.

—Pero no puede ser, si Mariano es muy buen muchacho, diga la verdad Mariano, ¿es cierto? —preguntó incrédula Estefanía.

Mariana, con los ojos cargados de lágrimas que estaba por derramar, miró a Estefanía, en señal de esperanza. ¿Era posible que Estefanía si le creyera?, negó con la cabeza.

Estefanía se giró a ver a Carlota y la cuestionó

—¿Es verdad Carlota?, fui... fuiste a la habitación de Mariano?

Carlota, de manera altiva y creyéndose apoyada por Fernando, levantó la cara y dirigiendo su mirada a Mariano, le respondió a Estefanía

—¡Oh! Fanny, no sabes qué desdichada soy, no pensé que este joven tendría malas intenciones —«*qué tanto era una mentirilla, después diría la verdad y todo arreglado*», pensó.

Marcos y Anastasia miraban a Carlota y negaban con la cabeza, no creían lo que decía.

—Bueno, ya están enterados —interrumpió Fernando—. Ahora, me encargaré que Mariano responda a la señorita Carlota —Y se giró para salir del salón.

Mariana corrió y lo agarró del brazo.

—¡Por favor, capitán! ¡Escúcheme!, yo no me puedo casar con la señorita Carlota, por qué yo soy... yo soy...

Fernando se giró y estiró su brazo para que dejara Mariano de agarrarlo.

—Usted es un sinvergüenza, poco hombre y si se niega a casarse con Carlota buscaré la manera de hacerlo yo —le gritó y volvió a girarse para salir.

—¡Capitán, por favor! —Imploraba Mariana—. ¡Escúcheme! —volvió a seguirlo, mientras lo

tiraba del brazo

Fernando, sumido en la ofuscación, se zafó con fuerza del brazo que Mariana sujetaba. Giró con furia y, con el puño cerrado, descargó un golpe contundente en la mandíbula de Mariana. El impacto hizo que Mariana cayera al suelo, golpeándose con dureza en la cabeza y sumergiéndose en la inconsciencia. Un grito de sorpresa escapó de todos los presentes; la conmoción se apoderó del lugar al ver a un hombre tan fuerte y alto como Fernando agredir a un muchacho que, a todas luces, era casi un niño.

—Pero, ¿qué has hecho, hombre?! —exclamó Marcos acercándose para atender a Mariano. —Si es un niño.

—No le hagan caso, ha de ser una treta para no cumplir con su deber —dijo Fernando.

—¿Cómo puedes ser tan insensible? —le recriminó Anastasia a su hermano—. ¿Ves lo que has provocado? —acusó a Carlota.

—Yo no quería... —señaló Carlota al sentirse culpable.

—Vamos a llevarlo a su habitación, cielo —señaló el Marqués mientras tomaba en brazos al inconsciente Mariano—, y tu Fanny manda llamar al médico.

Fernando los siguió con la culpabilidad reflejada en su rostro. Marcos acostó en su cama a Mariano, mientras Anastasia preparaba las sales para hacer reaccionar a Mariano.

—Nana, manda a traer agua fresca y lo necesario para curarle el golpe, mira cómo se le está hinchando.

—Sí, mi niña, yo lo siento, no quería que esto pasara. Pero este niño es mala semilla, mira que traer a una dama a sus habitaciones.

—Anda Nana, ve a traer lo que te pido. Mi amor, podrías ayudarme a quitarle la camisa a Mariano, hay que dejar que se ventile y que pueda respirar mejor.

Capítulo 20. Revelación



Marcos se dispuso a desabrochar el saco y la camisa de Mariano, comenzando por el saco con la colaboración de Fernando. Este, al ver a Mariano inconsciente, empezó a experimentar remordimientos.

—Deja la camisa en mis manos, vete de aquí, Fernando. Creo que no estás en condiciones —añadió Marcos, preocupado por el estado de Fernando.

Y le comenzó a desabrochar la camisa, encontrándose con la sorpresa que Mariano tenía, a la altura del pecho, vendajes apretados.

—¡Dios mío! —inmediatamente cerró la camisa y Fernando se acercó curioso para ver que había visto Marcos—. Ana, ¿podrías acercarte?

—Sí, ¿qué pasa? —se acercó a un lado de la cama con el frasco de sales.

—Creo que es mejor que tú ayudes a... a... —señalándole a Mariano y la parte de la camisa casi desabrochada.

Anastasia se acercó y sin ningún miramiento, pues no había entendido que había querido decir su esposo. Abrió la camisa, y lo comprendió. Con la boca entreabierta por la sorpresa le quitó el vendaje que oprimía el pecho y se apresuró a cubrir a Mariana con una sábana.

—¡Es mujer! —señaló Anastasia cubriéndose la boca con la mano emitiendo una risita—. ¡Tenías razón, Marcos!

—¿Qué has dicho? —preguntó Fernando que estaba cerca de la puerta, todavía con el rostro desencajado.

—Ven que te lo explico yo —Marcos le pasó el brazo por los hombros para acompañarlo a salir.

Cuando ya estaban en el pasillo, Fernando sin previo aviso, se giró y le propinó un puñetazo que lo hizo caer.

—¿Y esto por qué ha sido? ¿Te has vuelto loco? —le recriminó Marcos con la mano en la mandíbula y tratando de incorporarse.

—¡Esto ha sido por haberle visto sus... sus pechos... a mi mujer! —le reprochó mientras le tendía la mano para ayudarlo a levantarse.

—¿Y yo que iba saber que era tu mujer? Además, no le vi nada, solo el vendaje, ¿No que quieres anular el matrimonio?

—¡Soy su esposo, ya hicimos nuestra promesa de matrimonio, no hay anulación! —vociferó

Fernando.

—¡Te dije que algo ocultaba!

—Buena la hizo. ¿Eh? Pero no entiendo, ¿por qué vestirse de varón? —inquirió Fernando.

—Escucha antes que explicación tiene que darte. ¡Sin puños por favor! —expuso Marcos, mientras seguía masajeándose la mandíbula.

—¡Dios! Soy una bestia, si hubiera sabido que era mujer... —Se sentía aún más culpable, porque presentía que lo era.

—Pero es un jovencito. ¿Cómo te atreviste a golpearlo? ¿Nunca se te pasó por la cabeza que fuera mujer?

—Sí, muy dentro de mí lo pensaba. Pero es que, si la vieras con la espada o con el arco como yo la he visto, le hubieras creído que era varón. No me extraña de la hija de un General, no es difícil pensar que tenga esos conocimientos.

En la penumbra de la habitación de Mariana, Anastasia aguardaba con ansias su reacción. Mariana abrió los ojos, su cabeza giró con cierta confusión, pero al recordar lo sucedido, intentó incorporarse

—No te levantes todavía, descansa un poco más —indicó Anastasia tomando asiento junto a su cama—. ¡Nos engañaste muy bien! —añadió, esbozando una ligera sonrisa.

Mariana vio a donde se dirigía la mirada de Anastasia y se cruzó de brazos.

—¿Ya lo sabe mi capitán?

—Sí, y también mi esposo. Has de disculpar a Marcos, él no sabía que eres una dama y trato de ayudarme a desvestirte.

—¡Dios mío, qué vergüenza! —exclamó Mariana, cubriéndose la cara con ambas manos.

—¿Me vas a contar porqué te vestiste de varón? Tú eres Mariana, ¿cierto? La esposa de mi hermano.

—Es largo de contar, pero mi capitán tardaba tanto en ir por mí y yo quería conocerlo, como verá...

—Si eres la esposa de mi hermano —Anastasia la interrumpió—, somos familia, así que puedes tutearme. Ahora, sigue contándome.

—Mi hermano Mariano no me dejaba viajar sola, como sabes es peligroso para una dama hacer esa travesía.

—¿Y él no podía acompañarte? —Preguntó más interesada Anastasia—. Dame un momento, esta historia la tiene que conocer Fanny, luego se molesta por qué no se entera.

Al ver que Mariana intentaba incorporarse la detuvo.

—Sigue en la cama, ya vuelvo y por mi hermano no te preocupes, él comprenderá.

Mariana quedó sola en la habitación, miraba hacia el techo, se preguntaba qué haría y que reacción tendría el capitán.

En el salón se encontraba Estefanía con Carlota, le cuestionaba como había dicho semejante mentira.

—¿Ves lo que ocasionaste, Carlota? Me habías dicho que tenías pretendiente.

—Lo sé, Fanny, perdóname. Me dio tanto coraje que ese muchacho no respondiera a mis coqueteos.

—¡Válgame, Dios!, y, ¿por qué le coqueteaste?

—Necesitaba que llegara a oídos de Ramón que había alguien más cortejándome. Pero no le quise hacer ningún daño a ese muchacho, te prometo que no hubo nada inapropiado. Ese muchacho es todo un caballero...

En ese momento entró Anastasia.

—¡Fanny, necesito que vengas conmigo!!

—Espera Ana, a... a... aquí Carlota me está diciendo que Mariano es inocente.

—¡Pues claro que es inocente! Pero ven conmigo. Y contigo hablaremos luego, Carlota — Anastasia le apuntó con el dedo con voz amenazadora.

Carlota tragó saliva y abrió los ojos. «*En que lío se había metido*», pensó.

Cuando entraron a la habitación de Mariana.

—Mariana, aquí esta Fanny, ahora sí cuéntanos.

—Ma, Ma, Mariana... ¿Has dicho Mariana?

—Sí, Fanny, aquí nuestra cuñada se hizo pasar por su hermano. Como sé que siempre dices que eres la última en enterarte, he ido por ti para que nos cuente a as dos.

En ese momento tocaron a la puerta.

—Por favor si es el capitán..., todavía no estoy preparada...

—Tranquila, no lo dejaré entrar.

Anastasia salió de la habitación de Mariana.

—¿Cómo está Mariana? —Preguntó preocupado Fernando, al lado de él se encontraba Marcos.

—Ya está bien, pero tiene miedo. Teme a tu reacción.

—Solo quiero hablar con ella, disculparme.

—Dale tiempo, hermano. Eres tan estricto que a veces eres de temer y la entiendo.

—Cuídala, por favor.

—Lo haré, anda vete a hablar con Marcos y Francisco. Piensen que les diremos a padre y a madre.

En el salón se encontraron a Carlota, al verlos entrar se puso de pie rápidamente y se acercó a Fernando.

—Capitán, lo siento mucho, no pensé que mi mentira pudiera causar daño.

—Está bien, Carlota. Pero, me puede decir ¿por qué hizo eso?

—Fue una locura, al escuchar de que acusaban a Mariano aproveché. Verá, sé que no es excusa, pero, yo tengo un pretendiente, quería darle un empujoncito a que me pidiera en matrimonio y como no lo hacía, pensé que, si se enteraba que estaba siendo cortejada por otro caballero, se animaría.

—¡Ha hecho mal, Carlota!, ¿no pensó en su reputación? Menos mal que con Mariana estaba a salvo.

—¿Ha dicho Mariana?

—Sí, Carlota, Mariano en realidad es Mariana, mi esposa. O bueno, ya ni sé que somos, todos se han encargado tanto en decirme que esos votos que juramos no valen, que no sé...

—Nadie te ha dicho eso, Fernando —intervino Francisco—. Solo que necesitan ir con el tío Rafael.

Don Rafael Ramos era el párroco de San Nicolás de la Capellanía, y tenía en gran estima a las dos familias, Guerra Cañamar y Flores de Abrego.

—Quizás él podría decirte que debes hacer, tengo entendido que esos votos son reconocidos y avalados por la iglesia, pero para hacerlo más legítimo, deberían de presentarse los dos.

—Esperaré a que Mariana esté bien y que me diga si quiere legitimar nuestra unión. Aunque el sacerdote que me tomó los votos dijo que no había vuelta atrás, incluso sé que si hubiera un hijo antes de ir a la velación ese hijo es legítimo.

—Lo ves, estás más enterado que nosotros. ¿Y qué piensas, ahora que ya conociste a tu esposa?

—Lo cierto es que quisiera legitimar este matrimonio, esperaré a madre para que hable con el tío Rafael.

Marcos y Francisco se miraron con picardía, Fernando estaba enamorado.



Las gemelas hablaban con Mariana, querían que les contara todas las aventuras que había pasado hasta llegar allí.

—Mariana, eres muy valiente. Ahora dinos, ¿te agrada nuestro hermano? Es lo que esperabas.

—Lo cierto es que admiro mucho al capitán. Es muy buen hombre, caballero, gallardo, valiente. Creo que mi padre no se equivocó al elegirlo como mi esposo. Aunque me hubiera gustado conocer... —se calló, como iba a decirle a las hermanas del capitán que a ella le hubiera gustado que su padre la comprometiera con Blas.

—¿Qué ibas a decir? —Inquirió curiosa Estefanía—. Acaso dejaste un pretendiente en la provincia de Guadalajara.

—¡Oh! No, como creen, salí de colegio donde estaba interna para esperar a mi esposo. Pero ahora no sé qué dirá el capitán, parece que no hubiera querido conocerme.

—¿Por qué dices eso?

—Nunca fue a verme, y en sus últimas cartas no mencionaba que quisiera ir por mí, decía que tenía que terminar el colegio.

—Bueno, ya tendrás tiempo de aclararlo con mi hermano, lo único que te puedo decir es que él sí te nombra como su esposa.

—Pero tiene una amante —se le salió decir

—¿Fernando? ¿Quién es? ¿Lo sabes?

—Ana, seguro lo sabe. Se la pasaba con nuestro hermano día y noche. Lo que no entiendo es, ¿cómo no te descubrimos antes? —preguntó Estefanía

—Siento haberles mentido —dijo Mariana bajando la mirada—, yo solo me vestí de varón para poder viajar.

—Te entendemos, y no te preocupes, Fernando lo comprenderá. A veces mi hermano es duro, pero fue por lo que vivió de niño —le dijo Anastasia mientras se sentaba a un costado de la cama y le palmeaba la mano a Mariana en señal de apoyo.

—¿Qué le pasó al capitán de niño?

—Es mejor que Fernando te lo cuente.

En ese momento llamaron a la puerta, era Carlota que quería despedirse, no sin antes pedirle perdón a Mariana.

—Ya entiendo por qué no respondía a mis coqueteos, si fea no soy.

Todas se rieron.

—Carlota, le pido por favor que no diga nada de esto, todavía me da vergüenza haber engañado a todos.

—¡Ah!, no se preocupe. Después del momento bochornoso, me ha parecido muy gracioso. Pero la que está apenada soy yo, si no hubiera mentido, el capitán no la hubiera golpeado, será mejor que me despida y regrese a mi casa.

—No, ¿cómo te vas a ir? El bautizo es en unos días. Espera, por favor —le pidió Anastasia.

—Gracias a usted el capitán pudo enterarse de quien soy —comentó Mariana—, la verdad es que me ayudó, no sabía cómo revelar mi identidad.

En ese momento entró la nana Eulogia, acompañada de una mucama que llevaba una charola con el almuerzo.

—La niña Mariana necesita comer algo, ya me parecía que estaba muy flacucho para ser un varón.

Todas en la habitación se rieron.

—Gracias, nana, pero no podría comer todo eso.

—Solo coma lo que quiera —se acercó y le tomó una mano—. ¡Perdóneme, niña!, si me hubiera dicho quién era, yo la habría ayudado.

—Lo sé, nana, pero sentía que el primero que debería enterarse era el capitán —mientras le palmeaba suavemente la mano que tenía sobre la de ella.

Capítulo 21. Aclaraciones



Joaquín y Rosario se encontraron con parte de su familia en el salón.

—¿A qué se debe esta reunión de caballeros? —girando la cabeza para ver a su hijo y a sus dos yernos —¿Dónde están las niñas y Mariano?

—Anastasia y Estefanía están con mi esposa, padre.

Rosario, sin esperar a que comentaran más, se fue a las habitaciones.

—Madre no me ha dejado explicarle, pero Mariano en realidad es Mariana, mi esposa.

—Pues explícamelo a mí —le respondió un Joaquín un poco sorprendido, se acercó a la licorera que tenían en el salón y se sirvió un vaso de vino.

—Pasó algo, que prefiero omitir —haciendo referencia a como comenzó todo—. Tuve una discusión con Mariano y lo golpeé, perdió el conocimiento, mientras Anastasia y Marcos lo atendían, lo descubrieron.

Joaquín lo escuchaba sorprendido, y bebía.

—¿Cómo fuiste capaz? ¡Es casi un niño!

—Lo sé, padre. Yo sospechaba que algo así estaba ocultando, pero es que es tan buena con las armas, con los caballos es magnífica, eso me convencía de que mis pensamientos estaban equivocados.

—Entiendo, pero tú tienes dos hermanas, y no se han criado con las etiquetas de rigor, ¿no sospechabas nada?

—A veces, padre. Hasta le pregunté a madre cuando es que me había cambiado la voz, por qué Mariano se estaba tardando, ahora ya que lo sé, entiendo que fingía la voz. Pero no se enfade, padre

—¡Claro que no!, y menos si desconozco las razones de esa muchacha para haber hecho eso. Pero no te puedo negar que me parece gracioso. De modo que todo este tiempo hemos tenido a nuestra nuera entre nosotros —se rio con sonoras carcajadas.

Rosario en el pasillo se encontró con la nana.

—Dime, nana ¿cómo es? ¿Dónde está?

—¿Cómo es quién? ¿Dónde está quién?

Rosario hizo una mueca.

—¡La esposa de Fernando!

—Esa muchachita la supo hacer, pero entra para que te expliquen —comentó mientras le

señalaba la habitación de Mariano.

Rosario llamó y asomó la cabeza antes de entrar.

—¿Se puede?

—¡Claro que sí, madre, pasa! —Anastasia le abrió más la puerta y la hizo entrar.

—Madre, te presento a Mariana, tu nueva hija.

Rosario se tapó la boca con una mano, sorprendida al ver el gran moretón que tenía Mariana en casi toda la mejilla y poquito del parpado. Se había soltado el cabello y le caía sobre los hombros, usaba un camisón que Anastasia le había prestado.

—¡Santo Cristo! ¿Pero quién te hizo eso?

—¡Tu hijo! —contestaron al unísono Anastasia y Estefanía

—Pero, ¿por qué? Fernando no es agresivo —señaló mientras se acercaba a la cama al lado de Mariana y se sentaba a un costado.

—¿Llamaron al médico? —preguntó Rosario. Mientras que extendía una mano para acariciarle la mejilla, pero se detuvo.

—Sí, madre, y Anastasia le puso unos remedios de los que ella sabe —respondió Estefanía.

—Voy a hablar con Fernando, no le voy a permitir que te trate así —expresó Rosario con un nudo en la garganta, que no pasó desapercibido para las otras tres mujeres que estaban en la habitación.

—No le diga nada, por favor, Doña Rosario —le detuvo la mano mientras que Rosario se ponía de pie—. En realidad, este golpe se lo dio a Mariano, el capitán no sabía que era yo.

—Pero, ¿qué dices? ¡Fernando no debió, no lo justifiques!

—Déjenos contarle primero —le pidió Mariana.

Después de contarle entre las tres mujeres lo que había sucedido, Rosario asintió. Con la vida de maltratos que ella había padecido y que sus hijas desconocían, sintió que debía proteger a Mariana, aunque le doliera el corazón, su hijo la iba a escuchar.

Joaquín y Rosario se reunieron con Fernando en el despacho, no se esperaba la reacción de sus padres, él había pensado que reaccionarían mal con Mariana, pero había resultado todo lo contrario.

—El matrimonio no se puede anular hijo, ya lo sabes, pero no te vamos a permitir que le des a esa muchacha una vida de golpes y maltratos, se quedará aquí con nosotros, tú puedes irte a la casa de la Villa o a la hacienda.

—¡Por favor, padre! Nadie me ha permitido explicarme, ni siquiera ella ha permitido que le pida perdón. No sabía que era ella, y ese golpe..., ese golpe fue un arrebato, no quería hacerle daño. No quiero separarme de Mariana, la quiero. ¡Dios! Estaba sumido en un infierno pensando que me estaba enamorando de un hombre —se sentó Fernando en el sofá del despacho, cubriéndose la cara con ambas manos y los codos apoyados en las rodillas—. ¿Por qué nadie me quiere escuchar?

Rosario, al verlo tan angustiado, se fue a sentar a su lado y lo abrazó.

—Te entiendo hijo, y si te hubiera confiado mis sospechas, quizás no te hubieras sentido tan mal.

Fernando levantó la cabeza y miró a su madre.

—¿Sospechabas que era Mariana?

—Tenía una ligera sospecha, sí. Pero tranquilo, mandaré a decirle a Mariana que quieres verla. Lo harás delante de nosotros, ya después habrá tiempo que hables con ella a solas. Debes comprenderla, tiene miedo de que estés enojado con ella, dice que no toleras las mentiras, y que

por eso se le hizo más difícil decirte la verdad.

—¡Qué tonta! ..., perdón, madre —lo dijo apenado al darse cuenta de que lo había dicho en voz alta delante de su madre—. Y yo sufriendo por qué no me decía la verdad.

Anastasia entró a la habitación de Mariana, ya era por la tarde y los invitados al bautizo estaban llegando a ambas fincas.

—Perdona Mariana que no te haya atendido, han estado llegando los invitados, pero no te preocupes, esta área de la casa solo es para la familia, nadie puede entrar.

—No te preocupes, Ana. Bastante has hecho por mí, gracias.

—Mi hermano quiere entrar a verte, mis padres no lo quieren dejar entrar solo, así que me mandaron a preguntarte si puedes recibir a toda la familia para saludarte.

—¡Oh! Qué pena —dijo arreglándose el cabello y el camisón—. No quisiera recibirlos aquí en la cama, ¿me ayudas a llegar al sofá?

—Te puedo ayudar, pero no es necesario que te levantes, sé que estás mareada, no esperaba que oler las sales te pusieran peor. ¡Quédate aquí, no te preocupes, solo te arreglaré un poco!

Momento después entró toda la familia, incluidos los mellizos de Anastasia. Fernando se quedó frío, no se imaginó que el golpe que le dio había sido tan fuerte. Se comenzó a culpar, y agachó la cabeza. Cosa que intimidó a Mariana, ella quería ver en los ojos del capitán si la había perdonado por su mentira.

Para romper el silencio, Joaquín habló:

—Quiero darte la bienvenida a la familia, y no te preocupes por nada, si nos quieres contar algún día porque llegaste así, te escucharemos.

—Gracias, Don Joaquín.

—Bienvenida a la familia, hija —Se acercó Rosario y le beso la mejilla que no tenía herida.

—Gracias, Doña Rosario —sonrió y bajó levemente la vista, pues sentía la mirada de Fernando en ella.

—¡Ah, ah! —dijo Rosario negando—. ¿En qué quedamos?

—Gracias, madre —repitió abrazando a Rosario.

Toda la familia se retiró para dejarla descansar, cuando comenzó a oscurecer, Mariana, desesperada, se puso de pie, y decidió ir a hablar con Fernando, quería pedirle perdón y saber que iba a hacer con ella ahora que sabía que era su esposa.

Cuando salía al corredor se tuvo que esconder detrás de una de las columnas, escuchó cuchicheos, y risas, después vio pasar a una pareja, cuando pasaron enfrente de una de las farolas los pudo ver bien, era Joaquín que llevaba en brazos a Rosario y ella le rodeaba el cuello con los brazos. Mariana sonrió, como si se hubiera enterado de un secreto, se tapó la boca, no quería que la escucharan. Esperó a que pasaran y se dirigió a la habitación de Fernando.

Entró a la habitación de Fernando sin llamar, y se lo encontró en un rincón de la habitación, con las piernas extendidas en uno de los brazos del sillón, tenía un vaso de vino en la mano, con la mirada perdida en las llamas de la chimenea.

—¿Capitán, podemos hablar?

—¡¿Qué demonios?! —se levantó Fernando un poco asustado.

Mariana estaba ante él, ataviada con el camisón y el cubre camisón de Anastasia. Sus cabellos, con bucles rebeldes, caían graciosamente sobre sus hombros. Su presencia irradiaba una elegancia etérea, como en sus pensamientos cuando la imaginaba vestida de mujer.

—¿Qué haces aquí, Mariana?

—Deseo hablar con usted. Ni siquiera fue a verme, quiero pedirle perdón, yo no le quería

mentir.

—¿Y por qué lo hiciste? —inquirió mientras se aproximaba a ella y la convidaba a ocupar el sofá donde él había estado sentado. Luego, tomó asiento a su lado.

—Aquel día que llegué a buscarlo lo escuché, dijo que odiaba las mentiras, estaba castigando a un hombre por haber dejado entrar a una mujer a sus habitaciones, y... y me dio miedo, pero luego quise decirle la verdad, se lo juro, pero siempre...

—...pasaba algo que lo impedía —dijeron ambos al mismo tiempo, como si Fernando lo comprendiera.

—Me vas a decir, ¿por qué te arriesgaste? ¿Por qué disfrazarse?

—Me echaron del colegio —Mariana bajo la mirada y jugaba con sus pulgares mientras tenía sus otros dedos entre cruzados—. Usted no iba por mí, y... y yo quería conocerlo.

Fernando sonrió con ternura al escucharla, se le hicieron unas arruguitas en los ojos y su sonrisa hizo que el corazón de Mariana diera un vuelco

—Podrías haberme escrito y pedirme que fuera por ti, yo estaba esperando a que terminaras el colegio para ir, no pensaba desatenderte. ¿Por qué tu hermano no te acompañó?

—Mariano estaba preparando su boda con mi amiga Teresa.

—Al menos eso es verdad, tu hermano sí tiene prometida.

—Ahora ya deben estar casados, le escribí en cuanto estuve con usted.

—¿Tu hermano sabe que te hiciste pasar por él?

—¡Nooo! Cómo cree, si se entera me mata, solo sabe que use su ropa para viajar.

—Ya entiendo, no me explicaba como tenías ropa de varón, si eras mujer.

—¿U... usted sabía que yo era mujer?

—Me lo sospechaba, pero cuando trataba de descubrirte sabías cómo encubrirte. Ahora hablemos de nosotros —cansado de verla jugar con sus dedos, le tomó ambas manos.

—¿Qué quiere decirme? — lo miró Mariana sorprendida.

—¿Sabes que nuestro matrimonio no se puede anular, cierto?

—Sí, lo sé, me lo dijeron el sacerdote que tomó mis votos y la madre superiora, y usted me lo confirmó.

—¿Estás conforme? Si no quieres ser mi esposa y como no podemos anularlo, puedes vivir aquí con mis padres, yo me iría a otro lado

—Pero yo sí quiero ser su esposa — se apresuró a responder con sus ojos muy abiertos.

Fernando la vio y sonrió.

—Entonces serás mi esposa, mañana iremos con Don Rafael para ver qué debemos hacer para formalizar nuestra unión. Ahora es mejor que vuelvas a tu habitación, no estará bien visto que te vean saliendo de aquí.

—Pero soy su esposa. ¿Qué mal va a ser que me vean aquí?

—Lo sé, pero quiero hacer las cosas bien, al menos unos días de cortejo no estarían mal, ¿no?

Mariana se levantó con cierta desazón. Aunque anhelaba prolongar la conversación, al menos el capitán la había perdonado; él era su esposo. Mientras se encaminaba hacia la puerta, Fernando la detuvo de repente, extendió su mano y la atrapó por la cintura. Fue un movimiento tan veloz que, al instante, ya la estaba besando. Mariana se aferraba a las solapas de su camisa entreabierta, experimentando su primer beso consciente, impaciente y dulce al mismo tiempo. Resistía la idea de que terminara, apretándose más, hasta que, de puntillas, estiró sus brazos para rodearle el cuello. Fernando la atrajo hacia él, pero en un momento de claridad, el abrazo apasionado se suavizó hasta que solo posó las manos delicadamente en su cintura.

—Debemos parar, te voy a llevar a tu habitación. Prefiero que piensen mal de mí si me ven saliendo de tu habitación, a que dañen tu reputación si te ven saliendo de la mía.

—Soy su esposa, ¿qué de malo hay?

—No insistas, mereces algo mejor, cariño. Estos días serán de un breve cortejo. Además, has de estar adolorida —comentó mientras le hacía una suave caricia en la mejilla moreteada.

—Sí, la verdad es que sí, pero me duele más por la caída que por el golpe.

Mientras le acariciaba las mejillas con ambos pulgares, le preguntó,

—¿Te ha gustado nuestro primer beso? —Quería volverla a besar.

—Lo cierto es que es el segundo —Bajó la vista, sonrojada.

—¡Ah! ¿Sí? Creo saber cuándo fue el primero. ¿Fue real entonces? Pensé que había sido una alucinación por mi fiebre.

—Yo creí que me había descubierto, me llamaba Mariana. Yo..., yo lo siento.

—No lo sientas, ese beso me devolvió a la vida —Y aprovechando la cercanía la volvió a besar, comenzó con un suave roce como si temiera que fuera a desaparecer, pero no, ahí estaba Mariana, su sueño hecho realidad.

Cuando iban a la puerta, Fernando notó que iba descalza.

—¡Por Dios! Estás descalza, deja te llevo —la tomó en brazos y salió al pasillo.

—¡Capitán, puedo caminar! —exclamó risueña.

—¡Sshh! No hagas ruido

Mariana, feliz, inclinó la cabeza en el hombro de Fernando y rodeó con los brazos su cuello.

—¿Sabe? Cuando iba a su habitación tuve que esconderme, su padre llevaba a su madre, así como me lleva usted a mí.

—Se me olvidó advertirte, es lo que encontrarás en la casa, ellos creen que son discretos, pero nosotros mejor tratamos de hacernos los disimulados.

Mariana se cubrió la boca con la mano para ocultar su suave risa. Fernando entró y la acostó en el centro de la cama, la besó en los labios, pero antes de que comenzara a surgir la pasión, interrumpió el beso para darle uno suave en la frente.

—Descansa, amor mío, mañana nos vemos —Cuando iba a salir se giró y le guiño un ojo que fue casi imperceptible para Mariana, pues la luz de la lámpara estaba por consumirse, solo quedaban las llamas de la chimenea.

Mariana suspiró, y se acostó en la cama, levantó los brazos en señal de triunfo. El capitán la había perdonado y comenzarían su vida de casados.

Capítulo 22. La Boda



A la mañana siguiente Mariana aguardaba a Fernando en el zaguán, irían a la iglesia, Rosario les había dicho que ya no era necesario ir a presentarse, puesto que con los votos que hicieron era suficiente y eran válidos, pero Fernando quería asegurarse, quería darle la boda que no había tenido y eso a Mariana la emocionaba.

—Cariño, iré a ver si nos tienen preparada la calesa, espera aquí —se acercó a ella y le dio un suave beso en la frente, dejando a Mariana suspirando y con las mejillas sonrojadas, hecho que no pasó desapercibido para el viejo Juancho que se acercó a ella.

—Con que Mariana, ¿eh? —le preguntó Juancho en tono de broma.

Mariana se sonrió y bajo la cabeza.

—Lo siento, Juancho, no quería mentir, pero el capitán es tan severo.

—Lo sé, hija, no necesitas decir más. Yo cuidé de ese muchacho en los Dragones y sé cómo puede llegar a ser de rígido y severo, pero entiéndelo, fue lo que vivió de niño.

Cada vez Mariana entendía menos, pero tenía la esperanza que un día, el capitán se abriera a ella y le contara esa parte de su vida de la que todos hablaban.

Horas más tarde, la familia se comenzó a reunir en el comedor.

—¿Y Fernando y Mariana no nos van a acompañar a desayunar? —preguntó Anastasia a su madre.

—Se han levantado muy temprano, fueron a misa de siete, después querían hablar con el tío Rafael. A tu hermano le urge saber cómo está su estatus.

—No sé para qué se preocupa tanto, desde que les tomaron sus votos y le dijeron que no habría anulación, ya debería haberse dado cuenta que su matrimonio era un hecho —comentó Francisco, esposo de Estefanía.

—Él lo sabe, pero en el fondo quiere hacerle su boda a Mariana como se lo merece.

Mientras hablaban de Fernando y Mariana, la pareja hizo su entrada. Mariana, con una sonrisa radiante, caminaba del brazo de Fernando, luciendo uno de los vestidos prestados por Anastasia.

—¡Hemos llegado familia! —anunció Fernando, más contento que nunca, cosa que no pasó desapercibida para su familia, en tanto ayudaba a sentarse a Mariana y se sentaba a su lado.

—¿Han hablado con el tío Rafael? ¿Qué les ha dicho? —preguntó ansiosa Doña Rosario.

—Sí, madre, nos dio audiencia. Nos comentó que sabía por ti de mis dudas sobre el

matrimonio, nos ha dicho que sí estamos casados. —Mientras tomaba de la mano a Mariana y esta le sonreía—. Ha dicho que la velación podría ser antes del bautizo de los niños de Anastasia y Marcos y así podremos ser sus padrinos, también mencionó algo de llevar los anillos, las arras y el yugal^[11].

—Si nos permiten, Marcos y yo les regalamos el yugal y las arras. ¿Verdad, amor?

—¡Claro que sí, cielo! —contestó Marcos que no le negaba nada a su esposa.

—Por lo pronto, podrían usar los anillos de mis padres, no hay tiempo para mandar hacerles los suyos —expresó Don Joaquín.

—Gracias padre, sé lo que eso significa.

—Mis padres estarían muy orgullosos que los usaran, todavía me entristece saber que mi padre murió sin saber de ti —Todos en el salón guardaron silencio y bajaron sus rostros con pesar.

—No estemos tristes, Don Fernando, donde quiera que esté nos estará dando su bendición —comentó Rosario mientras tomaba la mano de su esposo. Rosario había dejado atrás su timidez, el amor de Joaquín la había cambiado, ahora era una mujer que opinaba y le decía lo que le molestaba a su esposo, Joaquín que solo respiraba y veía por ella, la comprendía y trataba de que su vida desgraciada quedará en el olvido.

La nana Eulogia entró al comedor y se acercó a Rosario.

—Niña, afuera está un caballero con una dama, dicen que son Mariano del Campo y su esposa Teresa.

Mariana al escuchar los nombres se levantó de prisa y se dirigió emocionada a la puerta.

—¡Hermano, has venido! ¿Cómo es que supiste que estaba aquí?

—La nana me dijo, y tenía que ver cómo estabas y cómo te trataba el capitán. Tu carta para informarme que habías llegado con bien fue muy escueta —respondió Mariano mientras abrazaba a su hermana.

—Me da mucho gusto que vinieras, así podrás estar con tu hermana —expresó Fernando mientras extendía la mano para saludarlo—. Mañana es la velación y la misa de nuestro matrimonio.

—No sabe que tranquilo me siento, capitán. Estaba de verdad preocupado que mi hermana estuviera mal o le hubiera pasado algo —confesó Mariano—. Hasta que le saqué la información de su paradero a nuestra nana fue que nos animamos a venir. Si nos hace el favor de recomendarnos alguna posada, hemos visto que tienen invitados y no queremos causar molestias.

—¡De ninguna manera!, ustedes son bienvenidos a quedarse —intervino Rosario, que se acercaba a saludar a los recién llegados.

Al verla acercarse, Fernando sonrió, su madre era una castañuela, siempre con una sonrisa servicial, le encantaba recibir invitados.

—Les presento a mi madre, Rosario de Guerra Cañamar. Madre, ellos son Mariano y Teresa, su esposa.

—Mucho gusto, señora, le agradecemos su gentileza.

—Nada que agradecer, llegaron justo a tiempo para el desayuno, mientras nos acompañan, ordenaré que les preparen su habitación.

Después del desayuno, Mariana llevó a su habitación a Teresa, Fernando aprovechó para invitar a Mariano a visitar la finca y alrededores.

—Mariana, me puedes decir ¿por qué hiciste semejante tontería? Arriesgarte así, tu hermano

estuvo a punto de suspender la boda para venir a buscarte, si no fuera por la nana, que todo te solapa y lo convenció de que tú estarías bien, no sé qué hubiera pasado.

—Lo siento, Teresa. Me da gusto que ya estés casada con mi hermano, ahora somos hermanas de verdad —Se abrazaron y comenzaron a dar saltitos como dos niñas. Tomaron asiento en un diván junto al ventanal que se abría hacia los jardines de la finca, con contraventanas que dejaban vislumbrar el paisaje.

—Es hermosa tu habitación.

—Aquí son las habitaciones para varones —Mariana se cubrió la boca con la mano, emitiendo una sonrisa traviesa.

—¿Cómo es eso? ¿Por qué no te instalaron en las habitaciones de las damas?

—Nadie sabía que era Mariana, hasta hace unos días.

—¡No me lo digas! —exclamó en voz alta, cubriéndose los oídos y negando con la cabeza—. ¿Te pusiste ropa de varón para venir aquí?

Mariana con sonrisa traviesa asintió.

—Quería conocer a mi esposo, Teresa. Además, pensé que Mariano te lo había contado, yo si le avisé que había tomado prestadas algunas de sus ropas para viajar, lo difícil fue cuando llegué y no podía decir que era Mariana.

—Sí, eso lo entiendo. Pero, ¿por qué vestirse de varón?

Mariana le tuvo que contar a su amiga todo lo que tuvo que pasar al vestirse de varón y como se fue envolviendo en su propia mentira.

El ambiente festivo en la finca Guerra Cañamar estaba en su apogeo. Llegaron más invitados, Fernando y Mariano decidieron ir caminando hasta el nuevo gazebo^[12] que habían instalado en la finca. Un capricho de su madre, Doña Rosario, a la que Joaquín, su esposo, no le negaba nada.

—Capitán, reconozco que soy bastante joven, pero comprendo muchas cosas. Sé que lo obligaron a casarse con mi hermana. Si no desea seguir con el matrimonio, podría llevarme a mi hermana. Siento que esos votos que dijeron son sagrados y no pueden disolverse.

—¡Qué tontería, yo amo a su hermana! Y soy correspondido con el mismo sentimiento por su parte —exclamó Fernando con convicción.

—Capitán, mi hermana es aún una niña. Desde que se casó, anhelaba conocerlo. Pero permítame revelar un secreto, le ruego que no se burle de ella: usted es su amor platónico. Desde que nuestra madre le contaba cómo los ayudó a huir para que pudieran casarse. Esas eran las historias que le contaba para dormir. Yo sé que su nombre era Blas.

—Ahora entiendo la insistencia de su hermana por saber de Blas. —Fernando sonrió, él que pensaba si Mariana conocía aquella etapa de su vida, lo rechazaría. Aunque una duda emergió en su mente—. Si usted conoce ese nombre que usaba en aquel tiempo, ¿por qué no lo sabe su hermana?

—Mi hermana recién había sido internada en el colegio cuando mi madre recibió una carta de mi padre informándole que lo había vuelto a ver. Semanas después, mi madre falleció, nunca recordé eso hasta ahora. Le dejo en su consideración cuando le quiera decir su otro nombre a mi hermana.

—Gracias, creo que planearé un momento especial para decírselo, le agradezco que me lo haya contado. Ahora entiendo mejor a su hermana —sonrió para sí, recordando todas esas veces que Mariana quiso saber de Blas.

En tanto los caballeros seguían su paseo, las dos damas continuaban con su charla. Mariana no encontraba la forma de preguntarle a Teresa, que sucedía entre los esposos. Sabía que su amiga era demasiado tímida y no le gustaba hablar de esos temas, recordó cuando sorprendió a su hermano tomándole la mano y pidiéndole permiso para cortejarla, sabía que Teresa era demasiado prudente y nada habladora. Pensó, también, preguntar a sus cuñadas Anastasia y Estefanía, estarían encantadas de contarle, pero ella se moriría de vergüenza.

El sábado, muy temprano, se realizaría la velación y la misa para reafirmar los votos de los esposos. Al ver llegar a Mariana, la sonrisa nerviosa de Fernando se transformó en una expresión radiante y apasionada, recibiendo a cambio una mirada igual de enamorada por parte de Mariana.

Fernando deslumbraba con su uniforme de Dragón, un atuendo que ya no representaba su afiliación militar actual, pero que aún tenía el derecho de portar tras su renuncia al cargo. Aunque había abandonado su posición en la milicia al declarar la independencia del Reino de España, su figura seguía siendo reconocida y admirada por todo el pueblo.

Mariana irradiaba esplendor en un vestido regalado por su cuñada Anastasia, quien le confió:

—Este es mi regalo de bodas. Marcos encargó estos trajes para mí, pero, como verás después de mi parto, tardaré en recobrar la figura y a ti te queda esplendoroso.

—Sobre todo si sigues comiendo como lo haces —bromeó Estefanía, provocando risas.

—Desde que dejaste la tartamudez, Fanny, no me agradas —replicó Anastasia, haciendo un gesto con la lengua y frunciendo los ojos, como cuando eran pequeñas. La atmósfera vibraba con la pasión y la elegancia de la ocasión. Las dos hermanas se rieron, siempre las peleas terminaban en risas y en abrazos, no podían reñirse y estar enojadas.

Como se comenzaba a estilar, el vestido de Mariana era de corte romántico, todavía se usaba el estilo imperio en aquellas regiones lejanas de las grandes ciudades, pero gracias a Marcos, Anastasia siempre estaba a la moda, como le decían en broma su madre, Rosario y Estefanía.

Mariana sentía que estaba en un sueño, estaba a lado de Fernando, feliz de ser su esposa. Había escrito a sus amigas Rosa y Luisa. Las distancias de Monterrey a la capellanía no eran largas, pero sus amigas apenas no pudieron asistir, y así se lo hicieron saber en una carta:

Querida Mariana:

Lamentamos no poder estar contigo en este momento tan especial; compromisos adquiridos con anticipación por parte de nuestro padre nos lo impiden. Tras contarle a nuestro progenitor quién eras realmente y recibir una reprimenda por haber sido tus cómplices, nos sorprendió verlo soltar risas sinceras, algo que nunca habíamos presenciado.

Deseamos pronto hacerles una visita para conocer a tu esposo. ¿Dices que es buenmozo? Ojalá tuviera un hermano o dos, dice Luisa.

Extendemos nuestras más sinceras felicitaciones y esperamos que el obsequio de bodas que enviamos les agrade.

Rosa y Luisa.

Como el juramento ya se había hecho, los esposos caminaron hacia el altar siguiendo al

sacerdote, se pusieron de rodillas y comenzó la ceremonia de velación. Marcos y Anastasia les impusieron el hermoso yugal bordado, Francisco y Estefanía encendieron los dos cirios.

Luego se dirigieron a un costado de la capilla, donde se encontraba la pila bautismal para la ceremonia de bautismo de los gemelos de Anastasia y Marcos.

El convite siguió todo el día. A pesar del cansancio, Mariana no dejaba de sonreír, recorrieron todo el salón saludando a los presentes. A última hora, Marcos había llevado a los músicos que amenizaron su boda, pues como en un principio estaba preparado el festejo para un bautizo, no querían dejar pasar el momento y que los esposos bailaran su primer baile como marido y mujer.

—¿Capitán?

—¿Cómo me has llamado? Amor, soy tu esposo, llámame por mi nombre o algún apelativo cariñoso, pero no como capitán.

Mariana se enrojeció y bajó la mirada mientras que continuaban bailando. Fernando levantó su mentón.

—No era regaño, no quiero que siempre que te digo algo bajes la cabeza. ¿Qué querías decirme?

—Quería saber... ¿Dónde vamos a vivir? ¿Aquí con sus padres?

—Dónde tú desees, la casa de la Villa es mía, pero podemos pasar una temporada aquí o en Patos. La verdad no quisiera separarme mucho de mis padres, un día te contaré por qué —Se acercó, llevando la mano que reposaba sobre la suya para besarla. Se moría por besarla, pero no quería escandalizar a la concurrencia.

—Fue un lindo gesto el de Marco al contratar a los músicos ¿Te ha gustado nuestra boda?

—Se siente como un sueño, Fernando. Por cierto, ¿su Excelencia seguirá siendo Marqués ahora con la independencia?

—No sé, cariño. Pero no veo por qué no. A él, creo que no le importa mucho. A quien más le preocupa es a su abuela. Quién sabe qué pensará Doña Gertrudis.

—¿Te hubiera gustado que yo tuviera un título noble?

—La verdad es que no, lo quiero, así como es ¿A usted le molesta que yo no sea criolla? ¿Que sea castiza^[13]?

—No, amor, no me importa. Además, creo que eso ya se abolió con nuestra independencia. ¿Estás cansada? Ya está por atardecer y desde temprano estamos levantados. ¿Nos podemos retirar si así lo deseas?

—Lo cierto es que sí, ya no aguanto los pies. ¿Pero no sería una descortesía irnos?

—No lo sé, he estado en muy pocas bodas, no estuve en la de mis hermanas, así que no sé cómo son estos menesteres.

Capítulo 23. Noche de Bodas



—Iremos a preguntarle a mi madre, ven conmigo —Detuvo el baile y tomo de la mano a Mariana para ir a buscar a Rosario, a quien encontró conversando con Andrea, parecía que nunca paraban de hablar, siempre tenían tema de conversación.

—Madre —se acercó Fernando. Rosario se ponía de pie y se acercaba a la pareja.

—¿Cree usted posible que nos podamos retirar? Mi esposa y yo no queremos ser descortes.

—¡Claro que pueden irse! Hijo, sé que han de estar cansados, y no se preocupen, se quedan Marcos y Anastasia como anfitriones —a media voz, les dijo—. Ya están preparadas sus habitaciones. ¿Compartirán habitación, cierto?

—Sí, madre —Mariana agachó la cabeza avergonzada por la pregunta de Rosario. Había tantas cosas que aprender de un matrimonio, y ella no sabía nada. Fernando le tomó su brazo y se lo envolvió en el de él.

—Entonces, buenas noches, madre.

—Buenas noches, hijo —les guiño un ojo y volvió al lado de Andrea para seguir conversando.

Ya estando fuera del salón donde era la fiesta, Fernando tomó en brazos a Mariana, ella riéndose le decía que podía caminar.

—Lo sé, sé que puedes caminar cariño, pero, aunque nunca he estado casado, sé de algunas tradiciones.

Cuando llegaron a la habitación, el rostro de Mariana palideció. Fernando la dejó en el suelo y, preocupado, la sostuvo de la cintura.

—¿Qué te pasa cariño? ¿Te ha dado un vahído?

Mariana solo negaba con la cabeza, pero Fernando se daba cuenta de que algo le pasaba. ¿Tendría miedo? Su tez se volvió más pálida de lo habitual, como si estuviera a punto de desmayarse; sus manos, al tomarlas, estaban sudorosas.

—Creo que debes sentarte. Voy a traerte un poco de agua —Se acercó a la mesa de noche, donde siempre, por costumbre, había un cántaro de barro y un vaso.

Mariana se la bebió como si estuviera sedienta. *«Cómo iba a decirle al capitán que ella no sabía nada de lo que se esperaba de una esposa»*

—¿Tienes miedo? —Fernando se atrevió a preguntarle, con la esperanza de que no fuera eso lo que le pasaba a Mariana.

Mariana solo respondía negando con la cabeza.

—Entonces, tendrás que decirme que te pasa, hace un momento estabas bien, hasta que hemos venido aquí. ¿Quieres que llame a un médico?

Mariana volvió a negar con la cabeza, mientras Fernando, preocupado, se rascaba la nuca, se acercó a sentarse junto a ella.

—¿Me vas a decir que te pasa? Estoy comenzando a preocuparme.

—No quiero que se arrepienta de haberse casado conmigo —comentó en un susurro casi fue imperceptible para Fernando.

—¿Por qué haría eso? —contestó calmado—. Te amo desde que te conozco, sabes bien del martirio que pasé de saber que eras un varón, que mis sentimientos eran imposibles, tantas veces soñaba contigo viéndote, así como eres, la mujer más hermosa que haya conocido. No, no espera ...

Mariana lo miró temerosa, que le iba a decir.

—Eres aún más hermosa, la verdad que la ropa de varón no te hacía justicia.

Mariana sonrió.

—Entonces, ¿me vas a decir qué te pasa?

—No sé lo que debe hacer una esposa, usted sabe...

—Bueno, yo tampoco sé cómo ser un esposo, pero ya aprenderemos —Fernando sabía a qué se refería Mariana, pero no era momento de decirle que él, como varón, tenía experiencia.

La besó dulcemente, deseando que Mariana dejara ese temor, pensó que su madre o alguna de sus hermanas le podrían haber dicho algo, pero ahora sabía que no.

—Si te molesta algo me lo dirás, ¿entendido? —se escuchó así mismo como cuando daba órdenes en el presidio.

Mariana también reconoció esa voz de mando, asintió, y sonrió mientras volvía a buscar sus labios.

En la penumbra de la habitación, ambos se entregaron al cálido abrazo del amor. Los besos de Fernando eran como susurros apasionados que recorrían la piel de Mariana, desencadenando sensaciones que la envolvían en un deleite embriagador. Con cada caricia, Fernando exploraba con ternura los contornos de su ser, desvelando el misterio de sus deseos compartidos.

Fue tan tierno que Mariana olvidó el temor y sus dudas, se dejó llevar por Fernando, que le decía a su vez como a él le gustaría que ella lo acariciara. Mariana, curiosa, lo hacía.

El vestido de Mariana cayó con la gracia de una promesa cumplida, revelando la desnudez que simbolizaba la entrega mutua. La luz titilante de una vela danzaba en la habitación, iluminando su encuentro con destellos de intimidad. Los cuerpos se fusionaron en un lento y delicado baile, explorando la pasión que florecía entre ellos.

Fernando, con manos expertas, desplegó cada capa de la inhibición de Mariana, guiándola con paciencia y devoción. Cada susurro de promesas cumplidas se fundía con el susurro de la brisa nocturna que acariciaba la ventana entreabierta.

Las horas de amor se convirtieron en una sinfonía de suspiros compartidos, en la que Mariana, embriagada por la conexión íntima, exploraba los rincones más profundos de la pasión. El abrazo se tornó en un santuario donde el tiempo se detuvo, y cada caricia era un verso entrelazado en el poema de su complicidad.

En la madrugada, envueltos en la calma que su amor había tejido, Mariana y Fernando yacían abrazados. La satisfacción se reflejaba en sus miradas, como estrellas que titilaban con la promesa de un nuevo amanecer. El acto más sublime se había consumado, dejando en su estela la huella indeleble de un amor compartido en la quietud de la noche.

—¿Esperabas que fuera así?

Mariana negó con la cabeza y por fin habló —No, ha sido hermoso, capi... —se interrumpió —. Fernando.

—Me alegro. Deseaba que fuera así. Hay algo que quisiera preguntarte

—Dígame... —Mariana se incorporó preocupada, cubriéndose con la sábana.

—¿Por qué te echaron del colegio? No puedo imaginarme el motivo, eres tan seria, callada y obediente —Fernando la sostuvo suavemente mientras Mariana jugueteaba con su torso, acariciando cada músculo con ternura.

—La Madre Superiora me sorprendió preguntando a una de las hermanas, y a unas compañeras, si sabían qué sucedía entre esposos.

Fernando soltó una risa, y Mariana rápidamente le tapó la boca con su mano para sofocarla.

—¡No se ría, fue una vergüenza!

—Entiendo, y ¿qué razón te dieron para correrte? —preguntó Fernando que no aguantaba las ganas de volverse a reír, de tan solo imaginarse a Mariana indagando.

—Me dijo la Superiora que era mejor que ya volviera a casa para prepararme para la llegada de mi esposo. A Mariano le dijo lo mismo, por eso él no lo vio extraño.

—Entiendo, y así te surgió la idea de venir a buscarme. ¡Dios mío, si te hubiera pasado algo!

—Sé cómo defenderme, soy buena con la espada por eso me vestí de varón.

—¡Eso no te lo discuto! Y me alegro que sea así, cariño.

La pasión volvió a encenderse entre ellos. Se permitieron el lujo de dormir hasta tarde, disfrutando de la intimidad que les ofrecía la habitación. Doña Rosario, consciente de su deseo de estar a solas, les envió un delicioso desayuno para que pudieran disfrutarlo en privado.

A la mañana siguiente, el feliz matrimonio se fue a la Hacienda de Patos. Aunque aún quedaban invitados en la finca, ansiaban momentos más íntimos para explorar y profundizar en su nueva vida juntos.

Comenzaron su vida de casados aprendiendo. En ocasiones, Fernando mostraba su lado mandón, como Mariana lo llamaba de forma cariñosa, pero él reconocía sus errores y se reconciliaban al instante. Deshacerse del carácter rígido del capitán tomaría su tiempo, pero estaban dispuestos a construir un futuro juntos lleno de amor y comprensión.

Capítulo 24. Corazón traicionado



Meses después...

Mariana amaneció con malestares. Anastasia, que había llegado temprano a la finca Guerra Cañamar, llamó a la puerta de su habitación.

—Buenos días. ¿Se puede entrar? —preguntó Anastasia con voz cantarina.

—Pasa —respondió Mariana con voz débil, dirigiéndose a la cama—. Lo siento, creo que no podré acompañarte a la Villa.

Anastasia viéndola con mal semblante, se acercó y se sentó a un costado de la cama.

—¿No será que estás en estado?

—¡¿Cómo?! —expresó sorprendida, mientras se incorporaba.

—Sí, podría ser, ¿no? Podemos mandar llamar al médico, créeme todo lo indica.

—¿Me ayudarías a vestirme? Tengo que decirle al capitán.

—¿Todavía llamas capitán a mi hermano?

—Todavía no me acostumbro —haciendo una mueca—. La mayoría de las veces le digo Fernando.

—¡Ah muy bien! Bueno, vamos a vestirme, no puedo esperar para ver qué cara pondrá mi hermano. ¡Lo vas a hacer muy feliz!

Mariana, ya vestida, se dirigía al despacho en busca de Fernando, cuando se encontró a medio del pasillo a la nana.

—El niño Fernando tiene visita. ¡Es esa mujer, ande vaya y échela! No tiene por qué venir a esta casa. ¡Tome su lugar de señora de esta casa!

En el despacho con Fernando se encontraba Genoveva. Unas semanas antes había quedado viuda y fue a casa de Fernando para avisarle, creyendo que si le informaba su actual estado de viudez podrían volver a tener una relación.

—Lamento mucho la muerte de tu esposo Genoveva, pero entre tú y yo no puede haber una relación, yo estoy ... —se incomodó ante su acercamiento.

—Fernando, yo sé que todavía tienes sentimientos por mí. Aquel día que nos encontramos en la Villa me di cuenta, me mirabas como antes.

Mientras le decía se acercó aún más a Fernando, le rodeó el cuello con los brazos y acercó sus labios a los de él. Fernando vio en este momento una oportunidad de vengarse, hacerle pagar

su desprecio. También, en su interior, quería comprobar si ese amor por Genoveva existía. Se dejó llevar, la tomó por la cintura y correspondió a su beso. Pero el beso no era lo que se imaginaba, no sentía nada, no como con Mariana, que parecía que algo en su pecho se movía, cuando besaba a su esposa veía esas estrellas que tanto le gustaba observar. Ahora se daba cuenta que con Genoveva nunca había sentido un amor tan claro y sublime como el que sentía por Mariana.

En ese momento Mariana se acercó a la puerta del despacho que había quedado entreabierta, lo que vio la hizo casi perder el equilibrio, pero no podía soportar más, se volvió para regresar a su habitación. Y ahí se encontró a Anastasia.

—¿Qué te paso Mariana? Estás más pálida que hace un rato.

—Tengo que preparar mis cosas, Anastasia, tengo volver a mi casa con mi hermano —explicó con voz temblorosa, mientras se acercaba al ropero y sacaba una pequeña valija.

—¡Pero qué tonterías estás diciendo! ¡Estás en tu casa! ¡Estás casada con mi hermano, no te puedes ir!

—El capitán no me quiere —Se abrazó a Anastasia hecha un mar de lágrimas—. Lo fui a buscar al despacho y... y... —gimoteando con el dorso de la mano se limpió la nariz y las lágrimas que le caían—, estaba besándose con esa señora, hace tiempo me dijo Juancho que había sido novia del capitán.

—No puede ser..., ¡infeliz! —exclamó Anastasia con rabia—, pero ahora verás cuando se enteren mis padres. No te preocupes querida, Genoveva es una mujer casada y mi hermano lo está contigo.

—¡No me importa, no quiero volver a verlo!

Fernando alejó a Genoveva con brusquedad, dando por terminado al beso y poniendo fin al incómodo momento.

—Genoveva no puedo, soy un hombre casado y amo a mi mujer.

—¿Cuándo te casaste? Si has dado solo tu palabra, puedes retirarla. Te puedo ayudar, tengo conocidos en el nuevo gobierno.

—¡No entiendes! —alzó la voz—. Estoy casado, yo no quiero dejar a mi mujer por nada, ni por nadie.

—Entonces, ¿por qué me besaste?

—Ha sido una debilidad de mi parte, pensé que lo que sentí por ti aún estaba vivo, pero no, ya no.

—Podríamos seguir viéndonos —insistió Genoveva—. Por mí, tu mujer no se enterará.

—Ella no, pero yo lo sabré, y no Genoveva, no estoy interesado, bastante mal me siento con este beso. Siento que la he traicionado, prefiero que ya no vuelvas por aquí y no me busques.

La respuesta de Genoveva se vio interrumpida por Juancho que llamó a la puerta.

—Acaban de venir a avisar que Domingo está muy grave y está pidiendo que vayas.

—¿Qué le pasó? ¿Qué más te dijeron?

—Solo eso, ya preparé el carruaje.

—Gracias Juancho, vamos entonces.

Genoveva había salido del despacho al verse interrumpidos.

Al salir a la puerta, Fernando se había encontrado con Genoveva que estaba esperando a su cochero.

—Lo siento querido, mandé a mi cochero a hacer unas diligencias, pero si vas a la Villa podrías llevarme —Fernando, molesto, la urgió a subir.

En la habitación, mientras Mariana preparaba sus cosas, Anastasia la tomó del brazo.

—Acompáñame, tenemos que hablar con mi hermano, no puede hacerte esto.

—¡No quiero verlo! —respondió Mariana casi sin fuerzas.

—¡Vamos! —Anastasia la tomó de la mano y la obligó a salir.

Desde la puerta vieron que Fernando ayudaba a subir a Genoveva a su carruaje y subía con ella.

—Se va con ella, Ana —Se dio la vuelta y se fue a su habitación.

Las horas pasaban y Fernando no volvía. Anastasia tuvo que hablar con sus padres y les contó lo que había visto esa mañana Mariana.

—Lo sentimos hija, pero siempre contarás con nuestro apoyo.

—¿¡Padre, como puede decir eso!? ¿No dirá nada? ¿No hará nada?

—Cuando vuelva tu hermano me va a escuchar, Anastasia.

—Si se portara con Fernando como lo hizo con Marcos...

—¡Hija, ya deja de reprocharme aquello! Ya verás cuando tu hermano llegué.

Anastasia no dejaba de reprocharle a su padre el que haya querido separarla de su esposo por un malentendido de Marcos con respecto a su infancia.

Fernando llegó a tiempo para ver a Domingo que estaba agonizante. Por la pena, no envió a Juancho a avisarles a sus padres ni a Mariana, pero al tercer día Fernando envió a Juancho a la capellanía.

—Hija por favor no te vayas, espera a que Fernando vuelva, no sabemos por qué salió tan intempestivamente, le pudieron dar una misión eso hace siempre.

—Lo siento, Doña Rosario, pero preferiría irme antes de que vuelva.

—¿A dónde irás?

—A casa de mis padres, no creo que Mariano tenga inconveniente de que vuelva a casa.

—¡Qué pena hija! No dejes de escribirnos, eres la madre de nuestro nieto.

Mientras se despedían, con una Rosario bañada en llanto, pues Mariana en poco tiempo se había ganado su cariño y no entendían por qué Fernando la había abandonado así y por una mujer como Genoveva, que tanto daño le había hecho.

—¡Te juro mujer, que ese muchacho me va a escuchar! —comentó Don Joaquín muy molesto a su esposa.

—Escúchalo primero, Joaquín. Algo pasó para que saliera así, sin avisar, pero presiento que nuestro hijo está en peligro.

—¡No lo justifiques, mujer! Te prometo que lo escucharé primero.

De pronto se le ocurrió algo a Joaquín.

—Escucha mujer ¿Por qué no vamos con la muchacha a dejarla en casa de su hermano? No está bien que viaje sola.

—¡Oh, Joaquín! Sí quiero ir, estaría con otra preocupación de saber que Mariana va sola en esos caminos tan peligrosos.

A las pocas horas llegó Juancho con el mensaje de Fernando, anunciándoles que estos días había estado con Domingo. Sin embargo, lo recibió la nana Eulogia, quien se lo entregó a Anastasia, que era la única de la familia que había quedado en casa.

Domingo murió días después. Al finalizar el funeral, cuando se dirigía a su carruaje, Fernando fue interceptado por tres hombres. Incidente que pasó desapercibido para su cochero, quien no pudo prevenir que los golpearan de forma salvaje. A Fernando lo golpearon

fuertemente en la cabeza y se lo llevaron en un carretón que tenían cerca. Despertó en una cueva, él había estado en ese lugar alguna vez, cuando sucedió el secuestro de Anastasia, imágenes de ese momento volvieron a su cabeza.

—¡Ah! Pero ya despertó el señor, o ¿debo llamarlo capitán? —Lo cuestionaron, dándole un golpe en el estómago, Fernando no podía cubrirse ni defenderse, pues lo tenían atado de brazos y pies.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué me tienen aquí? —preguntó con rabia.

—Es hora de ajustar cuentas, Blas... O..., ¿cómo debo llamarte? Somos hijos de Isidro y queremos hacerte pagar lo que hiciste con nuestro padre, lo traicionaste y después te dedicaste a perseguirnos con tu cargo de capitán, ya nos han dicho quién eres.

—Isidro se lo buscó, secuestró a una niña, además esos hechos sucedieron hace mucho tiempo —Cuando terminó de hablar, Fernando sufrió otra golpiza.

—¡No podemos olvidar! Te dedicaste a perseguirnos, te aprovechaste de que sabías todos nuestros escondites. Encarcelaron a muchos por tu culpa y ahora vas a pagar —volvieron a golpearlo.

—¿Y qué van a hacer conmigo? ¿Matarme? —vociferó—. ¡Háganlo de una vez!

—No tendrás tanta suerte —le dijeron con calma—. Te vamos a tener aquí y te vamos a hacer sufrir lo que sufrieron los nuestros —volvieron a golpearlo.



Tres semanas después...

Joaquín, Rosario y Mariana llegaron a casa de la familia Del Campo. Mariano se sorprendió al verlos descender del carruaje. Después de que se instalaron, pues los Guerra Cañamar solo iban a quedarse unos días para descansar del largo viaje, Don Joaquín pidió hablar en privado con Mariano.

—No sabes lo apenado que estamos, muchacho. Fernando aceptó el compromiso de velar por tu hermana, y que la abandonara, todavía no lo puedo creer. Yo no lo crie así, y bueno, el tiempo que estuvo lejos de nosotros cuidaron de él personas buenas.

—Lo entiendo, Don Joaquín, y tengo la esperanza de que esto sea un malentendido, o que el capitán vuelva a mi hermana arrepentido. Desde que mi hermana se casó, vivió ilusionada por conocer a su esposo, por eso se escapó, no merece un desengaño así, y quedar abandonada con una criatura, no se lo merece.

—Haré que mi hijo enmiende su falta, ¡te lo aseguro! —exclamó con firmeza.

Días después, Rosario y Joaquín se despidieron de Mariana.

—Dentro de unos meses estaremos de regreso, hija, queremos acompañarte en el parto.

—Gracias, madre. No sabe lo mal que me hace sentir que esto no saliera bien, siempre querré al capitán, aunque él me haya abandonado.

—Hay algo más, hija. Y cuando regresemos lo vamos a averiguar, mi Fernando no es un mal

hombre, y él te ama, eso no se puede fingir.

Mariana ya no quiso insistirle a Rosario diciéndole que había visto a Fernando irse con esa mujer, eso no se podía negar.

—Por favor, hija, sé que esto que te voy a pedir es algo doloroso, pero si esta criatura es un varón, ¿podrías llamarlo Fernando? No por mi hijo, sino por Don Fernando, su abuelo, que fue el mejor padre que pude encontrar cuando me casé con Joaquín.

—No había pensado en eso, pero se lo prometo, mi hermano me había sentenciado que si yo tenía primero un hijo tenía que llamarlo de otra manera, pues él llamaría a su primer hijo Agustín, entonces así será, mi hijo se llamará Fernando Joaquín.

—¡Gracias, hija! —Al escuchar esas palabras, Joaquín se emocionó, y se despidió de Mariana dándole un delicado beso en la frente, Rosario hizo lo mismo.



Tiempo después...

Caminando por la plaza Estefanía y Francisco se encontraron con Genoveva, Estefanía aprovechó para cuestionarla por su hermano.

—Lo siento, Estefanía. No sé dónde está tu hermano, desde aquel día que lo fui a ver a su casa, él me acompañó de regreso y ya no lo he vuelto a ver.

La apariencia de Genoveva ya no era la misma, lucía el luto de rigor que se estilaba, pero sus facciones estaban avejentadas. Ya no lucía los vestidos y los sombreros glamurosos que la identificaban, lo cual sorprendió tanto a Estefanía como a Francisco.

Había corrido el rumor que su esposo había dilapidado la fortuna y ella se vio en la necesidad de pedirles ayuda a sus primos, estos la habían acogido en su casa con la condición de cuidar a sus hijos y Genoveva se trasladó a Valle Real. El encuentro con Estefanía fue una casualidad, pues Genoveva se encontraba en la Villa para vender las pocas posesiones que le quedaban.

Francisco y Estefanía volvieron a la capellanía más preocupados aún. Después de haber dado el recado, Juancho había vuelto al jacal^[14] de Domingo y se había enterado de que este había muerto y del capitán no se sabía nada, todos habían creído que Fernando había huido con Genoveva.

—¿Dónde estará nuestro hijo, Joaquín? ¿Y si está muerto?

—¡Cálmate, mujer! Déjame pensar que hacer, no quiero que pase como aquella vez que pedimos ayuda a la real audiencia y acabaron con todo un pueblo.

Rosario no pudo más y se soltó a llorar, trataba de hacerse la fuerte, siempre había sido así, si no mostraba sus sentimientos nadie podría hacerle más daño, pero sabía que con Joaquín era diferente, se sentía protegida y amada.

Capítulo 25. Encuentro con un ángel



En el jacal del viejo Domingo una pareja discutía...

—No debiste de haberles dicho nada, Casilda. Pensé que ya no querías al capitán. Yo te quiero de buena ley, pero el capitán no merece lo que le hiciste, decirle al Isidro donde encontrarlo y contarle que él era Blas, eso no se hace, el capitán siempre nos ayudó.

—No sé qué hacer, Eliodoro. Yo me arrepiento, quería vengarme por qué el capitán me despreció, pero eso fue antes de conocerte a ti, tenía mucha muina^[15].

—Tenemos que hablar con el jefe.

—¿Y si me castigan? El capitán es poderoso, de esas familias de las que mandan en todas partes.

—Yo estaré contigo, Casilda, Esperemos que siga con vida el capitán. Iremos a hablar con Don Vicente.

Fernando ya parecía un despojo humano, rezaba para que alguien se condoliera de él y lo rescatara, o quizás lo mejor sería morir. Se preguntaba por qué su familia no lo había buscado. Cuando escuchó que alguien se acercaba, decidió hacerse el dormido, así ya no lo golpearían.

Sintió la presencia de una mujer, se le hacía conocida su voz, pero se resistía a abrir los ojos, temiendo que fuera solo un delirio causado por esas fiebres que le aquejaban. La intensidad de la luz que rodeaba a esa misteriosa mujer le causaba molestias, sin embargo, la curiosidad venció su resistencia y entreabrió los ojos. Ante él se presentó una hermosa mujer con cabellos oscuros, pero la luz era muy fuerte, y se le dificultaba apreciar su rostro.

—¿Quién es usted? —Se negaba a pensar que estuviera muerto y por eso veía a ese ángel.

—¿Ya te olvidaste de mí? Me han enviado para ayudarte, como tú has ayudado a mis hijos. Soy María, Blas.

—Ahora me llamo Fernando. Pero dígame, he muerto, ¿no es así? —preguntó volviendo a cerrar los ojos. María sonrió.

—No, aún no es tu tiempo —respondió María con su dulce voz, como siempre le hablaba cuando era un niño.

Los tres hombres que mantenían secuestrado a Fernando lo veían desde la distancia, estaban sentados en una mesa pequeña cerca de un fogón. De repente, notaron que el capitán se incorporaba con ayuda invisible, mientras alguien le ofrecía algo para beber, aunque los secuestradores no veían a nadie más presente. Con pánico salieron corriendo de la choza a donde

habían trasladado al capitán, pues la cueva donde estaban se había llenado de murciélagos y podrían ser mordidos por esos animales. Se habían llevado a Fernando para continuar con su venganza, seguir con la tortura y planear como pedir un rescate por él, aunque no pensaban regresarlo con vida.

Era tal su miedo, que salieron al camino principal, dónde fueron capturados por los dragones de cuera, quienes habían sido avisados por Don Vicente, el líder de la tribu.

—Escuche, Don Vicente —habló Isidro, el hijo de aquel otro Isidro, muy asustado—. ¡Ese hombre está embrujado! ¡Bebe solo sin usar las manos y habla solo, sabrá Dios con quién!

—¿Lo han dejado delirando? ¡Qué miserables! Ustedes van a recibir su castigo. ¡Llévenselos de aquí! —ordenó Don Vicente a los soldados.

—Escucha, Fernando, alguien se acerca, ya te van a ayudar. Prométeme que no desistirás, tienes que volver con mi hija, amarla y cuidarla como prometiste cuando te casaste con ella.

—Te lo prometo María, yo amo a Mariana, lo que no entiendo es por qué mi familia no me ha buscado.

—Pronto lo sabrás y estarás con los tuyos —Mientras le decía esto, se inclinaba para darle un beso en la sien y desapareció en frente de un sorprendido Fernando.

Como no podía incorporarse solo, volvió a dejar caer la cabeza en el camastro y cerró los ojos. Si no estaba muerto, estaba a punto de estarlo, ya tenía visiones.

—¡Capitán, soy Casilda! Venimos por usted. ¡Perdóneme, capitán, usted fue siempre bueno conmigo! —hablaba con voz de arrepentimiento, mientras se ponía de rodillas a un lado del camastro donde se encontraba Fernando.

—¡Hazte a un lado, muchacha! ¡Tenemos que llevárnoslo! El Isidro y los demás ya fueron aprehendidos y los hemos entregado a las autoridades.

—¿Y qué va a pasar con ellos, Don Vicente? ¿No saldrán de prisión? ¿Verdad?

—Lo más seguro es que los lleven al cadalso o hasta la horca, ya deben muchas vidas. ¿Capitán? ¿Puede escucharme?

Fernando entreabrió los ojos en señal que había escuchado. Prepararon una tabla para usarlo como camilla y podérselo llevar, lo subieron a uno de los carretones.

—Va a sobrevivir, ¿verdad, Don Vicente?

—No lo sé, muchacha, lo veo muy mal.

Días después Fernando recobró la conciencia, se encontraba en un jacal mucho más grande y mejor amueblado. Al abrir más los ojos, se dio cuenta que un anciano estaba sentado al lado de la cama.

—¡Gracias a Dios ha despertado, capitán!

—Don Vicente —susurró Fernando.

—¿Me conoce, capitán? Lo siento, pero está tan desfigurado de su cara que no lo puedo reconocer.

—Sss... soy Blas.

—¡Blas, hijo! Sabía que Casilda vivía con Domingo, pero jamás imaginé que tú fueras el capitán que tanto lo visitaba.

—Siempre les estaré agradecido por todo el tiempo que cuidaron de mí, él y su hija María.

—Agradezco el aprecio hacia María. Yo cometí muchos errores con mi hija, la perdí y perdí el derecho de conocer a mis nietos. Nunca debí prometerla en matrimonio. Traté de buscarlos a ella y a su esposo, pero me dijeron que habían muerto, y no sabía dónde se encontraban mis nietos, hubiera querido pedirles perdón.

—Yo lo ayudaré a que se reconcilie con sus nietos. Su nieta Mariana es mi esposa. Prometí al general Agustín cuidar de ellos —No quiso mencionarle a Don Vicente que él había sido la causa de su matrimonio con Mariana, estaba agradecido por eso. Recordó que María lo había visitado en su agonía mientras estaba secuestrado, lo tacharían de loco o endemoniado si les decía y decidió callar.

—¡Ay, hijo! Dios te ha puesto en mi camino.

—Y usted en el mío, señor. Ahora, ¿podría pedirle que mande buscar a alguien de mi familia?

—Es mejor que yo te llevé, muchacho. Solo estaba esperando que recobraras la conciencia. Haré preparar la carreta, lo más cómoda para ti.



Joaquín y Rosario esa mañana habían recibido una misiva de Mariana, les anunciaba que había tenido un varón. Se sentían muy emocionados y felices, pero también entristecidos, pues no habían podido acompañar a Mariana en el parto, esperando noticias de Fernando.

Escucharon que había ruido afuera de la casa. Al salir, se encontraron con hombre que bajaba y se acercaba a ellos.

—Traigo al capitán Fernando, está muy malherido, todo este tiempo ha estado secuestrado y hace unas semanas lo pudimos rescatar.

—¡Dios mío! —Rosario, sintió que perdía fuerza en las piernas, pero Joaquín la sostuvo.

—¡Sé fuerte, mujer, nuestro hijo nos necesita!

Rosario se acercó a Fernando, y calló un grito con el puño de su mano. No podía desfallecer, su hijo la necesitaba, pero parecía muerto.

—Ma... madre, es... estoy bien —Fernando trató de consolarla a pesar de que no se sentía bien. Sentía que podría morir, quizás si volvía a ver a Mariana, recuperaría fuerzas.

Le prepararon la habitación y enviaron a buscar al médico, quien no les dio esperanzas. Le indicó a Anastasia como cuidarlo, y ella junto con Marcos y sus bebés decidieron trasladarse a la casa Guerra Cañamar para cuidar de Fernando.

Marcos apoyaba en todo a su esposa, tal vez por el tiempo que pasó alejado de su familia. No quería que Anastasia pasara por lo que él había pasado. La casa era grande y Rosario le agradeció a su hija y yerno que se trasladaran. Estaría también feliz de tener a sus nietos en casa.

Rosario escribió a Mariana contándole sobre el regreso de Fernando y el mal estado en que se encontraba, suplicándole que viniera. Ella y su hijo recién nacido sería un aliciente para la recuperación de su hijo.

—Madre, ¿por qué no ha venido Mariana?

Anastasia solo hizo una mueca y Rosario trató de tranquilizar a Fernando.

—Decidimos llevarla a casa de su hermano, estaba muy triste desde que te fuiste, y ella no sabía por qué.

—Les mandé un recado con Juancho.

—Cuando estés mejor hablaremos de eso, Mariana está bien y vendrá, ya le he escrito.

A pesar de la proclamación de la independencia en el Nuevo Imperio de México, la paz total

aún no se había alcanzado. Persistían los asaltos, robos y, en algunas regiones, se gestaban revueltas que generaban inquietud entre la población. Este clima de inseguridad afectaba incluso a las diligencias del correo, las cuales experimentaban interrupciones y retrasos en diversas partes del nuevo Imperio.

Mariana se sintió nuevamente abandonada, ahora por los padres de Fernando, y decidió ya no volver a escribirles.

El pequeño Fernando crecía y comenzaba a gatear, su hijo era la mayor felicidad, después del abandono del capitán.

—Mariana, deberías de escribir a los padres del capitán. No se te hace extraño que no hayan escrito ni vuelto a venir. Doña Rosario quería estar con su nieto. Tú sabes lo que sufrimos al estar lejos de nuestro padre. Por supuesto, no podía tenerlos con él, pero el capitán ya no es Dragón, podría estar junto a su hijo.

—No has entendido por todo lo que hemos pasado, ¿verdad Mariano? —levantó la voz por primera vez a su hermano—. El capitán me abandonó, se fue con la mujer que fue su novia, ni siquiera se ha molestado en buscarme, ¿por qué lo buscaría yo? ¡Me traicionó y no quiero saber más de él!

—Está bien, respeto eso, pero no me puedes impedir que yo le escriba a Don Joaquín y a Doña Rosario, podría haberles pasado algo, es extraño que no hayamos vuelto a saber de ellos.

—¡Escríbeles si así lo deseas, pero a mí no me hables de esa familia! —Recordó las anécdotas que le contaba su madre sobre Blas, estaba segura qué era el hombre con el que debió casarla su padre. No le quiso mencionar nada a Mariano, sabía que siempre se lo tomaba de broma. Regresó a cuidar del bebé, nunca se separaba de él.

Mariano la veía con tristeza, pues veía que su hermana se había amargado con el abandono de su esposo.

Los Guerra Cañamar celebraban que Fernando los acompañaba en el almuerzo, pese al estado de salud, había hecho un esfuerzo apoyándose de un bastón. El doctor les había comentado que era probable que el capitán no volviera a caminar bien.

—He decidido que iré a buscar a Mariana —Fernando, había dejado a todos en silencio, se preguntó por qué.

—No puedes, hijo, todavía no estás bien.

—Tiene razón tu madre. Necesitas recuperar tus fuerzas. El camino a Guadalajara no está en buenas condiciones y podría afectarte.

—No puedo esperar más, padre, madre me ha dicho que le escribió y yo lo he hecho y Mariana no regresa. Estoy seguro de que algo le pasó y ustedes me lo están ocultando.

—¡No creo que no recuerdes lo que hiciste, hermano! —comentó Anastasia con sorna—. Le rompiste el corazón a Mariana y si quiso irse, ella tiene razón, déjala así...

—¡Anastasia! —Le gritó Rosario—. No es el momento para hablar de eso, tu hermano tiene que recuperarse.

—¡Pues que se recupere, madre! —respondió Anastasia con molestia—. Pero que deje a Mariana en paz, ya le causó bastante daño. Y como veo que mi hermano está recuperándose, será mejor que mi esposo, mis hijos y yo, nos volvamos a nuestra casa. Además, tengo que estar pendiente de Fanny que está por dar a luz.

—No, hija, no te vayas enojada —Trató de conciliar Joaquín.

—No, padre, no estoy enojada. Estoy decepcionada de mi hermano —contestó con la voz cargada de tristeza—. Lo creía un héroe, siempre defendiendo a todos. Cuando ayudó a rescatarme, y cuando me consolaba porque extrañaba a Marcos, pero lo que le hizo a Mariana no lo puedo aceptar.

—Dime, Ana, ¿qué hice?, no lo entiendo, sé sincera, siempre nos hemos hablado con la verdad —Todavía Fernando se cansaba al hablar, su respiración se aceleraba. Todos en el comedor lo veían preocupados.

—Ya escuchaste a madre, recupérate y ellos te lo contarán —Salió del comedor, y Marcos, disculpándose en voz baja, salió detrás de ella.

Después que el almuerzo no terminara bien, Fernando fue al despacho, quería comenzar a ayudar a su padre en sus negocios, tenía que distraerse en algo y dejar de pensar en los reproches que le hizo Anastasia. No recordaba nada, en su mente solo estaba la última vez que vio a Mariana, la había dejado dormida y él tuvo que salir de urgencia, pues Domingo estaba muriendo.

Su padre no había llegado al despacho, pero si encontró una carta, parecía que acababa de ser abierta, curioso se sentó y comenzó a leerla.

A Don Joaquín Guerra Cañamar:

Muy señor mío, espero que usted y su señora esposa, gocen de buena salud.

Hemos extrañado sus cartas y las de Doña Rosario, su nieto, el pequeño Fernando, crece a pasos agigantados, nos gustaría que usted y su esposa vinieran a conocer al niño.

Espero tengan noticias del capitán Fernando, mi hermana sigue dolida por su engaño, pero contamos con que el amor a su hijo la llene de vida, parece una flor que poco a poco se está marchitando, me apena decirlo, pero mi hermana se ha llenado de amargura.

No permite que le hablemos del capitán, dice que lo único bueno que le ha dejado ha sido el pequeño Fernando. No es una mala madre, todavía conserva para su hijo esa dulzura y amor de la mujer que fue.

Lamento molestarlo con estos asuntos, pero quizá usted y Doña Rosario podrían ayudarme.

Se despide de usted,

Mariano Del Campo

Fernando terminó de leer la carta con lágrimas en los ojos, no entendía aquel engaño que mencionaba Mariano en su carta. Mariana era la mujer de su vida, no la engañaría. Rosario entró al despacho y se encontró a Fernando, no hicieron falta palabras, se acercó y abrazó a su hijo.

—¿Has leído la carta? —preguntó Rosario, con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta.

Fernando asintió, incapaz de hablar debido al nudo que le oprimía la garganta. Intentó aclararse con un suave carraspeo.

—Madre, ¿de qué engaño habla Mariano?

Capítulo 26. Daño Involuntario



Rosario se sentó en el sillón enfrente del escritorio, nerviosa, acomodaba su vestido, no sabía cómo hablar de esto con su hijo.

—Mariana no nos dijo nada, siempre tan prudente quiso guardar tu traición, pero Anastasia se dio cuenta y ella nos lo dijo.

—No de más rodeos madre, dígame que hice mal, lo necesito saber para resarcir lo que hice si es que lo puedo hacer.

—Según nos dijo Anastasia, Mariana vino a buscarte al despacho, tenía que darte la noticia de que iban a ser padres.

—¿Mariana ha tenido un hijo mío? ¿Por qué nadie me lo ha dicho? Hubiera sacado fuerzas de dónde no las tenía para ir a reunirme con mi mujer y mi hijo.

—¡Creímos que no te importaría, hijo!, ¡Escúchame! —le gritó al ver lo desesperado que se encontraba Fernando—. Mariana te encontró con Genoveva en una situación delicada. ¡No me hagas repetirla, me avergüenza, más porque eres mi hijo!

—¡Dios mío! —agachó la cabeza y se la cubrió con ambas manos—. ¿Fue eso? No recordaba que había estado Genoveva aquí.

—Cuando Anastasia la convenció de venir arreglar las cosas contigo, los vieron a ti y a esa mujer subirse en el carruaje e irse.

—¡Pero, madre! Yo solo la acompañé a su casa. Genoveva, no sé con qué intenciones, mandó a su cochero de regreso, después de dejarla, me fui a ver a Domingo. Estuve todo el tiempo con él hasta que falleció. Pero envié a Juancho para avisarles. ¿No leyeron mi carta?

—Lo hicimos, hijo, pero ya habíamos llevado a Mariana a Guadalajara, leímos la carta cuando volvimos. Ahora tu padre y yo no entendemos cómo es que Mariano nos dice que no le hemos escrito. Tu padre y yo hemos estado escribiéndole y nos ha extrañado que no hemos tenido respuesta, incluso, le contamos que estabas muy mal, le rogaba que viniera a verte y trajera al bebé con ella.

Joaquín entró en ese momento, traía en una mano un atado, eran las cartas que fueron retenidas.

—Parece que ya sabemos qué ocurrió, las cartas que escribimos a Mariana no fueron enviadas. Parece que la diligencia del correo fue asaltada, mataron al cochero que la llevaba. Hasta ahora no han encontrado quién ocupe el puesto y las cartas han sido retenidas hasta que las puedan enviar. Yo les pedí que mejor me las devolvieran. Quizás sea mejor que vayamos en

persona con esa muchacha y aclaremos las cosas, no queremos estar distanciados de nuestro nieto.

Joaquín apenas se dio cuenta que todo lo que había dicho lo había hecho delante de Fernando, al ver su cara demacrada y con señales de que había llorado se preocupó.

—Hijo, perdona no me había dado cuenta qué estabas aquí.

—Ya se lo he contado todo, Joaquín. Ha leído la carta de Mariano y se lo he dicho.

—Ahora entiendo a mi hermana, padre. ¡Soy un miserable! Creí que si probaba besar a Genoveva lo haría para vengarme o probarme si sentía algo por ella. Esa flaqueza me ha costado caro.

—¿Y qué comprobaste? ¿Qué amabas a esa mujer? ¿Por eso te fuiste con ella?

—No, padre, me di cuenta de que ya no sentía nada por esa mujer. Cuando salía a ver a Domingo, Genoveva me pidió que la llevara a su casa, eso fue todo.

—Pues entonces tendremos que ir a Guadalajara a que hables con esa muchacha y recuperes a tu familia.

—Pero Joaquín, Fernando aún no está en condiciones de viajar.

—Ya me siento bien, madre. Aumentaría mi agonía si sigo aquí más tiempo sin recuperar a mi esposa y a mi hijo.

—Pues entonces iremos los tres. Yo me muero por conocer a mi nieto —respondió Doña Rosario esperanzada.

—Le pediré a Ignacio su casa en Mazapil para alojarnos, en las condiciones que está Fernando no podemos hacer el viaje sin llegar a descansar. Y tú también necesitas reposo, amor, has estado cuidando de él día y noche.

—Gracias a Anastasia he descansado un poco, cariño.

—Antes de partir quisiera hablar con Anastasia —les pidió Fernando.

—Le enviaré un mensaje para que traiga a los niños.

Fernando aclaró todo con Anastasia, era la más indicada para contarle todo lo que vio Mariana, quería que su hermana le aconsejase como podría recuperar a su esposa.

—Espero que Mariana te perdone, hermano, le rompiste el corazón.

—Veme, lo he pagado con creces. Lo único que me da fuerzas es ir a recuperar a mi familia, tengo un hijo, y no lo vi nacer.

Los hermanos se despidieron y los Guerra Cañamar emprendieron el viaje.



—¿Mariana podría llevar al pequeño Fernando a comprar unos dulces? —preguntaba su amiga Luisa.

Rosa y Luisa tenían días que habían llegado a Guadalajara, y después de instalarse, lo primero que hicieron fue visitar a su amiga.

Luisa se distraía con frecuencia, cuando comenzaban a platicar Mariana y Rosa. Mariana había cambiado, ya no platicaba como antes, la mayor parte de la conversación era por parte de Rosa y como Luisa ya sabía todo lo que su hermana tenía que decir, se distraía con el pequeño Fernando.

—El niño todavía no come dulces, ¿cómo se te ha ocurrido? —le riño su hermana.

—Solo es para salir con él.

—Está bien, pero cuídalo mucho.

Luisa atravesó el porche para dirigirse a la esquina, donde estaba el señor que ponía su canasto de dulces. Se le acercó un hombre en compañía de una mujer, parecían cautivados con el pequeño Fernando.

—Usted vive en la casa de la familia Del Campo.

—¡Oh! No, no, solo soy una visita —comentó al mismo tiempo que se acomodaba al pequeño Fernando en su cintura—. Disculpe, pero este pequeño pesa mucho.

—Puedo ayudarle si quiere, mientras escoge sus dulces —Luisa aceptó y le dio al bebé al desconocido.

—Gracias, caballero —mientras elegía los dulces Luisa, el hombre hacía gestos y le movía la mano, divirtiéndose al bebé, que reía con sus travesuras.

—¿Puede entregarme al pequeño? —Le pidió Luisa después de haber terminado las compras.

—Yo le llevaré al niño, no se preocupe, nos dirigíamos a la casa Del Campo.

—Gracias —Luisa se adelantó un poco, pues el caballero caminaba lento y le pidió que se adelantara, la mujer se veía buena persona, así que decidió avanzar mientras iba comiéndose los dulces que había comprado.

Mariana al verla entrar sin el bebé, se asustó

—¿Dónde has dejado a Fernando? —preguntó alterada.

—Ahí viene detrás —señaló atrás de ella, sin dejar de comer sus dulces

—¿Cómo? ¡Si Fernando aún no sabe caminar! —Mariana corrió a la puerta para ver dónde estaba el niño.

—Lo trae un caballero, muy amable, pagó mis dulces, y me dijo que él podía sostener al bebé.

—¿Cómo has dejado al bebé con un desconocido? —la reprendió Rosa.

—¡Mira, aquí están! —a la puerta llegó Fernando apoyándose de un bastón, pero con el otro brazo sostenía al pequeño Fernando.

—Buenas tardes —saludo Fernando y detrás de él estaba una feliz Rosario.

Mariana quedó sorprendida, y asustada. El capitán, su capitán, tenía parte de su rostro lleno de cicatrices, se veía más delgado de lo que recordaba. Su primer pensamiento fue acercarse, abrazarlo y colmarlo de besos, pero recordó aquella mañana que le destrozó el corazón, cuando lo vio besando a Genoveva.

—¿Qué hace aquí, capitán? No es bienvenida su presencia.

—¿Hija, nos estás echando? —preguntó Rosario acercándose para saludar a Mariana y darle un abrazo.

—A usted no, Doña Rosario, pe... pero a él sí. ¡Deme a mi hijo! —se acercó y le tomó al bebé de los brazos.

—Es también mi hijo, Mariana, tengo derecho a conocerlo.

Mariano entró en ese momento a la casa, llegaba de la hacienda y solo había ido a casa a visitar a su hermana y su sobrino, a él y a su esposa Teresa les gustaba más estar en el campo que en la ciudad.

—¡Qué sorpresa, Doña Rosario! —extendió la mano y le dio un besamanos. A Fernando le extendió su mano, pero de manera cortante.

—Hemos venido a conocer a mi hijo, y aclarar ciertos asuntos con mi mujer.

—¡Yo no soy nada suyo, y mi hijo es solo mío! —enfaticó Mariana con amargura.

—¡Mariana, deja que el capitán hable contigo! —la reprendió Mariano—, hizo un largo viaje y no ves en qué condiciones se encuentra. Pase, por favor, capitán.

Fernando le agradeció, temía no poder sostenerse por más tiempo. El bebé le extendía los brazos, pero Mariana trataba de distraerlo.

—Mariana —habló Rosa—, Luisa y yo volveremos en otro momento, y disculpa a Luisa, por favor. —salieron del recinto con ella jalando del brazo a Luisa, quien, sonriendo, sacudía la mano para despedirse de todos.

—Tus amigas son muy simpáticas, Mariana —Rosario intervino para romper el silencio que se había hecho en la sala.

—Sí, Doña Rosario, son buenas amigas. Ahora, capitán, ¿a qué debemos el honor? —preguntó con sarcasmo.

—¡No me hables así! —replicó Fernando.

—No sé hablar de otra manera, pero diga, ¿a qué ha venido?, creí que se había ido con esa mujer.

—Vengo a recuperar a mi familia, quiero a mi esposa y a mi hijo conmigo.

—Le recuerdo que usted se fue con su amante y nos abandonó, ni siquiera me dejó decirle que estaba esperando.

—Yo no me fui con ninguna mujer. Déjame explicarte, por favor. Los quiero, Mariana, quiero que tú y mi hijo vuelvan conmigo a la capellanía —Rosario y Mariano solo los veían y giraban la cabeza de un lado a otro.

—¡Mi hijo es solo mío y no quiero ir con usted, olvídense de eso! —gritó alterada Mariana.

—Mariana, si no vienes conmigo, me llevaré al bebé —respondió Fernando con autoridad.

—El bebé es hijo de mi amante, y... y él vendrá por nosotros.

Rosario emitió un quejido de sorpresa

—¿Cómo es que Mariana tenía un amante? —Pregunto Doña Rosario. Fernando le guiño un ojo a su madre y negó con la cabeza.

—Mariana, no digas tonterías, dile al capitán que estás mintiendo. ¡Podrías ir a la cárcel por adúltera!

—No iré a la cárcel, buscaré a Blas, él me ayudará a que el capitán no me quite a mi hijo.

—Tranquilo, Mariano, ¿ves?, tu hermana desea irse con Blas, pues te irás con él —Se dirigió a Mariana.

A Mariana le estaba comenzando a temblar el labio, algo se tramaba Fernando.

—Debes de dar gracias a Dios que tu marido y tu amante son la misma persona. No iras a la cárcel, solo que no le digas a todo el mundo, porque quizás te tachen de loca. Sabía de tu fijación con Blas, pero no que llegaras a tanto para mentir. Pero me gusta esa adoración que tienes hacía mi otro yo.

—¿U...usted es Blas?

—¡Pues, claro! ¿Por qué crees que tu padre los encargó conmigo?

—Creo Mariano, que debemos dejarlos solos —interrumpió Doña Rosario—. Yo iré a buscar a Joaquín a la posada donde nos vamos a hospedar.

—De ninguna manera, Doña Rosario. Enviaré a buscar a Don Joaquín, ustedes se quedarán aquí.

—Menos el capitán —dijo Mariana

—Es tu esposo Mariana, o si prefieres puedes verlo como Blas —Mariano salió del salón

riéndose junto con Doña Rosario.

Mariana hizo un gesto que causó una sonrisa en Fernando, el bebé seguía inquieto y no dejaba de mirarlo, le sonreía, como si lo conociera.

—Puedes darme al bebé, solo que sería aquí sentado, todavía no aguantó mucho de pie.

—Está bien, solo por qué Fernando así lo quiere —Veía el interés del bebé en ver al hombre que estaba sentado en ese sillón.

—¿Le has puesto mi nombre? Entonces quiere decir que me sigues queriendo.

—No se haga ilusiones, capitán. Su madre me pidió que le pusiera así por su abuelo, nada más. Y se llama Fernando Joaquín.

—¿Y quién figura cómo padre? Me imagino que lo has llevado a bautizar.

Mariana bajó la cabeza...

—El pequeño Fernando nació un poco débil, temimos que muriera y el sacerdote que tomó mis votos fue quien lo bautizó, no necesitó saber más, ya conocía mi situación de casada.

Fernando se le hizo un nudo en la garganta, estuvo a punto de perder a su hijo, sin conocerlo. Haría que lo perdonase, iba a volver a conquistar a Mariana.

El bebé al ver que Fernando ya no lo movía, se sintió incómodo y comenzó a llorar. Estaba cansado y Mariana se levantó.

—Es hora de la siesta de mi hijo, siéntase como en su casa, ya le prepararán su habitación.

—Mariana, tenemos que hablar, aunque lo pospongas lo tendremos que hacer en algún momento.

—Usted desea hablar, pero yo no —y salió con su hijo en brazos.

Después de que les asignaron sus habitaciones, Fernando buscó la manera de ver a Mariana, pero solo recibía evasivas por parte de la nana o del servicio, Mariana había dado la orden de no ser molestada y no se reuniría ni a comer ni a cenar con los demás. Había pedido que le llevaran una bandeja con la cena.

Capítulo 27. Reconciliación



Mariano entró a la habitación de Mariana, la encontró recostada de lado, mirando y hablándole al bebé.

—Mariana, ya deja de ser una niña, tienes que hablar con tu esposo —dijo su hermano con rudeza—. ¿No sientes curiosidad de saber qué le pasó? ¿Le has visto las cicatrices y como necesita de ese bastón para sostenerse? Ya no estoy tan convencido de que el capitán te haya abandonado por una mujer. Si no quieres volver con él después de que te cuente todo, te apoyaré para que mi sobrino y tú se queden aquí.

Al no recibir respuesta de Mariana, salió de la habitación de su hermana cabizbajo.

Más tarde, Mariana ya había acostado al bebé en su cuna y se encontraba sentada a un lado preguntándose que debería de hacer. Tenía curiosidad por saber que había pasado con Fernando, por qué tenía ese aspecto, y la verdad, si no lo dejaba explicarse nunca lo sabría. En ese momento, entró Fernando sin llamar a la puerta, por qué sabía que no le permitiría entrar si le decía que era él, pero Mariana se levantó sin decir palabra, esperó a que él hablara.

—He venido a explicarme, Mariana. Si después de escucharme decides que no quieres volver conmigo, lo entenderé.

Mariana le señaló el diván y ella acercó una silla para sentarse enfrente de él.

—Hay cosas que no recordaba hasta que mi madre me las contó. Sé que nos viste a Genoveva y a mí besándonos —Mariana bajó la cabeza y se secó una lágrima que amenazaba por salir, todavía eso le dolía.

—Ven aquí, mi amor, no llores, por favor —Fernando le falló la pierna para ponerse de pie y poder acercarse a Mariana. Lleno de impotencia le extendió una mano pidiéndole que se acercara.

Mariana lo hizo y se sentó cerca de él. Dejó que le tomara ambas manos y se las besara.

—No quería causarte ese dolor. ¡Créeme, yo te amo!

—Pero la estaba besando, yo lo vi.

—No la besé como te beso a ti, ¿quieres ver la diferencia? —Puso ambas manos en la cintura de Mariana y se acercó para besarla. Mariana intentaba que la abrazara más, tomaba sus manos, insistiendo en profundizar el beso, pero él se resistía. A pesar de desear estrecharla y profundizar el beso, Fernando se alejaba. Debía demostrarle a Mariana que aquel beso con Genoveva no había significado nada para él.

Mariana lo veía deseosa, había querido besarlo.

—Ahora te besaré como te beso a ti — susurró Fernando mientras estrechaba con más fuerza a Mariana y profundizaba el beso. Mariana, entregada al momento, enlazó sus brazos alrededor del cuello de él, anhelando que el beso no terminara. Finalmente, estaba viviendo su sueño anhelado: Fernando era Blas, aunque al reflexionar, prefería a Fernando.

Cuando terminaron el beso, seguían cerca, compartiendo sus alientos como si hubieran recorrido un gran camino para estar juntos.

—¿Me dejarás que te cuente qué pasó?

Mariana asintió.

—Genoveva quedó viuda, creyendo que si me lo pedía volveríamos a tener una relación, te soy sincero, la besé por qué quería comprobar si todavía sentía algo por ella, pero al tocar sus labios con los míos me asqueé, y pensé en ti, me sentí un sinvergüenza al traicionarte así.

—Me dolió mucho...

—Lo sé, mi amor, ¿podrás perdonarme? —preguntaba mientras la abrazaba y ponía la barbilla sobre la cabeza de ella y le siguió contando—. En eso llegó Juancho anunciándome que Domingo se estaba muriendo y quería verme. Yo me apresuré a salir, pensé en avisarte, pero tenía prisa, no sabía si podría llegar a tiempo para despedirme. Genoveva me pidió que la llevara a su casa, pero te aseguro que fue lo que hice, la dejamos en su casa y yo me fui a ver a Domingo.

—¿Qué pasó con Domingo?

—Murió días después, te envié una carta avisándote, pero según me cuenta mi madre, ya te habían traído a Guadalajara.

—Y... y..., ¿qué le pasó a usted? ¿Por qué tiene cicatrices y usa ese bastón?

—Estuve secuestrado estos meses, la gente con la que había andado cuando estaba con los indios, querían vengar la muerte de su padre, que murió cuando mi hermana Anastasia fue secuestrada. Yo ayudé a que rescataran a Anastasia, pero ellos lo vieron como traición. Así fue como regresé a mi casa, mis padres, en agradecimiento, me recogieron, pero luego Domingo se presentó un día y les dijo que ellos eran mis padres.

—¿Fue en ese entonces cuando conoció a mis padres? ¿Cuándo estaba con los indios?

—Sí, a mí también me secuestraron, Domingo y tu madre María cuidaron de mí. Cuando tu madre dejó el pueblo, me pidió que yo no fuera con el grupo de Isidro a asaltar, pero no podía negarme, Domingo estaba muy enfermo y era él o yo.

—¿Y mi abuelo, no dijo nada? Mi madre decía que era un hombre justo, que había tomado una decisión equivocada al prometerla con el jefe del otro grupo, pero que era bueno.

—Don Vicente ayudó a rescatarme ahora, me llevó a casa y yo le prometí que haría que se reconciasen sin saber que tú ya no estabas en casa. Lo siento, amor, no soporto estar mucho tiempo levantado, pero tengo que volver a mi habitación, solo quiero saber ¿estoy perdonado? Si deseas, podemos quedarnos aquí en Guadalajara.

—Sí, lo perdono, pero quisiera ir con usted a la capellanía, aquí Fernando y yo estamos solos. Mi hermano pasa largas temporadas en el campo, quisiera que Fernando conozca a sus primos y juegue con ellos.

—¡No sabes lo feliz que me haces! Si no estuviera tan maltrecho, te aseguro que te haría el amor, pero temo que mis cicatrices te asusten.

—No se vaya, puede quedarse aquí, es mi esposo y me gustaría cuidar de usted.

Fernando no se resistió, sabía que todavía estaba débil y sentía dolor en la pierna, pero no perdería esa oportunidad de hacerle el amor. Lentamente, se fue poniendo de pie y la atrajo hacia

él,

—Aunque me muera...

—¡No, no diga eso, por favor! —le puso la mano en la boca para que no dijera más. Se abrazó a él y volvieron a besarse, lentamente buscando la cama.

Mariana se sentía plena, como había podido pasar tanto tiempo alejada de ese hombre, el amor de su vida y sueño de niña, él era su príncipe.

Fue un cúmulo de sensaciones, por fin estaba junto a la mujer que amaba, como si la proximidad de Mariana le devolviera las fuerzas perdidas. El dolor en la pierna pareció ceder, y Fernando se regocijó de haber vuelto a estar con ella después de tanto tiempo separados. Poco a poco, se fueron despojando de sus ropas, entregándose el uno al otro.

—Estoy lleno de marcas y cicatrices, no deseo asustarte o darte asco.

—No me importa como esté, yo lo amo —dijo Mariana con ternura mientras se acercaba para besarle desde la mandíbula, recorriendo su cuello y torso. Aunque lucía más delgado, conservaba la musculatura en el torso y los hombros. Mariana sonrió para sí misma, sintiéndose liberada al estar con Fernando. Como él le había enseñado, lo acarició y comenzó a entregarse a su esposo. Después de tanto tiempo separados, estaba convencida de que su esposo la amaba, la había ido a buscar, con desatenderse de ella y olvidarla eso hubiera bastado. Pero viajar así, en esa condición, sabía que era un gran sacrificio.

—Quiero besarte, quiero amarte.

—Más tarde —susurró Mariana mientras lo besaba.

Pero Fernando la tomó de la cintura y la giró para ponerla de espaldas a la cama.

—¿Sabes?, pensé que no podría..., pero estar contigo me devuelve las fuerzas. Ahora te haré el amor, será mi forma de pedirte perdón, y no cesaré hasta que lo logre.

Mariana se reía por lo impetuoso de Fernando.

—Pero si ya lo he perdonado —Mariana lo acariciaba—. Aunque..., yo encantada.

—¿Cuándo me tutearás? Al menos ya no me llamas capitán.

—No me acostumbro, lo intentaré.

Más tarde, después de las horas de amor, el pequeño Fernando comenzó a llorar, Mariana tomó su bata y se acercó para alimentarlo y cambiarlo.

—¿Es madrugador mi hijo? —preguntó Fernando que veía su a su esposa y a su hijo orgulloso desde la cama. Ahora, estaban de nuevo juntos.

—Desde hace poco duerme la noche completa. Antes, despertaba a medianoche y horas más tarde en la madrugada.

Mariana volvió a dormir al bebé y regresó a los brazos de su esposo. Se recostó en el torso de Fernando y este la rodeó con sus brazos.

—¿Qué pasó con quienes lo secuestraron? Espero que los hayan detenido.

—Sí, así fue. Casilda le avisó a Don Vicente, tu abuelo, y como autoridad, él ayudó a que me rescataran.

Mariana se había quedado quieta, la caricia en su torso se había detenido, y Fernando sintió el cambio.

—¿Qué te pasa? Te has quedado callada.

—Ju... Juancho me dijo que Casilda era su amante, que por verla iba a la casa de Domingo.

—¡Ese Juancho habla de más! Dejé a Casilda cuando me casé contigo, aunque no te conociera, era bien sabido que si una mujer convivía con un hombre casado salía más perjudicada, y siendo mestiza su castigo sería peor. No quería ese martirio para ella. Pero tenía

que dejarla en un lugar donde estuviera bien, Domingo ya era mayor y ella sola podía cuidar de él, por eso la llevé con él.

—Casilda tiene a un buen hombre con ella —continuó Fernando—, la hizo ver el mal que había hecho y la convenció de decir la verdad para que me rescataran. Pero dentro de todo, la pobre está pagando, no tienen lo que nosotros, mi amor.

—¿Qué es? —preguntó Mariana mientras reposaba en su abrazo.

—Me contó Eliodoro, el esposo de Casilda, que no han podido tener familia, parece que es estéril.

—Lo siento por ese señor, pero por ella creo que no me da pena, ¡con todo lo que le hizo!

Aun después de haberle explicado, aún sentía la incomodidad en su esposa...

—Ya no estés celosa, tú eres la única mujer que amo y amaré.

Volvió a besarla y a estrecharla en sus brazos, quería borrar todos los pensamientos y dudas que tuviera Mariana.

—Hay algo que tengo que contarte, que no le he dicho a nadie más. Tu madre, María, estuvo conmigo en mi cautiverio, no sé si fue alucinación, pero lo sentí tan real, me dijo que tenía que seguir vivo para cumplir la promesa que le hice a tu padre de cuidar de ti.

Mariana comenzó a llorar.

—¿De verdad vio a mi madre? La extraño tanto.

—No mi amor, no llores, no te lo conté para que sufrieras, tu madre está bien, irradiaba luz, parecía un ángel, pensé que estaba muerto cuando la vi.

Así pasaron la mañana hablando, luego se encendió la llama del amor y caían rendidos uno en brazos del otro. Ya, al mediodía, decidieron levantarse y unirse con la familia.

Al entrar al comedor de la mano de Fernando y con su bebé en brazos, Rosario se puso de pie y se acercó para abrazar a Mariana y después a su hijo.

—Gracias hija, por darle otra oportunidad a mi hijo y creer en él.

—No tiene por qué Doña Rosario, amo a mi esposo.

—Me habías comenzado a llamar madre, espero que vuelvas a hacerlo.

Joaquín interrumpió la charla con un carraspeo.

—Permíteme darte un abrazo, hija —Mariana aceptó gustosa y le devolvió el gesto.

—Espero que sigamos teniendo tu aprecio, nos dimos cuenta, antes de venir, que todas las cartas que te escribimos, incluyendo las de Fernando, las habían retenido. Asesinaron al chofer de la diligencia cuando llevaba el correo y no han encontrado a nadie que haga ese trabajo, pero aquí están —sacó un atado de cartas.

Mariana sonriendo las tomó y comenzó a llorar.

—Gracias, Don Joaquín, pero lo mejor de todo es tenerlos aquí, leeré las cartas después.

—¿Qué has decidido, hermana? —preguntó Mariano mientras se acercaba también a darle un abrazo.

—Voy a regresar con mi esposo, Mariano. Nos iremos con él a la capellanía.

—¡Me alegre escucharte!

Mariana le pidió tiempo a su esposo. Si iba a trasladarse a la capellanía, quería llevarse muchas cosas; muebles, libros y otras cosas personales. Fernando, con tal de que no se arrepintiera, aceptó. Los padres de Fernando también decidieron quedarse esas semanas para que Mariana arreglara la mudanza, contrataron una diligencia especial para que llevara todo lo que ella quería. La nana de Mariana se iría después, luego de dejar la casa cerrada y con los muebles cubiertos para guardarlos del polvo.

Semanas después la familia Guerra Cañamar llegó a la capellanía. En cuanto llegaron, enviaron mensaje a Anastasia y Estefanía, se encontraron con la grata sorpresa que Estefanía había dado a luz a dos gemelos varones.

—¡Dios bendito, y yo lejos de mi hija! —dijo una Rosario feliz y un poco apesadumbrada.

—¡Vamos, amor! No puedo esperar a ver a mi hija y a mis nietos.

Joaquín tomó del codo a una sorprendida y sonriente Rosario. Así era Joaquín cuando se trataba de sus hijas, especialmente de la tímida y delicada Estefanía, a quien el matrimonio y el amor de Francisco la habían cambiado. Para Joaquín, su niña siempre iba a ser la tímida y tartamuda bebé que tuvo que cuidar por días para que sobreviviera cuando nació, así como la silenciosa niña que después de recibir un descalabro de parte de su hermana, no había llorado ni se quejaba. Esa era su niña, siempre silenciosa.

En cuanto se fueron sus padres, Fernando no perdió el tiempo y llevó a su esposa e hijo a sus aposentos, en el tiempo que habían estado fuera, Joaquín había ordenado que hicieran modificaciones en la casa. El ala para varones sería ahora las habitaciones de la familia de Fernando, que, aunque independientes, compartían el comedor, las cocinas y la sala de visitas. Mariana sonriente saludó a la nana Eulogia.

—¡Nana, hemos vuelto! —comentó un alegre Fernando—. ¡Mira, aquí te traigo otro niño para que lo mimes y lo malcríes!

—¡Qué felicidad, mis niños! Pero mira a quién tenemos aquí... —con voz emocionada, la nana tomo al bebé en brazos—. Si es tu viva imagen, niño Fernando. ¿Cómo se llama?

—Fernando, nana, como su padre —sonrió a Mariana, Fernando sabía que ella había dado la excusa que el nombre se lo había puesto por su abuelo, pero él sabía en el fondo Mariana nombró así a su hijo por él por qué no había dejado de amarlo.

Capítulo 28. Sorpresa y un final feliz



A Mariana no le sentó muy bien que a la mañana siguiente Fernando ya no estaba en la cama. Se preguntaba a donde había ido. Cuando se unió en el comedor con Rosario y Joaquín, ellos trataron de fingir que no sabían nada, así Mariana comenzó a sospechar.

—Hija, esta tarde tenemos un invitado muy importante, Fernando lo traerá, necesitas ponerte muy bonita, bueno ya lo eres, pero todavía más.

—¿Puedo saber de quién se trata, mamá Rosario?

—No, hija. Es una sorpresa, pero creo que te va a gustar.

La tarde llegó, la mesa del comedor estaba preparada para la comida. Mariana, nerviosa en la sala, esperaba que llegara Fernando con el invitado, no se imaginaba quién pudiera ser. «Quizás sea el mismo Fernando vestido como Blas» pensaba. «Qué tonta, las cosas que me imagino». Se reía sola, el bebé Fernando también sonreía al ver a su madre contenta.

Con la llegada de Fernando, también arribó otro hombre con el que Mariana sintió una conexión especial. Al observarlo, notó algo peculiar en su vestimenta, era distinta a la de Fernando y Joaquín. Mariana se esforzó por descubrir quién era. El hombre llevaba pantalones de gamuza con botones, un sombrero de ala ancha que se quitó al entrar al salón, revelando su cabello color plata. Además, lucía un paliacate^[16] atado al cuello y una chaqueta corta con hombreras.

—Ven mi amor, déjame te presento —Mariana tomó la mano de su esposo y se acercó al desconocido que le sonreía—. Este señor es tu abuelo Vicente, padre de tu madre.

Mariana le dio la mano. Pero, para su sorpresa, Don Vicente se puso de rodillas, tomando ambas manos de ella y poniendo el dorso de sus manos en su frente.

—¡Perdóname, mi niña! ¡Perdóname en nombre de tu madre! —la voz sollozante de su abuelo, conmovió el corazón de Mariana.

—¡Por favor, levántese! —Lo ayudó a incorporarse. A pesar de su edad, Don Vicente fue ágil para levantarse—. Yo no tengo nada que perdonarle, mi madre lo amaba, siempre me decía cosas buenas de usted.

—Hijo, ¿por qué no los dejamos que hablen mientras me acompañan tú y tu padre a ver qué tal va la comida? —comentó Doña Rosario.

Se despidieron, dejando solos a Mariana y a su abuelo Vicente.

—Eres hermosa, te pareces a mi esposa, ella era tan blanca como tú, tienes sus mismos ojos.

—Yo pensé que me parecía a mi padre, como mi hermano se parece a mi madre.

—Cuéntame de tu hermano, el capitán me dijo que eran gemelos.

—Sí, él vive en la finca que le heredó mi padre, muy cerca de Guadalajara. Está casado y están esperando a su primer hijo. Se parece mucho a mi madre, tiene el cabello oscuro y sus ojos cafés.

—Dices que tu madre te habló de mí, ¿acaso me perdonó?

—Sí, lo perdonó. Ella sabía que lo obligaron a comprometerla, pero era tanto el amor que sentía por mi padre que por eso huyó con él. Me hablaba de lo justo y bueno que era con todos, y que usted la quería mucho. Y que, a pesar de vivir entre los indios, a ella la dejó criarse como los criollos.

—Amaba a tu madre, fue la única hija que me sobrevivió. Tu abuela y yo tuvimos ocho hijos, pero llegó el cólera al pueblo y solo sobrevivimos tu madre y yo. Ella era la más pequeña de mis hijos, pero la protegimos para que no se contagiase, enviándola con una tía de tu abuela.

—¡Qué tristeza abuelo! Pero ahora estamos juntos y quiero seguir viéndolo. ¡Prométame que vendrá!

—¡Claro que sí, mi niña! También tú puedes venir al pueblo, vivo en San Esteban. Me dijo tu esposo que tienen casa en la Villa, así que cuando vayas podrás visitarme, está cerca. Además, me gustaría mostrarte a toda mi gente.

—Pe...pero el jefe de la otra tribu, mamá me dijo que luego exigió que yo le fuera entregada para casarme. Por eso, cuando murió mi madre, mi padre tomó la resolución de casarme con el capitán.

—No te preocupes, hija. Esos hombres fueron encarcelados, se dedicaban a asaltar y a robar. Los pobladores que no quisieron seguirles se quedaron en nuestro pueblo, sigo gobernando, pero ya estoy viejo y cansado, ahora con el nuevo gobierno las cosas van a cambiar, eso han dicho.

Mariana se quedó callada, aún no muy convencida de lo que decía su abuelo...

—El capitán es un hombre de ley —comentó Don Vicente para romper el silencio—. ¿Sabías que estuvo en su niñez con nosotros?

—Sí, lo sé, su nombre era Blas. Madre me contó que él la ayudó a escapar con mi padre.

—¡Pero mira de lo que me estoy enterando! —exclamó muy risueño—. El muy pillo ayudó a mi María, y yo nunca pude explicarme cómo fue que planeó la huida tu madre, si nunca salió de la casa.

—Creo que mi esposo tuvo que ver en eso —se rio Mariana.

—Entonces, hija, ¿eres feliz?

—Sí, abuelo, muy feliz y ahora más, porque lo conozco a usted.

—¡Hija mía, déjame darte un abrazo! Aunque no sé si está permitido, sus costumbres son muy distintas a nosotros.

—¡Claro que me puede abrazar!, con la condición de que me permita hacer lo mismo —Se dieron un cálido abrazo, lleno de cariño, y de emoción por el encuentro.

La tarde pasó, y después de haber disfrutado de una deliciosa comida, Mariana y su abuelo siguieron charlando. Le preguntaba como era su madre y como era su esposo de pequeño. Don Vicente le hablaba de forma dulce, agradeciendo a Dios que le permitiera vivir este momento. Después se le unieron los Guerra Cañamar. En la sala, Doña Rosario también le preguntaba a Don Vicente como había sido Fernando en el tiempo que no estuvo con ellos. Con orgullo, Don Vicente les contó que Fernando era un buen niño, siempre ayudando a todos en el pueblo, todos le tenían gran aprecio. Fernando se sonrojaba, como siempre que alguien hablaba de alguna hazaña que hacía.

Después de despedirse de su abuelo, Mariana y Fernando se retiraron a sus habitaciones. Ese día había comenzado enojada al no ver a Fernando a su lado, ahora estaba feliz. Había conocido a su abuelo, le contaron más anécdotas de Blas, su amor platónico, y lo que la hacía más feliz era que Fernando y Blas fueran la misma persona. Habían pasado ya dos meses desde que Fernando la fuera a buscar, sentía que era un sueño del que no quería despertar. Además, tenía que darle una noticia que lo haría aún más feliz, estaba convencida de ello.

—¿Estás feliz, esposa?

—¡Muy, muy feliz, no puedo pedir nada más!

—¡Ni yo! ¡Estoy completo, tengo a mis dos amores conmigo!

—¿Y qué tan feliz sería si le dijera... que dentro de unos meses seremos tres amores suyos?

—¿Qué me quieres decir? —Fernando la abrazaba y la miraba con los ojos muy abiertos esperando la noticia.

—Vamos a ser padres, Fernando tendrá un hermano o hermana.

—¡Qué felicidad! —la tomó de la cintura y la levantó dando unos giros con ella, Mariana reía feliz. Fernando se detuvo y la puso en pie, a veces se le olvidaba que su pierna no le permitía hacer ese tipo de cosas.

Fernando se acercó a la cama para sentarse, cabizbajo.

—¿Se siente mal? Ha dicho que está feliz por este hijo.

—Y lo estoy, ven aquí —mientras le tendía la mano a Mariana para que se acercara.

Mariana, preocupada, le tomó ambas manos y se sentó junto a él.

—Ya no soy el mismo hombre. ¿Te das cuenta? Ni levantarte en brazos puedo, no puedo sostener en brazos a Fernando por mucho tiempo, mi pierna no me sostiene, y con este nuevo hijo pasará lo mismo.

—No te mortifiques por eso, podrás jugar con Fernando y este nuevo bebé de otras maneras. Le enseñarás a montar, a manejar la espada y la flecha, lo más importante es que estás vivo. ¿No lo ves? Quedé destrozada por haber creído que me abandonaste, pero pensar que pudieras haber muerto, eso me mataría a mí también.

Fernando seguía cabizbajo. Por lo que Mariana continuó hablando.

—Estás conmigo y con nuestro hijo. Mariano y yo pasamos mucho tiempo alejados de nuestro padre por su misión en los Dragones. Nunca nos levantó en brazos, pasaba muy poco tiempo con nosotros. Nuestros hijos tendrán a su padre a su lado todo el tiempo que lo necesiten, eso es lo más valioso que podrán tener.

Fernando sonrió con ternura. Mariana lo había tuteado, pero no se lo mencionó para no avergonzarla y dejara de hacerlo, la abrazó y buscó sus labios, comenzando suavemente, casi como una caricia, para luego profundizar el beso. Sintió que Mariana había madurado con la maternidad, y todas sus palabras estaban llenas de razón. Lo que más importaba era que estaba con vida y con su familia. Ya luego hablaría con su hermana Anastasia, ella había ayudado a Marcos cuando tuvo el accidente con el caballo y todos creyeron que no iba a poder caminar. Gracias a los cuidados de su hermana, Marcos volvió a caminar, con él sucedería lo mismo. El amor de su esposa y sus hijos lo harían recuperarse.

El Corazón del Dragón se abrió al amor y lo recibió a manos llenas. ¡Se lo merecía! Lejos quedaron todas las tragedias que le sucedieron desde que era un niño. Sabía que, a partir de este momento, su vida se vería colmada de bendiciones, como aquel puñado de estrellas que aparecían en el cielo al que tanto le gustaba observar y así sucedió, aunque lenta, la recuperación de Fernando fue total, su pierna recuperó la movilidad.

La noticia de que pronto crecería la familia Guerra Cañamar del Campo emocionó al resto de la familia. Joaquín y Rosario se sentían felices y orgullosos. Su familia aumentaba y permanecían unidos. Una nueva generación forjaría el nuevo país que nacía, México, hombres y mujeres con costumbres y una identidad propia, heredada de la fusión de dos razas y culturas.

FIN

Epílogo



Fernando y Mariana, irradiaban felicidad, al ver casarse a su primogénito. Era el primero que se casaba de sus siete hijos, y Mariana pensaba entre sí, quién pudiera ser el próximo. Fernando era un caballero, se había enamorado de Aldonza en un viaje que realizó a Monterrey.

Mientras la ceremonia se efectuaba, en la última banca de la iglesia, estaba una joven, con un pañuelo, no dejaba de derramar lágrimas, le emocionaban las bodas, cuando un caballero llegó a su lado, quitándose el sombrero, le pidió poder sentarse en la misma banca.

—¡Por Dios, pensé que no llegaba! ¿Ya se han casado? —le preguntó en voz baja.

La joven giró levemente la cara hasta él y asintió tímidamente.

—Sí, solo falta la bendición —respondió con una menguada sonrisa.

En ese momento, todos los concurrentes se pusieron de pie, y el sacerdote dio la bendición. En el atrio de la iglesia todos los asistentes a la misa se acercaron a felicitar a los novios.

La joven fue tomando su distancia para dar paso a que los demás invitados también pudieran felicitar a los novios. Cuando el caballero, que había llegado tarde y se sentó a su lado, se acercó.

—¿Podríamos dejar a un lado el protocolo y presentarnos nosotros mismos? Sé que debemos esperar a que alguien nos presente, pero ahora es difícil, toda la atención está volcada en los novios. Mi nombre es Francisco Flores de Abrego —le extendió la mano para que la joven la tomara y darle un besamanos.

—Mucho gusto, yo soy María Cristina Padilla.

—¿Es familiar de la novia?

—Sí, soy prima de Aldonza, ¿y usted?

—Yo soy primo de Fernando —Al ver la emoción de la joven por ver a los novios, le preguntó—. ¿Puedo preguntarle? Percibo que está muy emocionada.

—¡Oh, sí, disculpe! Me encantan las bodas, pero lo que más llama mi atención es que no pensé que Fernando tuviera tantos hermanos.

—Sí, somos una familia muy numerosa. Si mis siete primos le sorprenden, espere a conocer a los hijos de la tía Anastasia y el tío Marcos, son diez. Mire, cuatro de ellos son los que están con Fernando, los demás no los veo, pero por ahí han de andar, siempre hemos sido muy unidos y no se perderían un evento así por nada.

—¿Diez hijos? —quedó con la boca medio abierta.

—Mis padres se contentaron con seis, pero la verdad creo que mi madre dejó de intentar tener

una niña, y se contentó con sus seis varones. Pero mi tía Ana María es casi una hija para mis padres.

Cristina se giró a verlo sorprendida por lo que le estaba contando.

—Me hubiera gustado tener más hermanos, solo tengo uno, quizá si mis padres no hubieran muerto tan jóvenes.

—Lo siento, no quería que recordara momentos tristes para usted —comentó al ver que cambiaba su expresión.

—No se preocupe, solo me da por pensar, que hubiera pasado si ellos no hubieran muerto. Pero no me haga caso. Lo felicito por sus hermanos.

—Gracias..., creo —le dijo Francisco, no muy convencido.

—No lo veo muy convencido —preguntó curiosa Cristina.

—A veces tener tantos hermanos es un incordio, pero la mayor parte del tiempo nos la pasamos bien.

—¿De verdad? No lo hubiera pensado

—Pues sí, le puedo decir por mi propia experiencia que a veces tener tantos hermanos es algo molesto, sobre todo cuando los cuatro menores la toman en contra de mi hermano gemelo y de mí.

—¿Tiene un gemelo? ¿Se parece a usted?

—Júzguelo usted, es el que está con las dos damas que están allá. La señora más bajita es mi madre, Estefanía, y la otra dama es la esposa de mi gemelo Joaquín.

—¡Oh! Pero si son idénticos —le contestó Cristina asombrada viendo de un lado al otro—. ¿Y hay más gemelos en la familia?

—Sí, mi madre y la tía Anastasia son gemelas, y la tía Anastasia tiene dos pares de gemelos.

—¡Oh! Me encantan estas historias.

Se acercó a ellos una joven y tomó del brazo a Francisco, cosa que no pasó desapercibido por Cristina, sintió un poco de molestia, quizás Francisco estaba comprometido con esta joven.

—Francisco, ¿puedes llevarme a casa? Necesito cambiarme este vestido —Al ver que Francisco estaba acompañado, se disculpó—. Lo siento, soy Ana María Flores de Abrego —tendió la mano para saludar a Cristina.

—Mucho gusto —respondió a su saludo.

—Ella es mi tía, aunque aquí entre nos —susurró—, a ella no le gusta que le digamos tía.

—Me hace parecer mayor, Francisco. ¡Y solo le llevo dos años! —comentó sonriente dirigiéndose a Cristina—. ¿Podrás llevarme? —volvió a preguntar a Francisco.

—Traje la calesa, el carruaje con mi cochero se los presté a los novios, soy su padrino. Si no te molesta empolvarte.

—No importa, no es tan lejos y tengo que ir a cambiarme de todas formas.

—Nos vemos en el banquete, Cristina. ¿Le parece?

—Sí, ahí nos vemos. Yo tengo que buscar a mi abuela, para irnos.

—Nos vemos luego.

En esa boda surgió el amor de Francisco y Cristina, durante el banquete compartieron largas piezas de baile, Francisco buscó la manera que lo sentasen a un lado de Cristina, aunque los lugares ya estaban destinados, Fernando hizo lo que su primo Francisco le pidió.



Tiempo después...

Cristina aguardaba a Francisco en el jardín, parecía desolada desde que esta mañana había hablado con su abuela. Le había anunciado que Francisco iría a pedir su mano en matrimonio.

—Cariño, perdona la tardanza, mi carruaje tuvo una avería, tuve que continuar el camino en una diligencia que pasaba. Dime, ¿podré hablar con tu abuela? Mis padres desean que les dé una fecha para venir a pedir tu mano.

—Lo siento, Francisco. Mi abuela no va a permitir que nos casemos.

—Pero, ¿por qué? Pensé que estaba de acuerdo con el cortejo, creo que es el momento de dar el siguiente paso.

—Sí, estaba de acuerdo, pero esta mañana, cuando le he dicho que queríamos casarnos, me ha dicho que no.

—¿Te dio alguna explicación del por qué no? ¿Cree que no soy suficiente para ti? Soy de buena familia y tengo mi propia fortuna. Ante todo, eres la mujer a la que amo.

—Yo también te amo, Francisco. Pero mi abuela dice que tengo que cuidar del pequeño Julio, mi hermano sigue devastado por la muerte de mi cuñada. Y mi abuela ya es mayor, no puede hacerse cargo.

—Podríamos venir a vivir a esta ciudad. Tú podrías continuar cuidando de tu sobrino.

—No quiero cárgate con esa responsabilidad, te devuelvo tu promesa de matrimonio, eres libre, si deseas buscar a otra joven —giró su rostro para que Francisco no la viera llorar.

—Pero yo te amo a ti —la giró de nuevo y la tomó del mentón para levantar su cara y verla a los ojos—. ¿Y qué piensa tu abuela? ¿Quiere que te quedes soltera cuidando al hijo de tu hermano toda la vida?

—Dice que cuando mi hermano vuelva a casarse, y que le dé una madre al pequeño Julio. Según mi abuela será por poco tiempo, pero yo no veo a mi hermano con intenciones de buscar esposa.

—Pues, si tu hermano tiene que casarse para que puedas ser mi esposa, le buscaremos una, ya lo verás. No desesperes, amor, todo se solucionará —decía mientras le daba un besamanos—. Tengo que salir a Zacatecas a resolver unos negocios de mi padre y mi abuelo, pero cuando vuelva, te aseguro que sabré qué hacer.

Francisco se marchó pensando que podía hacer, no había tratado al hermano de Cristina lo suficiente, pero las veces que había coincidido, sabía que era un buen hombre, quizás podría presentarle alguna dama. ¡Sí, es lo que haría! Sonrió al pensar en la dama que le presentaría... Sí, sería la indicada.

Y subió a su carruaje para emprender su viaje, con una pícaro sonrisa...

Agradecimiento



Al club de lectura Coffee & Books liderado por mi amiga Cecilia Blackstone, gracias a ustedes conocí las lecturas conjuntas tanto como lectora y ahora como escritora. Gracias por su apoyo y amistad.

A mi amiga y editora Bet Alifanow, por ser mi coach de escritura y de vida, gracias por acompañarme en esta aventura, y compartir tus conocimientos y experiencia conmigo.

Al Ing. Rodolfo Ramos del Bosque, director del Organismo Cultural Rafael Ramos Arizpe (OCURRA). Al Lic. Miguel Ángel Muñoz Borrego, Director del Centro de Investigación del Septentrión de la Nueva España (CISNE), por la presentación y difusión de mis dos anteriores novelas.

Y, sobre todo, no menos importante, te agradezco a ti querido lector, porque estás leyendo este libro que con gran cariño escribí. Espero lo disfrutes.

Gracias.

Acerca de la autora



Nací en la ciudad de Saltillo, Coahuila, México. Estudié Diseño Gráfico. Tengo dos hobbies que podríamos decir que son mis adicciones, la lectura de novela romántica, con la que empecé en la adolescencia y años más tarde, la investigación genealógica. Es tan apasionante conocer la vida de quienes descendemos.

Por mi gusto por la novela del subgénero de romance histórico, surgió el sueño de escribir mi novela *Destinados para Amarse*, ambientada en el México Virreinal, fue tal su éxito, y la petición de conocer más sobre los personajes que escribí, *Amor en Prenda*.

Me encanta el romance histórico, y más cuando enaltece la región de Latinoamérica, de la que pienso seguir escribiendo y dar a conocer cómo vivían y las costumbres de nuestros antepasados.

En el 2022 participé en un BookCamp patrocinado por la Editorial Letras Indomables y por la Saint Paul International University, donde, además de ganarme un premio como Autora Revelación en Novela Histórica, también tuve la oportunidad de escribir para una Antología Multiautor de nombre: *Indomable*. Qué la música mueva tu mundo, experiencia que compartí con otros diez compañeros escritores y que está disponible en Amazon.

Sigo con mis sueños de escribir más y mejor cada día, y dar a conocer las maravillosas historias de la época colonial en Latinoamérica.

Ahora llega la historia de Fernando Guerra Cañamar, como me habían pedido conocer su vida desde que aparece como personaje secundario en la historia de sus hermanas en *Destinados para Amarse*, este es el momento de Fernando y que espero con mucha ilusión que este Corazón de Dragón conquiste sus corazones.



©Elizabeth Mendoza, [2024]

Título de la Obra: Corazón de Dragón.

1^{era} Edición Digital y Paperback.

**LETRAS INDOMABLES
SERVICIOS EDITORIALES.
CONTACTO WHATSAPP
+1 (239) 378 1772**

Corrección: Bet Alifanow

Edición y maquetación: Letras Indomables Servicios Editoriales

Diseño de Portada:

[1] Un camastro es una cama precaria. Se trata de un término despectivo que alude a un lecho incómodo.

[2] Presidio: Construcción de vigilancia que durante la época Colonial eran fortalezas militares dispuestas por la Corona para la administración y defensa de una región. Desde ahí se vigilaba la asistencia de los soldados y de los indios asentados, se controlaba la vida de la comarca: religión, educación, vivienda, cultivos y mercado.

[3] Los dragones de cuera eran mestizos o indios, por lo que eran un escalafón menor que los dragones mayores, que eran militares llegados de la península o criollos que habían heredado el cargo y tenían más experiencia militar.

[4] La legua (del latín loca) es una antigua unidad de longitud que expresa la distancia que una persona, a pie, puede caminar durante una hora, abarca normalmente distancias que van de los 4 a los 7 km.

[5] Zaguán: Espacio cubierto situado dentro de una casa, que sirve de entrada a ella y está inmediato a la puerta de la calle.

[6] Pretensos: Pretendiente o novio

[7] Amasiato: relación entre un hombre y una mujer que sin estar casados ni hacer vida en común generan una unión de hecho. Unión que permite el establecimiento de lazos de confianza y cercanía.

[8] Castizos: eran descendientes de criollos y mestizos, eran de una casta más elevada que los mestizos, pero menor a la criolla

[9] Manda: es un término católico que se refiere a la promesa hecha a Dios, a la Virgen o a un Santo, para pedir un favor o en agradecimiento por los favores y bendiciones recibidos.

[10] También se la conoce como La Generala, La Reina y Madre de Jalisco, La Estrella de la Evangelización, entre otros nombres. Es la patrona Universal de la Arquidiócesis de Guadalajara su romería es el 12 de octubre y su festividad es el 18 de diciembre. Fue declarada Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad el 29 de noviembre durante la XIII sesión del Comité Intergubernamental para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial de la UNESCO.

[11] Yugal también conocido como lazo es un símbolo que durante la ceremonia religiosa se les cubre con este a los contrayentes representa visualmente el vínculo inquebrantable entre los novios.

[12] Gazebo: Pabellón cubierto por una cúpula sostenida por columnas, que se encuentra generalmente en espacios abiertos o zonas ajardinadas

[13] Castizos: eran los hijos de un varón mestizo casado con una mujer criolla o peninsular, de más bajo rango que los criollos que eran hijos de peninsulares nacidos en la Nueva España.

[14] Jacal: Especie de choza.

[15] Muina: Fusión del árabe hispano *Muhín*, en algunas partes conocido como Idioma Ladino, expresa enojo, disgusto, tristeza, descontento, enfado.

[16] Paliacate: pañuelo con un dibujo característico. Los paliacates están muy arraigados en las tradiciones mexicanas.